

Edward Hogan

LA NOCHE QUE NUNCA ACABA



Siruela

LA NOCHE QUE NUNCA ACABA

Edward Hogan

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Cubierta

Portadilla

Domingo 21 de octubre

1

2

3

4

5

Lunes 22 de octubre

6

7

8

Martes 23 de octubre

9

10

11

12

Miércoles 24 de octubre

13

14

15

16

17

18

Jueves 25 de octubre

19

20

21

22

23

Viernes 26 de octubre

24

25

26

27

28

29

30

31

Sábado 27 de octubre

32

33

34

Domingo 28 de octubre

35

36
37
38
Epílogo
Notas
Créditos

Para Jesse, Alice y Emily

Domingo 21 de octubre

El día que llegamos creí que le había salvado la vida.

Mi padre entró despacio con el coche en Marwood Forest, el centro neurálgico de Mundo Ocio, el mayor complejo vacacional y deportivo de Europa y, en mi opinión, el hoyo más profundo y descomunal del infierno.

–Necesitamos salir un poco, Daniel –dijo–. Solo será una semana.

–Una semana –dije, negando con la cabeza.

–No es tanto –contestó él–. Necesitamos pasar un poco de tiempo juntos.

Tiempo. Era lo único de lo que hablaba mi familia, o lo que quedaba de ella. «Con el tiempo, las cosas serán cada vez más fáciles. Solo necesitamos distanciarnos un poco de lo que ha ocurrido.» Tiempo separados. Tiempo juntos. Tiempo fuera del colegio...

–Además –dijo mientras se alisaba la sudadera del chándal–, es un sitio donde podemos llevar una vida sana.

–Yo estoy sano. No me pasa nada –dije, aunque estaba un poco preocupado por mi peso.

Mi padre volvió a hacer lo de echar la cabeza hacia atrás y rascarse la barba incipiente del cuello. Era como si se estuviera estrangulando a sí mismo. No lo había hecho siempre. Era algo nuevo, como su obsesión de cultivar verduras y lo de llorar. Aparcamos en el parking más grande que había visto en mi vida. El metal y el cristal brillaban bajo la tenue luz del sol.

–Ya sé que a ti no te pasa nada, chaval –dijo mi padre–. Es a mí a quien le pasa.

Salimos del coche y empezamos a sacar las maletas. Había que dejar los vehículos motorizados fuera del complejo; el folleto decía que nos trasladarían a nuestra cabaña en un «carrito eléctrico». Vi uno esperando donde la caseta de bienvenida. Era un carrito de golf más grande de lo normal.

–Simplemente creo que necesitamos salir fuera un poco. En casa no hay aire –dijo.

–En casa no hay tele –dije, y luego deseé no haberlo dicho. Era cierto que mi padre no había reemplazado la antigua, pero era yo el que la había roto.

Caminamos hacia el carro eléctrico. Mi padre agarró su bolsa de deporte tan fuerte que le sangraron los dedos, haciendo que los pelitos que sobresalían de sus nudillos parecieran más oscuros. Se había quedado en silencio, lo que nunca era una buena señal.

–¿Papá? –dije.

–Habrá televisión donde nos vamos a alojar. He cogido una cabaña Confort Plus. No es tan elegante como la Ejecutiva, pero como bien sabes andamos bastante escasos de dinero. De todas formas aquí no te va a hacer falta una tele porque hay todo tipo de deportes que se te ocurran.

–Se me ocurren unos tres –dije–. Y los odio todos.

Cuando llegamos al carrito, mi padre le dio al conductor nuestro equipaje y el número de nuestra cabaña y se volvió hacia mí.

–Puede que esta semana encuentres un deporte que te guste de verdad –dijo–. Uno que se te dé realmente bien.

Negué despacio con la cabeza.

–Bueno –respondió–. Hay tele.

Me subí a la parte delantera del carro con el conductor –un hombre mayor de barba canosa– y mi padre se sentó detrás con las maletas. Intentó quitarle importancia a la ráfaga de viento otoñal que entraba por los lados del vehículo.

–¡Bienvenido al campo! –gritó, y respiró hondo, satisfecho. Alcancé a ver un Starbucks a lo lejos.

Mundo Ocio era naturaleza rodeada por una valla. Un complejo deportivo con tiendas y restaurantes situado en medio del bosque. Todo el mundo se alojaba en cabañas de madera o casas de madera o altos chalés adosados, dependiendo de lo ricos que fueran, y las familias se paseaban en bici con su chándal. Había tanto nailon y tanta madera que una sola cerilla podría haber provocado un incendio que se habría visto desde el espacio. A lo lejos había una enorme cúpula, una piscina climatizada con pinta de «paraíso tropical», con máquina de olas, palmeras y rápidos. La había visto en el folleto; era la atracción principal de Mundo Ocio.

Nunca lo hubiera reconocido ante mi padre, pero me ilusioné cuando dejamos atrás los campos de hierba artificial y las canchas de tenis y nos adentramos en el bosque. Las sombras de los pinos altos oscurecían el interior del carro y creí oír un zumbido grave y prolongado. Si hacías un esfuerzo podías olvidarte de ese montón de plástico que era Mundo Ocio y concentrarte en el oscuro corazón del bosque. Sabías que cuando anoheciera las criaturas se despertarían. Y sabías que en mil años, cuando todas y cada una de esas familias felices de vacaciones estuvieran muertas y enterradas, la naturaleza volvería a apoderarse de aquel lugar. La hiedra cubriría las pequeñas cabañas y las gruesas raíces de los árboles resquebrajarían el suelo. Con el tiempo, el agua de la cúpula tropical se volvería verde y los peces recuperarían el *jacuzzi*. Habría pájaros chillando en las palmeras y zorros saqueando los aparadores de las tiendas y trotando por los restaurantes.

–¡Daniel! –gritó mi padre–. No has visto el fertilizante para plantas, ¿verdad?

Tenía la cabeza agachada y hurgaba dentro de las maletas tratando de encontrar los nutrientes de su querida tomatera. No le respondí porque una chica acababa de

aparecer en medio de la carretera. Llevaba una sudadera roja con capucha encima del bañador. Tenía el pelo enredado y empapado. Miré al anciano que conducía el carrito y esperé a que disminuyera la velocidad. No lo hizo y la chica no se movió.

—¿No va a...? —le dije.

—¿Qué? —preguntó.

Estábamos a cinco metros de distancia cuando agarré el volante y lo giré con fuerza hacia la izquierda. Faltó poco para que pilláramos a la chica, pero nos estrellamos contra una barrera de madera y el carro se cayó hacia un lado. Todo empezó a dar vueltas y me golpeé la cabeza en el salpicadero. Cuando el carro se paró, yo estaba boca arriba mirando un roble gigante. El conductor se había caído encima de mí y no estaba nada contento.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —dijo.

—¿Y *usted* qué estaba haciendo? —le contesté—. Casi atropella a esa chica.

—¿Qué chica? —gritó. Salí arrastrándome de debajo de él y me puse en pie. Miré detenidamente la carretera. No había nadie más que mi padre, que negaba con la cabeza y cuidaba de su tomatera.

–¿Qué ha sido eso, Daniel? –preguntó mi padre mientras caminábamos el trecho que faltaba hasta nuestra cabaña.

–Ese tío ha estado a punto de atropellar a una chica –respondí.

–Él ha dicho que no había nadie –contestó.

–¿Y a quién vas a creer?

–Pues dado tu historial reciente...

–¿Qué? Ah, vale, gracias.

–Escucha, hijo, ese es justo el tipo de comportamiento que esperaba que evitaras estas vacaciones. Podías haber matado al viejo, sacando el coche de la carretera de esa forma. Podías habernos matado a todos.

–Era un maldito carrito de golf. Nadie muere en un choque con un carrito de golf.

Recordé a la chica de la carretera y los ligeros hilillos de vapor que le subían de los hombros. Ya había tenido alucinaciones antes. Era parte del comportamiento que mi padre esperaba que evitara. Pero su conducta tampoco era la mejor desde que mi madre se había marchado. Su vida giraba básicamente en torno al pub Star and Sailor, donde jugaba al Quién quiere ser millonario, se bebía nueve pintas de cerveza amarga y luego venía a casa con la nariz rota y salsa de chile en la camisa. Desinhibirse, lo llamaba él.

Llegamos a nuestra cabaña Confort Plus. Era pequeña y oscura y las ramas de un cedro se esparcían sobre ella. Tenía una ventana grande y otra pequeña. Parecía que alguien le hubiera dado un puñetazo en la cara.

Mientras metíamos las maletas, dos mujeres vestidas para jugar al tenis llegaron pedaleando a la entrada de la cabaña que había al lado de la nuestra. Eran un poco más jóvenes que mi padre y ambas tenían el pelo muy rizado y sonreían de oreja a oreja. Eran hermanas. Mi padre estaba levantando la tomatara del suelo con muchísimo cuidado. A mí desde el principio me había dado un poco de vergüenza que la hubiera traído, o sea que verle hablar en público con ella como si fuera un bebé era de lo más humillante.

–Bienvenido a Mundo Ocio –me dijo solemnemente una de ellas. Estaba intentando ser sarcástica.

–Sabes que no podrás marcharte nunca –dijo la otra–. Ella es Chrissy y yo soy Tash.

Chrissy era más baja y tenía el pelo un poco canoso. La más joven, Tash, llevaba

ropa más ajustada y una pulsera que tenía pinta de ser muy cara.

–Soy Daniel –dije. Miré a mi padre sin saber qué decir, porque estaba acariciando los tomates como si fueran las perlas de un collar que tuviera un valor incalculable.

–Soy Rick –dijo sin levantar la vista. Hacía un mes o así que se había empezado a llamar a sí mismo Rick y aún me hacía estremecer. Siempre había sido Richard.

–Hola –dijo Tash–. ¿Habíais estado aquí antes?

–No –contestó mi padre.

–También es nuestra primera vez. Hemos venido a ponernos en forma –dijo con una sonrisa, y era evidente que andaba a la caza de un cumplido porque las dos estaban como un fideo. Esperé a que mi padre se lo dijera, pero en cambio respondió:

–Muy bien.

–Bueno, ¿qué os trae por Mundo Ocio? –preguntó Tash.

Mi padre sujetó la maceta por encima de su cabeza y examinó la base.

–Necesitábamos alejarnos de algunas cosas –dijo–. De casa.

–Ah –dijo Chrissy–, entiendo.

Noté cierta tensión en el ambiente.

–En realidad es por los tomates –dije–. Llevan siglos sin irse de vacaciones.

Las dos mujeres se rieron a carcajadas y Chrissy me puso la mano en el brazo.

–Que Dios te bendiga –dijo–. Escuchad, si necesitáis algo o si os apetece jugar un partido de dobles, no dudéis en pasaros por casa y llamar a la puerta.

–Gracias –dije, al ver que mi padre no decía nada–. ¿Conocéis algún buen sitio para comer?

Las hermanas se miraron.

–Están los típicos de siempre, claro, pero el que a mí me gusta de verdad es La Casa de las Tortitas, que está abajo, cerca de la playa –dijo Chrissy.

–Eso no es una playa, Chrissy –corrigió Tash, riéndose.

–Vale –dijo su hermana–. Hay un restaurante que se llama La Casa de las Tortitas en el trozo de arena importada que hay junto al lago artificial. O si no podíais venir a casa a comer. Vamos a hacer una barbacoa de otoño.

Tash señaló la tomatera.

–Vosotros podríais traer la ensalada.

–La Casa de las Tortitas suena bien –dijo mi padre mientras metía dentro la planta. Yo le seguí.

–Adiós –dijeron.

–Adiós –respondí.

Mi padre había empezado a cultivar vegetales poco después de que mi madre se fuera, pero estaba especialmente orgulloso de la tomatera. Era la primera planta que había comprado cuando ella se marchó y era demasiado valiosa para dejarla en

casa. «El sabor del Mediterráneo», decía siempre. Y lo decía un hombre que solo podía permitirse ir de vacaciones a Nottinghamshire.

Puso los tomates junto a la ventana de la cocina y colocó un par de espejos de tocador alrededor de la planta para que reflejaran el sol. Luego sacó un biberón lleno de agua de lluvia que recogía en casa y empezó a rociar los frutos grandes y maduros.

–Le das amor y atención a una planta como esta –dijo, y no era la primera vez que lo hacía–, y te da a cambio todo lo que tiene.

Había conducido todo el camino en chanclas con calcetines, y ahora que se las había quitado tenía una marca en el dedo gordo que hacía que sus pies parecieran pezuñas.

–Parecen majas –dije.

–¿Quién? –respondió.

–Esas mujeres. Las vecinas.

–Son lesbianas.

–Papá, ¡eran hermanas!

Se encogió de hombros.

–Y por cierto –dijo–, no hacía falta hacer chistes en público sobre la tomatera, muchas gracias. Hay una cosa llamada lealtad familiar, ¿sabes?, aunque no me imagino...

Su voz se fue apagando y enseguida supe que era porque estaba a punto de decir algo sobre mi madre, o incluso sobre mí. Ojalá lo hubiera dicho. Cualquier cosa era mejor que esa sonrisa falsa que significaba: «No fue tu culpa, muchacho», que claramente quería decir que sí que lo era.

Eché un vistazo a la cabaña mientras mi padre sacaba el resto de las cosas del coche: un montón de leña falsa, unos cuantos sofás duros con suficientes motivos de colores chillones para ocultar las manchas. Supuse que la tele estaría escondida en uno de los armarios. Mundo Ocio garantizaba un sueño a prueba de ruidos (a todo el mundo le gusta la naturaleza, pero nadie quiere que le despierte), así que cuando cerró la puerta, el cierre hermético hizo un ruido absorbente y noté que los ojos se me salían de las órbitas.

–Vale –dijo, mirando el reloj–. Vamos a por las bicis, pasamos un momento por la cúpula tropical para darnos un chapuzón y luego vamos a ver si encontramos La Casa de las Tortitas esa, ¿te parece? Estupendo.

O sea que en Mundo Ocio no se podía conducir pero tampoco se podía andar. Había que ir en bici. Si eras un niño pequeño, te daban una bicicross. Si eras un hombre maduro, una bici de montaña. Los de mi tamaño teníamos que conformarnos con una «Shopper» (una bici de mujer de esas de paseo) blanca y rosa, sin barra y con una cesta delante. A decir verdad, casi había perdido la esperanza de parecer otra cosa que no fuera un idiota.

–¿No me podéis dar una bicicross? –pregunté.

–Esa es una bici de niños –dijo mi padre.

–Salud y seguridad –dijo el hombre de las bicis.

–Este chico necesita toda la salud y seguridad del mundo –le dijo mi padre–. Es un peligro para él mismo y para los demás.

Esa era una cita del expediente que había enviado el colegio. El hombre me miró con más respeto.

Cogimos las bicis y nos fuimos pedaleando como marido y mujer.

Había una parte de la cúpula que siempre se veía y en ese momento, mientras nos acercábamos en bici, observamos cómo los árboles se apartaban y la ponían al descubierto. El domo se alzaba imponente sobre nosotros. Su armazón estaba hecho de hexágonos gigantes de plástico reforzado y se podía ver el interior. Nos bajamos de la bici y vimos a los niños tirarse como locos por el tobogán de agua que acababa en los «rápidos», que no eran más que un trecho de agua que se movía un poco. Llevaba quince días sin ir a clase, pero ahora eran las vacaciones de otoño, así que había un montón de chicos por ahí rondando. Era raro volver a estar rodeado de gente de mi edad. Los hombres avanzaban por los rápidos en una fila tan larga como la cola de un supermercado; parecían muy serios y decididos mientras la corriente los arrastraba. Miré sus caras y, claro está, sus cuerpos. Algunas palmeras de verdad se inclinaban sobre las rocas falsas que había al borde del agua. Desde fuera se podía oír el sonido amortiguado de los gritos de dentro.

–Tengo hambre –dije.

–No puede ser –contestó mi padre–. Son solo las seis. Vamos a entrar y abrir el apetito de verdad. Tiene una pinta increíble.

–No me apetece nadar.

–No tienes que nadar. Mira. Hay tumbonas. –Señaló una terraza interior de madera donde un grupo de chicos en bañador hablaba con dos chicas en bikini que estaban bebiendo batidos con pajita e intentaban no reírse.

–Podrías tomar el sol –me dijo.

–No puedo tomar el sol –repliqué–. Porque el sol está fuera, ¿o es que no lo ves?

–Ahí dentro hay una temperatura constante de 29 grados.

–Aquí fuera hace mucho calor –dije, pese a que hacía bastante frío.

–¿Así es como va a ser, Daniel? ¿Todas las vacaciones?

Aparté la vista.

–La mayoría de los chicos darían su brazo derecho por estar aquí. Dios, tampoco te estoy pidiendo que te quites la camiseta.

–Maldita sea, papá –dije. Había otras familias paseando en bici.

–Incluso si lo hicieras nadie te miraría –añadió.

Entonces dejó de hablar. Miré hacia abajo, a la camiseta que se estiraba sobre mi cuerpo flácido. Pensándolo ahora, probablemente lo dijera con buena intención. Lo más seguro era que estuviera intentando decir que la gente estaba demasiado ocupada con su vida como para burlarse de un chico con algo de sobrepeso. Pero había dos problemas en lo que dijo: primero, sabía por experiencia que se equivocaba. La gente sí que mira. Sí que se da cuenta. Y segundo, ¿cómo debía de estar cuando lo mejor que podía esperar era que la gente no me mirara?

–Me vuelvo a la cabaña –dije.

Giré la bici y empecé a alejarme, pero sentía todo el peso de su tristeza detrás de mí. Aunque era yo el que debía estar disgustado, sabía que algo como aquello bastaría para provocarle. Podría pasarse una semana llorando, o peor aún, bebiendo.

Así que me di la vuelta.

Tenía la cabeza entre las manos, los pies clavados en el suelo y la bici apoyada entre las piernas.

–Papá –dije.

–¿Sí?

–¿Podemos ir al sitio de las tortitas? Quizá me apetezca nadar mañana.

Esperé un momento. Al final se apartó las manos de la cara. Y ahí estaba otra vez esa sonrisa. La cosa más triste que he visto en mi vida.

–Claro que sí, Daniel.

La Casa de las Tortitas era como una de esas cafeterías que salen en las películas americanas. Era un edificio blanco y circular con grandes ventanas distribuidas a su alrededor, ofreciendo a los clientes una buena vista del lago. Estaba situado sobre la playa falsa y, a medida que nos acercábamos caminando con las bicis, noté cómo se me metía arena en las zapatillas.

Ver el lago me tranquilizó. Mientras observaba el agua al otro lado de la ventana sentí que la temperatura de mi cuerpo descendía y que mi corazón latía más despacio. Uno. Y. Dos. Y. Tres. Y.

Afuera solo quedaban algunas lanchas y la mayoría de ellas se dirigían hacia el pequeño puerto de madera. Casi podía sentir las abismales profundidades del mar en mi estómago. El lago estaba rodeado de árboles y apenas se veía la otra orilla, salvo por unas cuantas luces que se habían encendido en las cabañas. Había un letrero en la playa que decía: estrictamente prohibido nadar. Parecía un programa de televisión.

–Venga, ¿no querías entrar? –dijo mi padre mientras abría la puerta.

Los Beach Boys sonaban en la minicadena de La Casa de las Tortitas.

–Todo el mundo se va a hacer surf, ¿eh, Daniel? –dijo–. Todos menos nosotros. –Me dio un ligero puñetazo en el brazo que sonó como un golpe seco. Me pareció demasiado fuerte para ser en broma.

Pedí una crepe de queso y champiñones y unas tortitas con cereza y helado para después. Mi padre pidió una hamburguesa y de postre unas tortitas con sirope de arce.

–¿Vendéis cerveza? –le dijo al camarero.

–En este bar tenemos licencia para servir alcohol, señor –dijo el camarero, e hizo un gesto hacia las bebidas alcohólicas de la repisa que había detrás de él.

–¡Hala! ¡Este sitio es genial! Esas lesbianas tenían razón –dijo mi padre.

–¿Cómo dice, señor? –preguntó el camarero.

–Nada. Quiero un botellín de vuestra mejor cerveza rubia, por favor.

Yo tenía sentimientos encontrados hacia el bar. Por un lado significaba que mi padre no me obligaría a ir a la cúpula tropical, pero también que lo tendría que llevar de vuelta a la cabaña por la noche. Quizá no bebiera tanto en vacaciones, pensé.

Cinco cervezas después, empezó otra vez a hablar sin parar de mi madre.

–No culpo a nadie –dijo–. Y mucho menos... –Me señaló con el dedo–. A nadie.

Miré las sobras de las tortitas en su plato. Eran como un bocadillo de grasa lleno de manchas. Lo cogí y me lo comí de golpe para no tener que verlo más. Por suerte, mi padre paró un momento de hablar.

—¿No crees que has tenido suficiente? —dijo.

—¿Y tú? —le dije, mirando su vaso vacío de cerveza.

Él siguió mi mirada.

—¡Anda! Si parece que no tengo nada de beber. ¡Camarero! Otra de las mejores que tengas, si no te importa.

Siempre ponía esa ridícula voz de pijo cuando estaba bebiendo cerveza. Yo entendía perfectamente que la gente le diera un puñetazo en la nariz.

Estaba anocheciendo. Miré el lago por el ventanal. La superficie estaba ligeramente iluminada por la luna. El agua lamía la arena. Seguí las pequeñas olas hasta el centro del lago, donde creí ver un remolino, una figura que cortaba la superficie del agua y se deslizaba hacia la lejana orilla.

Cerré los ojos y respiré hondo varias veces. Había tenido alucinaciones en el colegio, justo antes de que se me fuera la olla. Aquella vez me habían dado un «pequeño descanso». Pero ahora estaba de vacaciones. ¿Adónde te mandaban cuando perdías la cabeza estando de vacaciones?

Me alegró ver que el agua había dejado de ondear en el lago y que no había ninguna figura en el horizonte. «Menos mal», pensé.

La Casa de las Tortitas se estaba convirtiendo en la cafetería de una playa de invierno. La gente estaba sentada en unas mesas que había fuera bajo grandes calefactores exteriores y trataba de aparentar que era verano, pero fumando para no pasar frío. Dentro, un grupo de hombres y mujeres hablaban en el bar. Mi padre les echó una ojeada mientras movía la cabeza intentando seguir el ritmo de la música pero sin lograrlo.

—Papá, me duele la cabeza —dije.

—¿Ah sí? —Parecía contento—. Bueno, deberías irte a casa, Daniel. A la cabaña, vamos. No es plan de que andes por aquí con tu viejo si te duele la cabeza.

—¿Tú te quedas entonces? —le pregunté.

—Sí, solo me tomaré otra de las mejores. Una copita antes de ir a la cama. Hay que, bueno, ya sabes...

—¿Desinhibirse?

—Sí, eso es. Desinhibirse.

Me levanté de la mesa y él hizo lo mismo. Fuimos en direcciones opuestas, él hacia la barra y yo hacia la puerta.

—Ah, papá —dije.

—¿Sí, Daniel? —Se dio la vuelta y le dio un sorbo a su bebida.

—No te ahogues —dije.

Se rio.

–No me voy a meter en el lago –contestó.
Hice un gesto con la cabeza hacia su cerveza.
–No estoy hablando del lago –dije.

Fuera soplaba un aire otoñal fresco y vigorizante. Cogí la bici de la barra donde la había atado. Ninguno de los que estaban bebiendo fuera pareció darse cuenta de que era una bici de mujer. Puede que mi padre tuviera razón. Quizá nadie me mirara.

Mientras caminaba por la playa miré hacia el carril bici. Las bicicletas tenían dinamos, lo que significaba que cuando pedaleabas se encendía la luz. Las dinamos chirriaban como saltamontes. En el césped de cada cabaña había dos pequeños faroles con bombillas dentro. Eran las únicas fuentes de luz. Entre el chirrido de las dinamos, las extrañas lámparas blancas y los ciclistas que proyectaban haces de luz al cruzar el bosque, aquello parecía un planeta submarino.

Me volví y eché un vistazo al lago. Me llamó la atención algo que vi en lo más alto de un árbol. Había una figura tumbada en una rama muy larga. Llevaba una sudadera roja con la capucha puesta y tenía una pierna colgando. Era la chica de la carretera. Sacudí la cabeza y me volví hacia la gente que estaba sentada fuera de La Casa de las Tortitas. Hablaban y fumaban mirándose a los ojos. No habían visto la silueta. Quizá yo tampoco la hubiera visto en realidad.

Respiré hondo y eché otra ojeada al árbol. La figura distante seguía ahí. Cerré los ojos y me alejé.

Ya de vuelta en la cabaña, abrí el armario de la televisión y la encendí. Había un montón de canales por satélite, pero en la mayoría de ellos estaban echando deportes, así que volví a apagarla. Por un momento me pareció ver formas en la pantalla apagada. Creí ver el árbol que había junto al lago, con aquella figura sentada encima como un leopardo. Me froté la cara. «Solo estoy cansado», pensé. Y cerré las puertas del armario.

Me concentré en el silencio de la cabaña. Lo escuché detenidamente hasta que desapareció y dio paso a las risas de Chrissy, Tash y sus amigos en el jardín de la casa de al lado. La barbacoa debía de estar tocando a su fin. Olía a comida chamuscada. Más allá de esos sonidos alcancé a oír el bosque, sus ritmos y murmullos nocturnos. Casi podía sentir su presencia en la cabaña.

Me fui a acostar pero me quedé despierto un rato pensando en lo que había pasado en casa con mi madre. En eso y en el tiempo. Cuando alguien cuenta una historia, mucha gente dice: «No sé por dónde empezar». Sé a lo que se refieren.

Podría empezar a las dos de la tarde del cuatro de septiembre. El segundo día de clase. Yo estaba en casa viendo la tele. Nuestra casa comparte una entrada con la licorería de al lado. Es como un pequeño pasillo. Los de la tienda habían colocado una cámara de seguridad en la puerta, y, por extraño que parezca, si poníamos el segundo canal de vídeo en nuestra tele, se conectaba con la cámara. Yo solía encenderlo a veces cuando oía a gente abajo. El problema era que no lo podías dejar encendido demasiado tiempo porque se podía quemar la imagen de la pantalla. No sé por qué. Era alguna cosa técnica. Nuestra tele era bastante buena. Una Samsung decente y totalmente nueva.

A las dos de la tarde del cuatro de septiembre oí un ruido abajo. No esperaba a nadie y no me convenía tener compañía mientras hacía pellas. Así que presioné el av2 en el mando a distancia para ver quién era. Era mi madre, que acababa de entrar en el callejón y estaba besando a un hombre. Lo reconocí. Era el doctor Gregg, el médico de cabecera del barrio. Se estaban dando un beso apasionado y él tenía la mano dentro del abrigo de mi madre, rodeándole la cintura. Todo aquello estaba ocurriendo en blanco y negro en nuestra televisión. Me quedé paralizado y no conseguí volver a la realidad hasta que oí un sonido crepitante procedente del aparato. Lo apagué y subí a mi habitación. Por suerte mi madre entró sola, y cuando se dio cuenta de que yo estaba en casa, se preocupó más por la hemorragia nasal que me había obligado a volver del colegio que por lo que acababa de hacer.

Los días que siguieron los pasé muerto de miedo. Cuando nos sentábamos en el

salón a ver la tele, la imagen chamuscada de mi madre y el doctor Gregg besándose se superponía a las imágenes en movimiento. Nadie más parecía darse cuenta. Supongo que para empezar tenías que estar buscándolo, pero para mí estaba claro. Podía ver la sombra de su beso sobre el Partido del Día, sobre las noticias de la noche, sobre las parejas que se besaban en las películas que veía mi madre. Me estaba volviendo loco.

Al final, un día hacia las tres de la madrugada –cuando cualquier cosa parece una buena idea–, me desperté, me vestí, desenchufé la tele y salí de casa con ella. Había helado y la calle estaba en calma. Iba a tirarla al arroyo y fingir que habían entrado en casa a robar. Pensé que todo iría bien, que no me pillarían. Pero mi madre me oyó cerrar la puerta y abrió la ventana del piso de arriba.

–¿Daniel? –me gritó.

–¿Qué, mamá? –dije.

–¿Estás despierto?

–No sé –dije, apoyándome la tele en el muslo.

–Vuelve a entrar en casa, cariño –dijo.

Negué con la cabeza. Ella desapareció tras las cortinas y oí cómo bajaba las escaleras. Aún podía ver aquella imagen fija en la pantalla del televisor, su silueta color café con leche perfilada de naranja oscuro. Y la de Gregg también. Gregg, que me había frotado el cuello con movimientos circulares cuando sospecharon que tenía una infección en la garganta. Gregg, con sus manos calientes. Mi madre llegó a la puerta, sonriendo y en bata.

–Vamos, cariño –dijo.

Fui andando hacia casa y dejé caer la televisión en la pequeña pared de nuestro jardín delantero, abollando y deformando la pantalla. Hice que pareciera un accidente.

Durante un tiempo mis padres estuvieron tan preocupados por mi comportamiento que no tenían tiempo de pensar en nada más. Murmuraban sobre lo que me podría estar pasando y me mandaron al médico (no a Gregg) para que hablara sobre patrones de sueño y la necesidad de hacer ejercicio y tomar aire fresco. Me hicieron ir a un psicólogo escolar que me preguntó sobre mis amistades, la presión de los deberes y temas que tenían que ver con la sexualidad. Fue fácil fingir que ese tipo de cosas me afectaban.

Un día mi padre vino a buscarme en coche al colegio y paró de camino a casa. Yo esperaba que me hiciera las mismas preguntas de siempre. Que tuviéramos una conversación sobre lo normal que era obtener placer a través de mi propio cuerpo o que me dijera que a menudo la gente estaba un poco regordeta en la adolescencia.

–¿Has visto a tu madre con otro hombre? –me preguntó.

Al decirlo me miró. Noté que trataba de interpretar mis gestos. Y sabía que estos

le estaban contando una historia. No podía hacer nada. Ni siquiera dije nada, pero mi cara le contó todo lo que necesitaba saber. Le odié por mirarme así. Me odié a mí mismo por no ser capaz de controlar la cara que ponía. Odié que fuera tan fácil. Mi madre se marchó al día siguiente.

Pero esa historia podría empezar antes. Podría empezar con mi hemorragia nasal en clase de Historia, que hizo que me tuviera que ir a casa. O con los chicos releendo la carta que le había enviado a Lauren Harket durante las vacaciones de verano, lo que hizo que me sangrara la nariz porque yo mismo lo provocaba. Tampoco era la primera vez que lo hacía. Había averiguado que si usaba un espray nasal para la alergia al polen en una dosis cinco veces mayor a la recomendada se me formaba una costra en el agujero de la nariz y cuando la hurgaba un poco, ¡pum!, me empezaba a sangrar y me daban permiso para salir del colegio. Así que se podría empezar la historia desde ahí.

Bien pensado, ¿por qué alguien iba a pasar meses preparándose la nariz para hacerla sangrar cada vez que quisiera? Estaba claro que yo no tenía alergia al polen en septiembre. Puede que fuera porque los chicos que habían leído la carta a Lauren Harket con voz de pito también habían usado Photoshop unos meses antes para poner mi cabeza en el cuerpo de un bebé de un anuncio de pañales y una modelo desnuda de una página web llamada *BigBeautifulWomen.com*. Y puede que hubieran hecho eso porque, justo después de Semana Santa, SarahJane Kennedy me había llamado «bebecito» después de verme en la piscina, y alguien se había ofrecido a comprarme la parte de arriba de un biquini.

¿Y por qué hablar solo de mí? Recuerdo a mis padres hablando en el salón el día de San Valentín.

–Vamos a bailar, Richard –le dijo ella a él–. Antes bailábamos mucho.

Él no quería, pero ella acabó convenciéndole. Se tropezaron con un cojín del sofá y mi madre se cayó en una mala postura. Tres días después fue a ver al doctor Greggs. Era la primera vez que iba al médico desde que nos mudamos a esa zona. No hace falta que os cuente lo que pasó después.

Aunque mi madre dijo que los problemas con mi padre habían empezado muchísimo antes.

Así que:

- El cojín del sofá
- La tele
- Las fotos con el Photoshop, y la silla que le lancé al chico que las había hecho
- La cámara de seguridad
- La carta a Lauren Harket
- El medicamento para la alergia al polen, que olía a flores y me recordaba al verano incluso en el fango de octubre

No. Sabía. Por dónde. Empezar. La gente siempre me decía: «Ahora no puedes hacer nada al respecto». Pero cuando recordaba todas las pequeñas cosas que me habían llevado a destrozar mi familia, no sabía si en ese momento podría haber hecho algo al respecto.

No poder hacer nada no hace las cosas más fáciles.

Lunes 22 de octubre

Me desperté temprano. Debió de ser el ruido que hizo mi padre al irse a la cama. Oí unas voces amortiguadas. Yo aún estaba vestido, así que me levanté y fui hacia la «sala de estar». Era un caos. Había botellas de cerveza encima de la mesa y el contenido de la mochila de mi padre –el bañador, la toalla y el neceser con las cosas de afeitar– estaba esparcido por el suelo. Las voces amortiguadas procedían de la televisión. Mi padre había intentado ver el canal de porno, pero estaba codificado. Podía distinguir ligeramente los cuerpos detrás de aquella imagen borrosa y gris y oír sus falsos gritos de placer. Parecía que estaban furiosos. Me acerqué a la televisión y vi las huellas dactilares polvorientas de mi padre diseminadas por el borde de la pantalla. Eran las cinco de la mañana.

Salí al bosque. Las lucecitas seguían brillando en el césped de las cabañas y parecían duendes entre los árboles. El cielo era como el casco metálico de un gran barco. Todo estaba tan tranquilo que podía oír el generador de la cúpula tropical y a los barrenderos limpiando la naturaleza en alguna parte.

Me dirigí hacia el lago con la Shopper, y la dinamo chirrió mientras pedaleaba. Había una intensa neblina sobre el agua. La Casa de las Tortitas, vacía todavía a esas horas, tenía un aspecto amenazante. Los taburetes estaban boca abajo encima de las mesas. Observé por primera vez la suciedad verde en la parte de abajo de las paredes blancas. «Bien», pensé.

Me quedé de pie en la orilla de la «playa» y miré cómo las pequeñas olas rompían en la arena. El agua del lago era demasiado oscura y turbia para reflejar nada. De pronto me sentí desprotegido ahí fuera. Sentí como si me estuvieran observando. Así que fui por el carril bici hacia los árboles y pedaleé junto al lago.

Oí un ruido que provenía del agua. Era un sonido de algo deslizándose. Se parecía tanto al ritmo de mi bici que por un momento ni lo noté. Pero luego frené y presté atención. Era difícil ver algo a través de los árboles, pero había una figura recortada bajo la superficie del lago. Vi cómo el agua se arrastraba detrás del nadador como la cola de un vestido largo. Esperé a que la figura saliera a coger aire. Tardó un buen rato, pero finalmente salió. Era *ella*.

La chica.

Dicen que todo el mundo es igual dentro del agua, pero aquel día supe que no era cierto. En la piscina municipal de casa nos enseñaron a nadar rápido, a correr,

moviendo mucho los brazos y las piernas y formando espuma blanca en la superficie, mientras, desesperados, cogíamos grandes bocanadas de aire. Pero esta chica nadaba como si estuviera dormida. Hasta llegué a ver en la distancia que sus ojos estaban medio abiertos cuando salió a respirar, y apenas separó los labios antes de volver a hundirse en lo más hondo, con su cuerpo ondeando igual que el agua. Hacía estilo libre con aquel ritmo lento que me resultaba familiar.

Uno. Y.

Dos. Y.

Tres. Y.

Un vals. Tenía los brazos fuertes y largos y los levantaba sobre su cabeza con una elegancia tan silenciosa que apenas podía oír cómo se deslizaban de nuevo bajo el agua. Llevaba un traje de baño negro. Yo tenía la boca seca. Estaba demasiado lejos para verle bien la cara cuando por fin volvió a aparecer.

Sin pensarlo mucho, dejé la bici en el suelo y avancé muy despacio hacia la orilla, caminando siempre cerca de ella. La seguí durante cinco minutos, mirando cómo el vapor de su cuerpo y el del agua se elevaban hacia la neblina. Era lo único normal en aquel mundo brumoso.

Vi unas ropas en la arena junto a la orilla y me escondí detrás de un árbol, tan cerca del tronco que la corteza me raspó la mejilla.

Ella se dirigió hacia la orilla, se puso en pie sin esfuerzo y atravesó andando la poza, apartando el agua y peinándose el pelo hacia atrás. Tenía los hombros y las caderas anchas y su bañador brillaba como la piel grasa de una foca.

Recogió la chaqueta roja del suelo y entonces supe que era la figura que había visto en el árbol la noche anterior. Me sorprendió ver que se ponía la sudadera con capucha encima del cuerpo mojado. Se enfundó una minifalda vaquera. Tela vaquera. Me pareció que no había visto ese tipo de tela en años.

En ese momento yo estaba a unos veinte metros y miré hacia atrás a la Shopper, que estaba oculta entre la maleza y no se veía. La chica se acercó un poco a la orilla y se sentó con la espalda apoyada en un árbol. Yo seguía escondido. Nos quedamos mirando el agua, que ondeaba ligeramente con el recuerdo de su cuerpo. Suspiró y pensé que era un suspiro de paz y satisfacción.

–Supongo –dijo en voz alta– que sería muy embarazoso que salieras ahora.

Miré a mi alrededor y deseé con todas mis fuerzas que estuviera hablando con otra persona, quien fuera. Siguió hablando.

–¿Eh? A ver, puedes fingir que te estás restregando contra la corteza del árbol o buscando a tu perro perdido o algo así, pero creo que ambos sabemos lo que está pasando.

Echó un rápido vistazo por encima de su hombro hacia donde yo me encontraba.

–Venga –dijo–. Sal de ahí.

Salí de detrás del árbol. El corazón me latía con tanta fuerza que se me nubló la vista. Ella se dio la vuelta y me miró. Yo no sabía qué decir.

–El caso es que –dijo– puedes meterte en internet y encontrar mujeres completamente desnudas en dos minutos, sin problemas ni árboles que te tapen la vista.

Me encogí de hombros.

–Estamos en una cabaña Confort Plus –dijo–. Es lo máximo que mi padre se podía permitir. No tenemos wifi.

Se rio y se echó el pelo hacia atrás.

–No me refería a eso precisamente.

–Creí que podías estar... en peligro, en el agua.

–No, no es verdad –contestó ella, mientras miraba hacia el lago otra vez. Tenía razón. Nunca había visto a nadie que pareciera estar menos en peligro.

Tenía la cara angulosa, los rasgos marcados y la piel fría y blanca. Alrededor de su ojo derecho había una ligera mancha de color verde. No sabía si era sombra de ojos o un moratón a punto de desaparecer. Llevaba uno de esos grandes relojes digitales G-Shock resistentes al agua. Me miró de arriba abajo.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Daniel.

Se puso de pie.

–Vale, Daniel. Quítatela –dijo.

–¿Qué? –dijo.

–Venga, date prisa.

Movió su dedo arriba y abajo.

–No entiendo –dijo.

–Tu ropa, Daniel. Quítatela. Tú me has echado un buen repaso, ahora vamos a echarte un vistazo a ti. Desnúdate.

Había un montón de razones por las que no quería hacer eso. Una de ellas era que estaba muy empalmado.

–No puedo –dijo.

–No me hagas ir hasta allí y desnudarte yo misma –dijo ella. Aquello no ayudó en lo más mínimo.

–En serio. No puedo.

–Hazlo. Si no no es justo. Tú me has visto en bañador.

Estaba temblando cuando me quité la sudadera. Ella apartó la vista. El vapor seguía subiéndole por los hombros y por los rizos empapados. Vi unas ligeras marcas rojas en su pierna izquierda, un sarpullido ocasionado por el agua, tal vez.

No me podía quitar la camiseta. No paraba de pensar en el colegio, en las fotos. En bebecito. Durante un instante en que lo pasé fatal, pensé que me iba a poner a llorar. Ella debió de notar mi indecisión porque se volvió otra vez a mirarme.

–¡Ay, Dios! –dijo–. Solo estaba haciendo el tonto. No tienes que desnudarte. Lo siento.

Cogí mi sudadera y me la volví a poner. Estaba furioso.

–¿Por qué no te sientas? –preguntó.

Negué con la cabeza.

–Es chula tu camiseta –dijo en voz baja. Era solo una camiseta azul clara, nada del otro mundo–. Te queda bien.

Me senté.

–¿Cómo es que nadas tan bien? –dije.

–La gente piensa que tienes que mover mucho los brazos y las piernas para nadar bien, pero no es verdad. El delfín común es un ochenta por ciento más eficiente en el agua.

–¿El delfín común? –pregunté.

–Invierte el ochenta por ciento de su energía en impulsarse hacia delante. Adivina cuál es la eficiencia del ser humano medio.

–No lo sé. ¿El cincuenta?

–¡Cincuenta! ¡Qué va! Mucho menos. El tres por ciento. El tres por ciento de eficiencia. El noventa y siete por ciento de su energía se pierde.

–Ah.

–Nadar es fácil –dijo–. Solo tienes que hacer una ola y deslizarte sobre ella.

Nos quedamos un rato sentados observando una garza que había al otro lado del lago. Su plumón era como la cortinilla que un viejo se hubiera hecho malamente para no parecer calvo. Escuchamos cómo el parque se despertaba detrás de nosotros. Uno de los empleados empezó a revisar las lanchas del puerto.

–Debes de tener buena vista –dijo.

«No tan buena como la tuya», pensé. Tenía unos ojos pardos a los que daba vértigo mirar.

–¿Por? –dije.

–Me viste el otro día. Cuando ibas en el carro eléctrico.

–¡Sabía que eras tú! Te salvé la vida.

–No estoy muy segura de eso, Daniel. Y me viste anoche. Cuando estabas en La Casa de las Tortitas.

–No estabas tan lejos. Llevabas una sudadera roja. Había un cartel que decía «Prohibido Nadar», pero tú estabas nadando.

–Bueno. No mucha gente me ve.

–Me alegro de que yo te viera –dije.

–Tranquilo. No me abras tu corazón todavía.

Sentí que me estaba poniendo colorado y aparté la vista. Me tapé las tetas con la sudadera.

–Bueno, solo te estaba mirando porque...

–Porque querías. Porque eres un chico y no puedes evitarlo. Lo llevas dentro –dijo.

–¿Qué llevo dentro?

–La maldad. La voluntad de hacer cosas malas si puedes salir impune.

–No creo que...

–Todos los chicos jóvenes. Y los hombres. Todos tenéis ese odio, esa ira, ese deseo, y cuando tenéis delante a una mujer que os tienta, no podéis evitarlo.

–¿Odio? No es odio. No estoy de acuerdo.

–Piensa lo que quieras. Es vuestra naturaleza.

–¿Eres religiosa?

–Ya no.

–¿Cómo te llamas? –pregunté.

–Lexi –respondió. Extendió el puño y vi que estaba tratando de ser sarcástica. Me reí-. Venga –dijo-. Toca el guante.

Le miré la mano y el enorme reloj que tenía en la muñeca. Algo me hizo sentir incómodo, pero no sabría decir qué.

–Es un verdadero placer conocerte, Daniel. Eres muy interesante y tienes una vista excelente.

–Tengo que usar gafas para leer –dije.

–Pues entonces tienes una intuición excelente.

Choqué mi puño contra el suyo, encajando mis nudillos en los huecos de su mano.

Parecía que estaba comunicando por señas que la reunión había terminado, así que me levanté y empecé a andar hacia la Shopper. Me giré y miré de nuevo el color amarillento alrededor de su ojo.

–¿Cuándo...? ¿Cómo puedo volver a verte? –dije-. ¿Dónde vas a estar?

–Estaré aquí –respondió-. Pero no me espíes desde detrás de los árboles, ¿vale?

Cuando regresé a la cabaña mi padre no estaba. A veces no podía hacer frente a la vergüenza que sentía por tener resaca. Pero no estaba lo suficientemente avergonzado para ordenar la habitación. Fui hacia la zona de la cocina (en Mundo Ocio no hay habitaciones propiamente dichas, solo «zonas»), y cogí mi mochila. Mi padre había regado la tomatera. Pero noté algo extraño en ella. Cuatro o cinco tomates tenían un toque verde. Mi vida en casa, con sus televisiones culpables y las hemorragias nasales intencionadas, estaba empezando a parecer normal comparada con Mundo Ocio. Comprobé que mis cosas de natación seguían en la mochila y abandoné la cabaña.

Chrissy, la mayor de las dos hermanas, estaba fuera en el jardín de al lado, y tiraba los restos de la noche anterior a la basura.

–¡Eh! –dijo–. Daniel. Espera.

Me detuve.

–Hola –saludé.

Se acercó sigilosamente hasta donde estaba yo con la bici.

–Quería hablar contigo.

–Vale –dije.

–Sobre tu padre –añadió.

–Ah –dije.

–Vino a la barbacoa anoche.

«Tal vez», pensé, «fue a la barbacoa, bebió una taza de té y contó una historia adecuada para la situación y muy divertida. O tal vez no».

–Estaba un poco hecho polvo. ¿Estaba bien cuando volvió a casa?

–Muy bien.

–¿Normalmente bebe tanto? –preguntó.

–Todo el mundo necesita desinhibirse de vez en cuando.

Sonrió y dejó caer los hombros.

–Me recuerda a mi exmarido –siguió–. Corriendo demasiado rápido porque piensa que así podrá huir de sí mismo.

–Me tengo que ir –dije.

–Oye, parece que estás estresado, Dan. Yo practico reiki. Es para relajarme más que nada. Un poco como los masajes. Quizá pueda hacerte un hueco para una sesión.

–Me tengo que ir –dije. Cogí la Shopper y me marché.

Realmente no sabía por qué estaba yendo a la cúpula tropical. Ya se me había olvidado nadar. De niño me gustaba. Cuando era pequeño mi madre me había enseñado a superar el miedo. Habíamos ido directos a lo hondo de la piscina pública.

–¿Estás asustado? –me dijo.

–Sí –respondí.

–¿De qué tienes miedo? –preguntó.

–De hundirme.

–Vale –dijo ella, y nos metimos juntos en el agua–. Intenta hundirte –dijo. La miré como si estuviera loca–. Venga, te tengo agarrado.

Y, como es obvio, no pude. Era imposible ahogarse. En cuanto me di cuenta de eso, me quedé tranquilo.

Por razones evidentes, no había nadado desde el episodio del bebecito, pero al ver cómo Lexi atravesaba tranquilamente el lago, recordé que podía ser un placer.

La atmósfera en la cúpula tropical era sofocante y bochornosa. Una vez dentro, era difícil distinguir las plantas reales de las falsas. Las mujeres estaban tendidas en sus tumbonas bebiendo zumos de colores vivos mientras los hombres leían el periódico o dormían. La música resonaba en la cantina. La máquina de olas se activaba cada hora durante quince minutos, y en ese momento estaba encendida, así que todos los niños estaban en el agua y sus gritos subían hacia lo más alto de la cúpula. No quería meterme con los cocodrilos hinchables y los niños que se hacían pis, así que esperé con la camiseta puesta cerca de una zona de vegetación espesa. De pronto oí una voz encima mía.

–¿Estás bien, colega?

Era el socorrista, sentado en su trono encima de una especie de andamio. Debía de tener 18 años y llevaba el pelo largo teñido de rubio, pantalones cortos y una camiseta interior blanca.

–Sí, estoy bien –grité.

–Pareces un poco nervioso, tío.

–Solo estoy esperando a que se acaben las olas –dije.

–Haces bien, la verdad. –Bajó de su asiento. Llevaba un collar con cuentas y dientes de animales marrones y blancos–. Ni siquiera yo me metería ahí dentro ahora mismo.

–¿Y si alguien estuviera en peligro? –pregunté.

Se rio.

–Buena observación. A ver, me metería si realmente tuviera que hacerlo. Pero esto es como *Piratas del Caribe* pero sin tías buenas. Soy Ryan –dijo.

–Daniel –dije yo.

Parpadeó despacio, me tendió la mano y me la estrechó con fuerza. Recordé mi puño al chocar con el de Lexi: estaba perdido en un mundo de saludos especiales.

–Me alegro de conocerte, tío –dijo.

–¿Te gusta trabajar aquí? –le pregunté.

–No hay nada como la cúpula. Hace calor todo el año. ¿Dónde más en este maldito país puedes ir con pantalones cortos y camiseta en octubre?

Pensé en las clases de educación física en invierno en el campo de rugby, tiritando y deseando que me golpearan solo para aplacar el frío o para que me hirieran y poder irme del campo. Tampoco es que los profesores me dejaran. «Venga, Lever. Un chico fornido como tú. Este debería ser tu deporte».

–Oye, ¿has visto a una chica nadando aquí esta semana, morena con el pelo largo? –le pregunté–. Nada como una... nada realmente bien.

–Por aquí pasan un montón de chicas, tío.

–Puede que esta tuviera un ojo morado. No lo sé.

–¿Es guapa?

–Supongo. Tiene algo un poco... no sé, diferente.

–Estaré al tanto.

La máquina de olas paró y los niños salieron trepando del agua. Un chaval con el pelo de punta se puso de pie delante de nosotros, preparado para pegar a otro en la cabeza con un martillo inflable. Lo levantó detrás de su espalda y justo cuando estaba a punto de asestar un golpe con él, Ryan se lo quitó de las manos. El niño intentó darle el golpe igualmente, y se quedó alucinado cuando vio que su arma había desaparecido. Se dio la vuelta, extrañado.

–Paz en la piscina, colega –le dijo Ryan, y le devolvió el martillo.

Eché un vistazo al agua y vi las líneas de los azulejos onduladas y azules en el fondo.

–Deberías entrar, tío. Te veo muy tenso. El agua es lo mejor para la tensión –me dijo.

–Gracias –contesté.

–Es mi deber –dijo.

Esperé a que se alejara y luego me quité rápidamente la camiseta, la lancé debajo de una palmera y me tiré al agua, intentando mantener mi cuerpo de espaldas a la multitud de bebedores de zumos y bañistas. Sentí cómo las burbujitas que había hecho me subían por el pelo de las piernas y de los brazos. Cerré los ojos, me sumergí bajo el agua y di algunas brazadas mientras oía los ruidos amortiguados encima. Cuando salí a la superficie me costaba respirar y sentía como si me hubieran chupado toda la energía. Estaba en baja forma.

El mundo parece enorme cuando estás dentro del agua. Se expande, pero te sientes seguro, como si fueras un niño otra vez. Las plantas se inclinaban sobre la piscina. Me dejé arrastrar por los rápidos, sintiendo las corrientes de agua contra mi cuerpo. Parecía que el techo de la cúpula estaba a miles de kilómetros de distancia, igual que cuando entras en una catedral.

No había mucha gente alrededor y el agua nos llegaba hasta el cuello, así que nadie se quedó mirándome. Todo el mundo llevaba prácticamente el mismo peinado: el efecto mojado. Cuando los rápidos me volvieron a propulsar hacia la piscina ya había recuperado el aliento.

Me dejé llevar por el impulso y luego desaparecí bajo la superficie y abrí los ojos en aquel mundo submarino. ¿Qué había dicho Lexi? «Nadar es fácil. Solo tienes que hacer una ola y deslizarte sobre ella.» Pensé en ella, en el ritmo de sus brazadas con aquella cadencia perfecta y aquel movimiento que no parecía conllevar ningún esfuerzo. Uno. Y. Dos. Y. Tres. Y.

Seguí el ritmo mentalmente. Al final, noté cómo uno de mis brazos pasaba por encima de mi cabeza, y luego el otro. Sentí el oleaje que se formaba delante mía y fui tras él, dejándome arrastrar por la corriente. Mi cuerpo se movía despacio y por una especie de inercia, como si las brazadas tuvieran vida propia y yo solo estuviera siguiéndolas. Recuerdo que saqué un momento la cara del agua para respirar. El ruido irrumpió con gran estruendo –la música, los gritos, la cháchara, el tintineo de los vasos y el desagradable sonido de los críos metiéndose a presión en los juguetes hinchables– y cesó, afortunadamente, cuando volví a sumergirme.

Aquel era un espacio donde podía estar. Más allá del tiempo, más allá de los cambios de humor de mi padre y de mis complejos. Había momentos en que notaba que mis piernas me impulsaban lenta y enérgicamente hacia delante y sentía como si ella estuviera en la piscina conmigo. Abrí un poco los ojos, pero en el agua transparente no había nadie. Oí el estridente eco de las voces.

Durante un buen rato me quedé completamente relajado. Pero luego pensé en la tenue aureola que tenía alrededor del ojo. Había algo que no encajaba. Podía sentirlo. Seguí nadando, pero ahora estaba temblando y muerto de miedo, y el aire que respiraba salía de mi cuerpo en grandes burbujas. Era su mano, algo que vi cuando me tendió el puño para que lo chocara contra el mío. Había una cosa que no era normal en su mano. Me acordé en ese momento. Los dedos alargados, el reloj con los segundos digitales parpadeando. Era el reloj. No tenía que buscar en mi memoria, porque las imágenes parecían llegar sin que yo les diera la orden. Los segundos parpadeando. 34, 33, 32, 31. Rompí violentamente la membrana de la superficie de la piscina y cogí una enorme bocanada de aire, desesperado. Fue casi un grito. La gente me miró. Estaba de pie en la parte menos profunda con el cuerpo a la vista. Ryan frunció el ceño en lo alto de su silla. «Su reloj», pensé. Iba hacia atrás.

Me acerqué a la palmera para recuperar mi camiseta. Los chicos que había visto el primer día a través de la cubierta exterior de la cúpula estaban sentados en una tumbona. Por suerte, las chicas en bikini no estaban con ellos.

–Bonitas tetas –dijo uno de los chicos, pero pasé de él. La cabeza me daba vueltas al pensar en Lexi y en su reloj.

Cogí la camiseta y me la puse directamente encima del cuerpo húmedo. Noté cómo se mojaba el algodón en dos grandes zonas de mi pecho, que se empezaron a quedar frías.

–Déjanos tocarlas, cariño –dijo uno de los chicos.

Normalmente yo habría respondido algo, puede que incluso les hubiera hecho un corte de mangas. Pero me había quedado muy tranquilo después de nadar en el agua. Estaba en trance. Al pasar delante de ellos vi a mi padre y la calma desapareció. Estaba pálido y la extraña luz de la cúpula hacía que su piel pareciera verde. Pude olerle antes de oírle. Olía a gasolina y llevaba puesto el chándal y las deportivas. Era típico de mi padre: conducía en chanclas e iba a la piscina en zapatillas.

–Te he estado buscando por todas partes, Daniel. ¿Dónde estabas?

Estaba calado hasta los huesos y junto a una piscina.

–Nadando –respondí.

–Ya lo veo. Te he visto ahí dentro. Pero pensé que no te gustaba nadar. Creí que eras demasiado...

–¿Demasiado qué? ¿Gordo?

–No iba a decir eso.

Me detuve a un metro de él. Unas venas como rayos se extendían por sus globos oculares. Llevaba un vaso de cartón lleno de café y la mano le temblaba.

–Cuando me he despertado esta mañana no estabas en la cabaña –dijo.

–¿En serio? ¿Y cuándo te has despertado?

–Estaba preocupado por ti.

–Anoche no estabas preocupado, ¿no? Cuando estabas dándole patadas a la tele y vomitando por todas partes.

–Shhh. Baja la voz.

Noté cómo la gente se incorporaba en sus tumbonas y nos miraba con curiosidad.

–¿Por qué tengo que bajar la voz? –continué–. ¿Por qué debería comportarme bien cuando tú no lo haces?

Pasé por delante, pero él extendió el brazo y me agarró de la muñeca. Casi me resbalo con las baldosas mojadas. Mi padre era pequeño y gordito igual que yo, pero lo llevaba mejor y era fuerte.

–Escúchame, muchacho –dijo.

–Suéltame –contesté. Oía a los chicos reírse al fondo. Forcejeé un poco, pero ni siquiera podía moverme.

–¿Va todo bien?

Era Ryan.

–No pasa nada –dijo mi padre–. Es un asunto familiar.

Ryan sonrió y me miró.

–Daniel, ¿cómo te va, colega?

Me quedé mirando el agua y traté de respirar con normalidad.

–Mira –le dijo mi padre a Ryan–. No es asunto tuyo, ¿de acuerdo?

–Bueno, señor, la verdad es que sí que es asunto mío. No puedo dejar que entre en la cúpula con calzado de calle. ¡Es una zona de chanclas, hombre! O puede ir descalzo como Daniel. –Se volvió hacia mí–. De hecho, Dani, deberías pillarte unas chanclas. Esto es una fábrica de verrugas –dijo, y se dirigió de nuevo a mi padre–: Pero no se cuele en zapatillas, señor, si no le importa.

Mi padre me quitó la mano de encima y salí antes de ver cómo se frotaba la barba incipiente del cuello. Cuando llegué a los vestuarios, miré el reloj. No me lo podía creer. Había estado dos horas y media nadando.

Me puse las deportivas y salí pitando de allí. Esperaba que mi padre saliera detrás de mí y me quedé un poco decepcionado al ver que no lo hacía. Pedaleé como un loco hacia el lago, dejé la Shopper en la primera hilera de pinos y entré a toda velocidad en el bosque, con la piel de gallina en las zonas donde se me había mojado la camiseta. Corrí hacia el claro y al cabo de un rato me detuve y me puse las manos en los muslos. Estaba mareado del esfuerzo. Apenas podía respirar y sentía cómo unas cortinas oscuras me nublaban la vista. Recobré la compostura. En el lago no se oía nada; los instructores habían llevado las barcas al agua. No había ninguna ropa en la tierra arenosa.

–¡Hola! –grité. Mi voz resonó en las copas de los árboles.

Una mujer mayor que había en una de las barcas me saludó con la mano.

Creí que iba a tener que tumbarme en el suelo, pero entonces sentí que una gran oleada de energía me invadía por dentro. No sé de dónde vino. Era algo parecido a la felicidad.

Volví a pie despacio entre los árboles y sentí que veía todo con mucha más claridad: cada marca en la corteza de los árboles, cada curva en la tierra, cada helecho brillando bajo el sol de la tarde.

Recogí la bici. Cuando estaba a punto de irme, me fijé en unos símbolos tallados

en el árbol donde había apoyado la Shopper:

251293 AHC 311010

Por alguna razón, cuando vi los números me entró un escalofrío. De pronto todo parecía importante, así que me quedé mirándolos hasta que se quedaron grabados en mi memoria y luego volví con la bici a la cabaña, porque no tenía otro sitio adonde ir.

Aquella noche mi padre trajo pizza de uno de los restaurantes. Había limpiado la cabaña y me dijo que lo sentía. Por su expresión y su tono de voz supe por quién lo sentía, y no era por mí.

–Me ha gustado verte nadar –dijo–. Ibas muy rápido. Imagínate si movieras los brazos un poco más deprisa.

–No hace falta que muevas los brazos. Es cuestión de ritmo –dije.

–Tu madre era una buena nadadora –dijo.

«Ay, Dios», pensé. «Ya estamos otra vez con lo mismo». Se encogió de hombros y se animó un poco.

–Bueno, se te veía bien en el agua. Es lo único que quería decir.

«Pues claro que se me veía bien», pensé. «Estaba sumergido».

Ya en mi habitación, miré por la ventana y observé el bosque. Pensé en los números del árbol. ¿Qué querrían decir? No era el típico «Tomo es gay» o «Daz x Niki». Cogí el móvil de mi padre de la sala de estar y volví a mi cuarto. Marqué el prefijo para llamadas locales y luego el primer número: 251293.

«El número marcado no existe», dijo la mujer. Colgué y probé con el segundo.

–¿Diga? –Era la voz de un viejo. Sonaba como si tuviera algún problema.

–Hola. ¿Con quién hablo?

–Soy el puñetero Mickey Mouse. ¿Quién es usted?

–Quería saber si está Lexi.

–¿Si está *qué*? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Eres el chaval que se meó en mis pensamientos?

–No –contesté, y me empecé a reír. Lo que dijo era realmente gracioso.

–¡Vete a tomar por culo! Malditos niños...

Colgó y entonces deduje que los dígitos del árbol no guardaban ninguna relación con números de teléfono.

Me eché en la cama y pensé en ella nadando, en la claridad absoluta del sonido que hacía su mano al meterse en el agua. Pensé en su muñeca y en el tiempo yendo hacia atrás. 32, 31, 30, 29, 28...

Martes 23 de octubre

A la mañana siguiente cuando me desperté, me sentía enfermo. Bueno, «enfermo» no es la palabra más adecuada. Sentía como si alguien me hubiera quitado de un plumazo todas las gilipolleces de la cabeza. ¿Sería *amor*? Así era como mis padres hablaban siempre del amor. Como un sufrimiento, un mal, una lata. Era verdad; solo había hablado con Lexi unos minutos pero sabe Dios cuándo me había sentido tan vivo, además de maltratado y herido. «Tal vez sea eso», pensé. «Tal vez esté enamorado».

Me había despertado más tarde de lo que quería, pero me llevó poco tiempo vestirme y peinarme. Pensé en ponerme la camiseta que ella me había dicho que le gustaba, pero no olía muy bien, así que me decanté por un polo negro, ya que el negro es un color que te hace parecer más delgado. Me había vuelto adicto al espray nasal para la alergia al polen y me chuté unas cuantas dosis en la nariz. El olor a flores me recordó por un momento a algunas de las vacaciones más felices que habíamos pasado con mi madre.

Mi padre ya estaba levantado, lo que no me sorprendió mucho. Siempre seguía el mismo ciclo: se ponía muy sentimental, bebía, pegaba patadas a cosas, tenía resaca, se disculpaba, se tomaba ligeramente en serio la salud y al final se volvía a poner muy sentimental. La etapa de «tomarse en serio la salud» era mejor que la de «beber», pero a mí no me gustaba mucho ninguna fase del ciclo.

–Buenos días, Daniel –dijo. Llevaba puesta su ropa de jugar al tenis. Tenía las piernas gordas y fuertes–. ¿Adónde vas?

–Fuera –contesté.

–¿Con quién?

–Con unos chicos que conocí en la piscina.

–Unos chavales, ¿eh?

–Sí.

–Genial. Te dije que esa cúpula era el sitio al que había que ir. ¿Habéis quedado allí?

–No. Solo vamos a dar una vuelta en bici.

–Buen chico. Pero no te olvides de tu viejo, ¿eh? He reservado la cancha de tenis a la una. ¿Nos vemos ahí?

Se me encogió el corazón, pero no podía soportar la idea de una discusión. No podía soportar las consecuencias de una discusión.

–Vale –dije.

Lo que me pasaba con Lexi era que, nada más verla, parecía que me olvidaba de mí mismo. Era un alivio enorme pensar en otra persona. Esa mañana, mientras me acercaba al lago, la oí cambiar de dirección en el agua y volví a sentir aquella oleada de energía. Cuando llegué al claro, distinguí un olor a humo. Junto al árbol grande había un montón de lona humeante sujeto por unas rocas. Parecía un cadáver, así que me mantuve alejado.

Lexi tenía medio cuerpo fuera del agua y estaba escudriñando el fondo, como si buscara algo. Me puse a la vista en cuanto pude para que no me acusara de espiarla desde detrás de los árboles.

–Hola –dije–. He vuelto.

Levantó la vista del agua, sonrió y se llevó un dedo a los labios para que estuviera en silencio. Empezó a seguir algo con la mirada y al rato se sumergió. Pasaron unos segundos. Por un momento creí que alguna bestia la había arrastrado hasta el fondo. Pensé que quizá debía entrar e intentar encontrarla. Pero finalmente salió a la superficie, diez metros más lejos, con una sonrisa radiante en la cara. Sacudió los brazos un instante y sostuvo un pez plateado encima de la cabeza.

–No puede ser –me dije a mí mismo.

Nadó hacia la orilla con un solo brazo.

–Me alegro de volver a verte, Daniel.

–Y yo a ti –susurré.

–Ya no tienes que estar callado –dijo, levantando el pez muerto–. No creo que te oiga.

Yo estaba un poco abrumado.

–¿Eres una sirena? –dije.

–¿Estás loco? –respondió.

Me reí y volví de golpe al mundo real.

–Se te ve bien esta mañana, Daniel, muy saludable. ¿Hiciste ejercicio ayer?

–Sí. Me fui a nadar. Intenté nadar como tú.

–¿Y lo hiciste?

–No igual de bien.

–Estás tratando de ser amable.

Quitó la lona del montón humeante y me estremecí. Pero debajo solo había hierba y piedras, unas cuantas mazorcas y un par de peces encima.

–Este es el horno donde cocino –dijo–. Pensé que podría hacer algo para desayunar.

–¿No arderá la hierba? –pregunté.

–No. Es solo vapor. Sale de las rocas calientes que hay debajo.

–¿Dónde has aprendido eso?

–Los cuervos.

–¿Qué cuervos?

–Una tribu de indios americanos.

–¡Vaya! ¿De dónde eres?

–De Derby. Estudiamos a los indios cuervos en clase de historia. Este hoyo es muy parecido a los agujeros que construyen ellos para cocinar búfalo. ¿Te gusta la historia, Daniel?

–A mi madre sí. Yo no saco muy buenas notas en esa asignatura. –En realidad no sacaba buenas notas en nada.

–Yo creo que la historia es un círculo hecho por hombres que no aprenden de sus errores. ¿Tú qué opinas? –dijo.

–No sé. Nosotros estamos viendo la Segunda Guerra Mundial. Es bastante guay.

–¿Te parece bastante guay toda esa gente muriendo? ¿Toda esa agresividad y sufrimiento? Yo dudo mucho de que fuera guay –dijo–. Este ya está hecho. Lleva años ahí dentro.

Le dio la vuelta a uno de los peces que había en el césped y lo puso en un plato. Reconocí el borde azul de los platos de La Casa de las Tortitas. Usó un pincho de madera para sacar una mazorca del hoyo y puso un sobrecito de margarina al lado.

–Aquí tienes, Daniel. El mejor desayuno de Mundo Ocio, pero no se lo digas al chef del Café Rouge.

–Gracias –dije, pero no empecé a comer. Me quedé mirándole la cara. Al principio no estaba seguro por la luz, pero pronto lo vi claro: el cardenal de su ojo estaba más oscuro que el día anterior. Había pasado de ser amarillo verdoso a violeta. ¿Le habría pegado alguien justo en el mismo sitio? Miré las marcas del muslo que había confundido entonces con un sarpullido; ahora eran de un rojo más oscuro y brillaban, y las rayas eran más largas. Se las tapó con el dobladillo de la sudadera y la miré.

–Lexi, tienes el ojo peor y...

–Daniel. Debes tener mucho cuidado cuando hablas con una chica sobre su apariencia. Ya sabes, por educación.

–Tu reloj. ¿Por qué va hacia atrás?

–Está roto –dijo, mientras pinchaba un pescado con un tenedor tallado en madera.

–¿Y entonces por qué lo llevas? De todas formas, cuando un reloj digital se rompe, no va hacia atrás ni de coña.

–Daniel –dijo, e hizo una pausa–. Uno se siente muy solo aquí afuera. Me caes bien. Tienes muy buena intuición y eres un chico sensible. Pero si vamos a ser amigos, hay ciertas preguntas que vas a tener que tragarte –dijo.

–Pero...

–Se te va a enfriar el pescado.

Me pasó uno de sus tenedores de madera y comí con avidez. El pescado estaba

delicioso. Ahumado y tierno. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Mientras, Lexi empujaba la comida por todo el plato y machacaba el pescado.

–¿No vas a comer? –dije.

–Resulta que no necesito comer –contestó.

«Ah, es una de esas tías que no comen», pensé. Aunque tenía los brazos y las piernas fuertes y atléticas. Pero pinchó un trozo grande de pescado y se lo metió en la boca.

–Como por placer –dijo–. Y porque me consuela.

Sonreí.

–¿Sabes que era lo más valiente que podías hacer si eras un guerrero de los cuervos? –preguntó.

–¿Arrancarle la cabellera a alguien?

–No. Era una cosa que se llamaba golpe maestro. Tenías que acercarte a tu enemigo, tocarle en el hombro con un palo y luego huir. Eso sí que es valiente. No como un arma letal a la vista. ¡Audacia pura y dura! No veo a ninguno de tus guerreros de la PlayStation haciendo eso.

Yo tampoco, la verdad.

–Llevabas una pluma de águila en el pelo por cada golpe maestro que dieras. Si te herían en el intento, tenías que pintar la pluma de rojo, lo que no se consideraba algo bueno.

Asentí.

–Lo que está claro es que cocinaban comida muy sabrosa –dije.

–El pescado con mazorcas de maíz es mi plato favorito. Mi madre me dejaba tomarlo cada año en mi cumpleaños. No parecerá nada del otro mundo, pero sí lo es cuando has nacido el día de Navidad.

–¿Naciste el día de Navidad?

–Sí. Nunca comimos pavo en casa.

–¿Dónde está tu casa? ¿Tus padres están aquí en el parque?

–Preguntas y más preguntas. Vamos a hablar de ti, para variar. ¿Era tu padre el que se estaba emborrachando en el sitio de las tortitas el otro día por la noche?

–Si tú no tienes que responder a las preguntas, yo tampoco –dije.

–Vale –contestó. Unas gotas de agua le caían del pelo y brillaban con la luz. Me daba la impresión de que cada vez que la miraba a la cara veía otro pequeño araño o moratón. Un par de puntos de sangre en su sien, un corte en la comisura de la boca...

–Sí. Era mi padre –dije, de repente desesperado por hablar–. Mi madre se marchó en septiembre y desde entonces se ha vuelto loco. Da vergüenza ajena. Si no está bebiendo, está dándole patadas a algo. Y si no, está llorando por su maldita tomatera.

–Una tomatera, ¿eh? Un sustituto del amor.

–Ya. Y ahora cree que estas dichosas vacaciones son una buena idea. Cree que un «tiempo alejados» nos vendrá bien. Pero eso no ocurre si estamos los dos aquí, ¿no? Yo soy su maldito problema y él es el mío. O sea que solo estamos llevándonos nuestros problemas a otro sitio. Un sitio donde no hay wifi.

Lexi masticó el pescado con aire pensativo.

–¿Qué deportes se te dan bien? –preguntó.

–Sé hacer malabares –dijo.

–Eso no es exactamente un deporte, Daniel. ¿Qué deportes te gustan, entonces?

–¡No me gusta ninguno! –contesté.

–¡Vaya! Pues este no es el sitio más adecuado para ti, ¿no?

–Ya lo sé.

Sonrió.

–Ven conmigo –dijo.

Se puso la falda vaquera y cruzamos el bosque hasta llegar a uno de los arces que rodeaban un apartado carril bici. Lexi quería recoger un poco más de hierba para su horno de tierra. Estaba muy a gusto caminando con ella y me sentó muy bien hablar de mis problemas. Pero tenía que preguntarle tantas cosas... Quería preguntarle si había grabado ella los números y letras en el árbol, y si era así, qué significaban. También quería preguntarle qué estaba haciendo allí y quién cuidaba de ella. Cada vez que intentaba preguntarle algo levantaba un dedo, así que pronto dejé de intentarlo.

Se agachó en la orilla y empezó a arrancar la hierba de raíz y a metérsela en los bolsillos de la sudadera y la falda.

–Puedes ayudarme si quieres, Daniel. No seas tímido. Volverá a crecer. Siempre crece.

Empecé a arrancar hierba. Al cabo de un rato apareció un ciclista. Lexi dejó lo que estaba haciendo y esperó. Era Ryan.

–Hola, Ryan –dijo, ansioso por impresionar a Lexi con mi conocimiento de los nombres de pila del personal del parque.

–Ah, hola, tío –respondió, frenando un poco.

–Gracias por lo de ayer –dijo.

–¿Qué? Ah, ¡no pasa nada, hombre! Para eso estamos. Hay que luchar contra el poder, ¿no?

–Sí –dijo mientras pasaba por delante con la bici. Me volví a mirar a Lexi–. Era Ryan.

Sonrió y yo miré hacia abajo. Seguimos arrancando hierba.

–¿Entonces solo has venido con tu padre? –preguntó.

–Sí.

–Debe de ser difícil para ti tener que ser su hijo, su amigo y, bueno, ya sabes, básicamente su mujer –dijo.

Me reí.

–¿Pero qué dices? –exclamé, pero sabía lo que quería decir. Mi padre había perdido el contacto con todos sus amigos desde que bebía tanto, y sin mi madre en casa yo era a veces la única persona con la que hablaba en todo el día.

–Es una pena que no haya nadie con quien pueda quedar –dijo.

«A mí me pasa igual», pensé. Pero no lo dije porque quería aparentar que estaba preocupado. Además, podía hablar con ella, ¿no? O eso esperaba.

–Sí, es una lástima –dijo–. Si tuviera algún adulto con quien relacionarse, seguro que te quitaría un buen peso de encima.

Miré disimuladamente su reloj. Vi que un minuto cambiaba de 43 a 42. Negué con la cabeza. Entonces recordé que había quedado con mi padre y miré mi propio reloj (un Swatch, con una correa de lona y las manecillas negras). Llegaba tardísimo.

–Me tengo que ir –dije.

Se estrujó el pelo.

–Yo también –dijo ella–. Pero vente otra vez esta noche. Haremos el café.

Mi padre ya se había marchado cuando llegué a la cancha de tenis, así que volví en bici a la cabaña. Sabía que discutiríamos, pero no me preocupaba mucho. Sentía como si el mundo entero fuera una broma. Chrissy y Tash estaban sentadas en su jardín, bebiendo té. Me dijeron hola y yo las saludé con la cabeza, apreté el paso y luego me detuve.

–Perdonad –dije. Las dos se volvieron a mirarme.

–¿Sí, Daniel?

–¿Qué vais a hacer mañana por la mañana? –pregunté.

Se miraron.

–No lo hemos decidido –dijo Chrissy.

Tash se tocó la barbilla y fingió quedarse pensativa.

–Eh... ¡ya lo tengo! ¿Por qué no participamos en algún tipo de actividad deportiva? –preguntó.

–¡Claro, Tash! –dijo Chrissy–. ¡Qué buena idea! ¿Cómo narices se te ha ocurrido una cosa así?

Se rieron.

–¿Os gustaría jugar al voleibol en la playa conmigo y con mi padre? –dije.

Había visto a mi padre jugar al voley playa una vez con un grupo de alemanes en la Costa del Sol. Mi madre y yo le vimos unirse a ellos. Había sido un buen día y no se estropeó después.

–Suenan genial. Pero hará un poco de frío. No vamos a ponernos esos pantaloncitos cortos que llevan en Brasil –dijo Tash.

–Me parece bien –contesté.

Las dos se rieron.

Mi padre estaba sentado en el sofá cuando entré. No me miró. Tenía los labios apretados, lo que significaba que se sentía decepcionado.

–¿Dónde estabas? –pregunté, intentando el viejo truco.

–No me vengas con esas –dijo–. No pido mucho, ¿no?

«Lo pides todo», pensé. Pero sacudí la cabeza.

–Es solo un partido de tenis –dijo–. No es la cosa más difícil del mundo, me parece a mí.

–Lo siento. Estábamos dando vueltas con la bici. Mis colegas y yo –dije–. He perdido la noción del tiempo.

–Mientes muy mal, Daniel. Siempre te pillo.

En eso tenía razón. «¿Has visto a tu madre con otro hombre?».

–Estabas con una chica, ¿verdad? –preguntó.

–No –respondí.

–Reconozco todos los síntomas. Esos cambios de humor, olvidarte de que has quedado con tu familia, no disfrutar de la vida... Todos los síntomas clásicos. Créeme, lo sé.

–¿Por qué me preguntas si ya lo sabes?

–Quizá todo este viaje fuera una mala idea. No quieres estar aquí. Tal vez deberíamos irnos a casa –dijo.

–No –respondí.

Resopló.

–Sí. Una chica. Bueno, hazme caso, Daniel. No pierdas el tiempo.

Empecé a andar hacia mi habitación, pensando en lo que Lexi había dicho sobre la ira y el odio de los hombres. Sobre el deseo.

–No sé por qué tienes que estar siempre tan triste –dije.

–A ver, echa un vistazo a tu alrededor –dijo–. ¿Y por qué iba a estar contento? Me dejas aquí solo, con una tomatera y un par de lesbianas.

Me reí. No lo pude evitar. Fue solo una risita ahogada que me entró y se me pasó rápido. Alcé la vista. Mi padre también sonreía satisfecho. Apartó la vista e intentó disimular.

–Una tomatera y un par de lesbianas –susurró, sacudiendo la cabeza.

–Ese debería ser el título de tu autobiografía –dije yo.

Se rio.

–Por cierto –dijo–. He organizado un partido de voleibol con Chrissy y Tash para mañana, en la playa.

–¿En serio? –dijo, y frunció el ceño–. Vale. Supongo que puede ser divertido. Aunque quizá haga un poco de frío.

–Recuerdo que jugaste cuando estuvimos de vacaciones en España. Se te daba bien.

Miró por la ventana y en su pasado.

–Sí –dijo–. No juego mal.

Y entonces fue hacia el área de la cocina y yo lo seguí al rato para beber un poco de agua. Estaba mirando fijamente la tomatera, perplejo.

–¿Qué coño...? –dijo.

Vi que la planta había vuelto a cambiar. Los tomates habían encogido y la piel estaba más dura. Casi todos estaban verdes. «32, 31, 30...», pensé. Entonces supe que había fuerzas en el mundo que nunca entendería. O tal vez no quisiera entenderlas.

Mi padre y yo fuimos a la cúpula tropical. Nadamos por separado. Mi padre solo

estuvo diez minutos dentro antes de salir y sentarse en la tumbona con su taza de café. No se le veía muy feliz que digamos, pero al menos no estábamos discutiendo. Buceé hasta la piscina grande y empecé otra vez a contar, conectando los latidos de mi corazón con el ritmo de las brazadas mientras imaginaba el cuerpo de Lexi doblándose bajo el agua. Los ruidos del exterior fueron desvaneciéndose hasta que no pude oír nada más que el rumor de mi sangre.

Me empezaron a llegar destellos de la cara de Lexi: las marcas en su sien, el suave arcoíris difuminado de su ojo morado... Había chicos en el colegio a quienes les gustaba ese tipo de cosas y miraban en el móvil fotos de chicas que habían recibido palizas. Yo no era uno de ellos, y pensar en las heridas de Lexi me desgarraba por dentro, como si mi estómago estuviera sangrando. Me impulsé con fuerza hacia el fondo hasta que las imágenes desaparecieron y sentí un resplandor alrededor de mi cuerpo.

Cuando salí de aquel estado de ensimismamiento vi que el cielo más allá de la cúpula se había oscurecido con nubes de tormenta y la lluvia estaba golpeando el cristal. Traté de ver algo a través de las hojas de la palmera. El verde encima del gris. Salía vapor de los *jacuzzis*. Más lejos, donde las tumbonas, vi que mi padre rebuscaba en su bolsa, sacaba una botellita de whisky y vertía un buen chorro en el café. Echó una ojeada a su alrededor para asegurarse de que nadie le había visto. Como un niño pequeño. Salí de la piscina y me puse la camiseta.

—Tranqui, Dan —dijo Ryan—. Definitivamente sabes moverte en el agua, macho. En serio.

—Hola, Ryan, gracias —dije. «Tengo una buena profesora», pensé mientras me imaginaba las brazadas de Lexi al deslizarse por el agua.

—¿Tu padre está bien hoy? Ya he visto que se ha dejado las deportivas en casa.

—Sí —dije—. Ah, esa era la chica de la que hablaba, por cierto. Cuando me has visto esta mañana.

—¿Qué? —preguntó.

—Esta mañana. Cuando pasaste con la bici, ¿te acuerdas?

—Sí. ¿Cerca del lago?

—Sí. Estaba con Lexi. La nadadora de la que te hablé.

Se tiró de un mechón de pelo amarillo que estaba enredado y frunció el ceño.

—¿Una chica? No he visto a ninguna chica, tío —se extrañó.

—Estaba justo a mi lado —dije.

—Claro, tío —dijo lentamente—. Lo que tú digas.

Y no dejó de fruncir el ceño.

Mi padre bajó al bar que había cerca de la cabaña, el Red Lion, y yo me escapé para reunirme con Lexi a las 8 de la tarde. Los caminos asfaltados olían a lluvia fresca y el aire estaba tan limpio como el acero. El cielo era de color azul oscuro. Me estaba esperando junto a un árbol con las piernas cruzadas, el pelo liso y las manos en su regazo. Solté la bici y me acerqué a ella. Notó que estaba cojeando.

–¿Qué ha pasado? –preguntó.

–Nada. Me ha debido de dar un tirón mientras nadaba.

–Has de estar en forma para lo que estamos a punto de hacer. Requiere tener una excelente condición física –dijo.

–Bueno, entonces esto no debería ser un problema –dije dándome unas palmaditas en la tripa.

Me agarró de los brazos.

–Tienes unos buenos hombros, Daniel. Es todo lo que necesitas. Llévame detrás, anda.

Se sentó en la parrilla de la bici con las piernas a los lados y yo salí disparado.

–¿Adónde vamos? –pregunté.

–Al otro lado del lago. Vamos a dar vueltas en un gran círculo.

–Como la historia –añadí.

La dinamo chirrió y la luz parpadeó en las zanjas y las verjas de madera. Lexi me pidió que fuera más despacio cuando llegamos a un grupo de viviendas familiares. Era la zona donde se quedaban las familias numerosas y había un montón de filas de casas adosadas enormes. Parecía una de esas nuevas urbanizaciones, lo que me recordó que existía otro mundo fuera.

–Deja la bici en los arbustos –susurró Lexi.

Le hice caso.

–¿Qué vamos a hacer? No pienso robar a nadie –me quejé.

–Espera –dijo.

Atravesamos sigilosamente la hierba alta hasta llegar a la valla del primer jardín trasero. Era la típica valla de jardín hecha de tablas. La madera estaba húmeda por la lluvia y caliente por el sol que había seguido a la tormenta. Las casas estaban construidas en una cuesta, así que podías ver parte de los otros jardines y las verjas como si fueran una fila de fichas de dominó. Algunas personas habían colgado sus toallas de piscina en los tendederos.

Lexi puso el pie en el saliente de uno de los tablones de madera y las manos en la parte de arriba de la valla y movió los dedos de un lado a otro para evitar clavarse

una astilla. Tenía una uña negra con el borde lleno de sangre. Bajó la cabeza y se inclinó hacia delante.

—¿Pero qué vamos a hacer? —pregunté.

—Sígueme —dijo ella—. Y haz lo que hazas, no pienses.

Se subió a la valla y pasó por encima. La oí atravesar corriendo el primer jardín. Antes de que pudiera recuperarme del *shock* ella ya estaba saltando la segunda valla. Traté de auparme, pero pesaba demasiado para comenzar sin darme impulso. Di unos cuantos pasos hacia atrás y corrí hacia la verja, salté a duras penas y pasé por encima. Había cuatro sillas en el jardín y una revista empapada sobre la mesa. Me detuve un momento y luego empecé a correr hacia la siguiente valla, impulsado por el miedo y la emoción.

Era una sensación increíble y algo que siempre recordaré. Podía sentir la adrenalina rugiendo dentro de mí y el aire deslizándose silenciosamente sobre mi piel. Al principio me concentré solo en su espalda e intenté olvidar el hecho de que hubiera gente en las casas a mi izquierda. Pero pronto me relajé y me dejé llevar. Se me habían agudizado los sentidos. Sentí el crujir húmedo de la hierba alta bajo mis pies cuando me resbalé y caí al suelo como un ciervo recién nacido. El cuarto jardín olía a basura, el quinto olía al detergente de las toallas que habían olvidado quitar de la cuerda. Lexi intentó sabotearme, poniéndome un triciclo en medio para que me tropezara y dándole la vuelta a otro tendedero para que las toallas me golpearan en la cara ruidosamente. Estaba corriendo en completo silencio, pero pude ver que sus hombros temblaban de la risa.

Y yo quería gritar. Quería aullar del subidón que me había entrado.

Al principio me había dado miedo que la gente nos viera, pero en ese momento no me importaba. De hecho, estaba deseando que nos vieran. Así era como quería que me vieran. Así era como quería que me conocieran: como un hombre iluminado por la luna pasando como un rayo plateado delante de su ventana, un instante de pura belleza en la vida de aquellas vulgares casas de vacaciones.

Tenía la impresión de que todo estaba en alta definición. Lexi escupió en una planta que había al lado de la sexta valla y vi las burbujas de saliva en la hoja; parecían savia. Llegué a la parte de arriba de la octava verja justo cuando ella alcanzaba lo alto de la novena. Estaba exactamente donde estaría yo tres segundos después. Era mi futuro. Los jardines iban apareciendo ante ella, uno detrás de otro. Atravesé a toda velocidad el décimo y de pronto, ¡pum! Golpeé una mesa camuflada con una tela impermeable verde, me revolqué encima de ella y rodé por el césped. Aún seguía riéndome cuando me levanté. Giré a la izquierda y vi a una mujer de pie detrás de la puerta del patio que daba a la sala de estar de su casa. Iba en chándal y estaba completamente anonadada. Durante un instante nuestras miradas se cruzaron, y entonces desaparecí.

—¡Yujuuu! —grité mientras volvía a coger velocidad.

Cuando salté la última valla vi que Lexi estaba tumbada de espaldas sobre la hierba alta. Su pecho subía y bajaba por los jadeos y el lado izquierdo de su cuerpo estaba palpitando. Fui hasta allí corriendo y me tumbé junto a ella. Me puse boca abajo y miré hacia atrás al lugar de donde habíamos venido.

–Lo has conseguido –dijo.

Yo apenas podía respirar.

–Sí –contesté.

–Daniel –me dijo–. Creo que acabas de encontrar tu deporte.

Nos quedamos mirando la brumosa luna creciente.

–Parece una uña –dije.

–Siempre he querido tener las uñas largas –dijo–. Pero nunca las tendré.

–Claro que sí.

Sacudió la cabeza.

–Eres un buen compañero –dijo–. Te oía detrás de mí.

Sentí el dorso de su mano contra la mía. No era gran cosa, pero al menos me estaba tocando.

–Mañana voy a jugar al voleibol con mi padre y con las dos mujeres que están al lado de nuestra cabaña. Lo he organizado yo –dije.

–Has conseguido que quede con adultos. Bien hecho, Daniel.

–Va a ser un poco bajón después de esto.

–Bueno.

De pronto me vino su olor. Olía al lago, una fragancia que no es fácil de identificar. Casi no huele a nada, pero contiene la frescura de la vida. El oscuro verdor del agua.

–¿Dónde está tu madre? –preguntó.

–Vive en casa de su hermana en el sur. No tenía otro sitio adonde ir. Viene a verme una vez cada quince días. Intento que mi padre se venga con nosotros, por lo menos para hablar con ella. La próxima visita me la voy a perder porque estoy aquí.

–¡Qué mal! –exclamó.

–Tiene sus ventajas –dije. No la miré. Solo de pensar en mi madre y mi padre me puse tenso. Me apoyé en los codos.

–¿Quieres que tus padres vuelvan a estar juntos? –preguntó.

–Sí.

–¿Crees que es posible?

–Puede. Yo hice que se separaran, así que seguramente pueda encontrar un modo de que vuelvan, ¿no? –Me estaba volviendo a cabrear.

–¿A qué te refieres con que hiciste que se separaran? –dijo.

–Vi a mi madre con otro hombre. Mi padre me lo preguntó y no pude ocultárselo.

Lexi suspiró. Me estaba poniendo furioso. La miré, pero ella tenía la vista fija en la luna.

–¿Me estás escuchando? –dije–. Te estoy diciendo que he destrozado mi familia.

–Eso no está bien, ¿no?

–¡No lo hice a propósito, joder! –grité–. Yo no quería ver a mi madre con el médico. Ni que mi padre me preguntara sobre ello. No fue culpa mía. No fue culpa mía, ¿verdad?

Lexi se volvió hacia mí.

–No. No fue culpa tuya. Bueno. Ya está. Lo has dicho.

La miré. Respiré hondo para evitar ponerme a llorar. Pero ella tenía razón. Y era la primera vez que decía que no era mi culpa. Lexi tenía la capacidad de hacer que las cosas fueran sencillas y claras.

Volví a tumbarme en el césped. Mi corazón seguía latiendo deprisa por haber atravesado corriendo los jardines, pero ya me encontraba mejor.

–¿Tus padres están divorciados? –pregunté. No esperaba que me respondiera.

–No. Es raro, ¿verdad? La mayoría de la gente de mi colegio tiene padres divorciados. Cuando era pequeña, mi mejor amiga le dijo a su madre: «La familia de Lexi Cocker debe de ser muy pobre, porque sus padres tienen que vivir en la misma casa».

–¡Qué gracioso! –dije–. Oye, ¿de dónde viene Lexi?

–De Alexandria –respondió.

Alexandria Cocker. Recordé las letras grabadas en el árbol. AHC. Eran sus iniciales.

–¿Qué significan los números del árbol? –pregunté en voz más baja. Pero ella sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo, estrujándolo. Tenía los ojos muy abiertos.

–Me tengo que ir –dijo.

Se puso en pie con dificultad e hizo un gesto de dolor sujetándose la tripa.

–¡Espera! –exclamé. La agarré del brazo, pero ella se soltó con fuerza y echó a correr hacia los árboles en dirección al lago–. ¡Lexi! –grité–. ¿Qué ocurre?

No se dio la vuelta ni contestó. Tragué saliva y miré a mi alrededor. El psicólogo del colegio decía que no me gustaban las despedidas rápidas. Tenía razón. Me ponían nervioso. Aún podía sentir la zona de la palma de mi mano con la que había agarrado brevemente a Lexi antes de que saliera disparada. Estaba helada.

Miércoles 24 de octubre

Me preparé para sacar. Mi padre estaba delante de mí, cerca de la red. Tenía las manos detrás de la espalda y dos dedos levantados.

–¡Tiempo! –grité a Chrissy y Tash. Se relajaron y se chocaron las manos. Me acerqué a mi padre, que seguía frente a la red–. Papá –susurré.

–Dime, Daniel.

–No sé lo que significan esas señales con las manos –dije.

–Ah, vale. Yo tampoco, la verdad. Lo he visto hacer en la tele y pensé que si hacíamos eso Chrissy y Tash pensarían que sabíamos lo que estábamos haciendo.

Íbamos perdiendo por un margen considerable.

–Creo que ya deben haber deducido que no –dije.

Mi padre se rio.

–Ya.

Volví a la línea de fondo y saqué en largo hacia Chrissy.

–¡Mía! –gritó ella, lanzando muy alto el balón, que empezó a dar vueltas en el aire.

–¡Sube conmigo! –gritó Chrissy mientras iba hacia la red. Tash lo golpeó suavemente y lo pasó justo por encima. Empecé a moverme para cubrir el lado izquierdo del campo, pero mi padre hizo lo mismo.

–¡Dale! –gritó Tash. Chrissy pegó un gran salto y remató. Mi padre retrocedió medio suspendido en el aire y le dio con la mano, pero no fue suficiente. Acabó tirado en la arena, refunfuñando y riéndose.

Las hermanas gritaron de alegría y volvieron a chocar las manos.

–¡Qué buen partido! –exclamó mi padre. Llevaba una camiseta interior a pesar del día tan tempestuoso que hacía y unas gafas de bucear azules para protegerse de la arena. Estaba ridículo, pero se le veía muy contento. El viento le había quemado los brazos.

Yo en cambio apenas podía moverme. Me había despertado con dolores por todo el cuerpo. Tenía el tobillo hinchado y las sábanas se me habían pegado a un corte largo y profundo en la pierna que no dejaba de sangrar. Pensé que quizá me había hecho aquellas heridas al saltar las vallas. Pero estaba empezando a sospechar algo más siniestro.

Eché una ojeada al lago. Los árboles donde había visto a Lexi la primera vez se movían agitados por el viento, pero no había ni rastro de ella. Nada de humo del horno de tierra, ninguna sudadera roja, ninguna extremidad saliendo del agua. Pensé en lo rápido que me había dejado solo en la hierba y en la tristeza que sentí

cuando se fue. Me acordé de un programa de televisión que había visto sobre una bacteria carnívora. El hombre del programa había contraído la enfermedad después de cortarse mientras nadaba. Yo no sabía quién o qué era Lexi, ni de dónde venía, pero estaba empezando a pensar que era contagiosa.

Chrissy sacó, pero yo estaba tan enfadado que estampé el balón contra la red.

–¡Por Dios! –grité, fingiendo que estaba furioso por el golpe.

–¡Esa boca, Daniel!

–«Dios» no es una jodida palabrota, papá –repliqué.

Pillé a Tash y Chrissy mirándose.

–Ni se te ocurra –le dijo Tash a su hermana–. No necesita tus chorradas de la New Age.

–No le harían ningún daño –dijo Chrissy.

Tash suspiró y se volvió hacia mi padre.

–Si te digo la verdad, estoy un poco hecha polvo. ¿Es-¿Estamos empatados?

Mi padre se rio.

–Es muy amable por tu parte, pero creo que habéis ganado vosotras.

–Ricky, te invito a un café de consolación en La Casa de las Tortitas –dijo Tash.

–No me vendría mal algo un poco más fuerte. Tal vez una de sus mejores...

–Es un poco pronto para eso, Ricky –dijo Chrissy muy seria.

Mi padre asintió.

Me quedé de pie con las manos en los muslos. El viento empezó a soplar con más fuerza y cesó durante un instante. Tres gotas de sangre cayeron en la arena y vi cómo los granos absorbían el líquido. Se formó una pasta oscura y entonces el viento se volvió a levantar y la arrastró con él. La sangre salía de la herida de mi pierna, que parecía estar cada vez peor.

–Eso tiene muy mala pinta –dijo Chrissy.

–Me caí de la bici –mentí.

Chrissy asintió con la cabeza.

–¿Por qué no nos alejamos de este vendaval? –preguntó.

Caminamos hacia la hierba que había junto al carril bici donde los árboles nos resguardarían un poco del viento. Chrissy tenía una cara agradable y llena de pecas. Se sentó con las piernas dobladas hacia atrás y estiró la espalda. Si yo hubiera intentado hacer alguno de esos movimientos habría acabado en el hospital. Aunque por la forma en que estaba sangrando tenía muchas posibilidades de acabar yendo igualmente.

–Yo también me caí de la bici ayer –dijo–. Llevaba unos pantalones anchos de chándal. Bueno, ahora los llaman de otra forma, claro. Pantalones de entrenamiento o algo así.

–Suenan a nombre de pañal –dije.

Se rio.

–Sí, la verdad es que sí. Total, que me corté en la rodilla con las piedrecitas del suelo. Mira. –Me enseñó la pequeña costra que tenía en la rótula–. Pero lo más sorprendente es que el pantalón ni siquiera se rasgó.

–Son muy resistentes –dije.

–Si alguna vez hay una guerra nuclear, los únicos seres que sobrevivirán serán las cucarachas que lleven pantalones de chándal.

–Será como Nottingham.

–Vale ya, Daniel.

–Lo siento –dije.

–Daniel, cuando tu padre llega a casa y se ha tomado unas cuantas copas, ¿alguna vez discutís?

–Sí. Sobre todo cuando pone música de Phil Collins a tope. Aunque a veces maldigo a Phil Collins.

–¿Alguna vez se pone violento? –preguntó.

–¿Qué?

–¿Te ha pegado alguna vez?

Apoyé la cabeza en mis manos. Sabía por qué había llegado a esa conclusión, y le agradecía que se preocupara, pero aquellas charlas psicopedagógicas siempre acababan igual. Necesitaba a Lexi. Ella me entendía. Pero había huido sin apenas decir adiós.

–¿Daniel?

–¿Qué?

–¿Te pega?

–No. A veces desearía que lo hiciera.

–No lo dices en serio.

–Bueno. A lo mejor le ayudaría a superarlo.

–¿Superar qué?

–No importa.

Chrissy aún estaba sudando por el partido de voleibol.

–No tienes que tener miedo de hablar sobre esto, ¿vale? Cuando alguien te pega, puede ser muy intimidante.

–Mi problema no es que la gente me pegue –dije–, sino que la gente se marche.

Sonrió y arrastró los pies detrás de mí. Me volví para no perderla de vista.

–¿No crees que estás sometido a mucho estrés, Daniel? –preguntó.

–Bueno, puede ser –contesté.

–Hay cosas que puedo hacer para aliviar esa ansiedad. El reiki puede hacer que recuperes el equilibrio.

Cuando no estaba haciendo preguntas sobre maltrato doméstico, su voz tenía un efecto tranquilizador. Y llevaba razón sobre lo del equilibrio. Yo estaba muy inestable. Quizá por eso me había ayudado tanto nadar.

–¿Eres vidente? –pregunté.

–¡No, por Dios! Os habríamos ganado por muchos más puntos si fuera vidente. El reiki es una especie de curación por imposición de manos. Es muy relajante.

Se acercó un poco más a mí.

–Se puede saber tanto sobre lo que hay dentro de una persona por su aspecto físico... Mi abuela trabajó en una fábrica de municiones durante la guerra. El resto de su vida tuvo el dedo corazón doblado hacia atrás porque podía llevar dos bombas en ese dedo y solo una en los otros. En cuanto nos conocimos vi la tensión que había dentro de ti. Nuestras vidas están escritas en nuestro cuerpo –dijo.

Me pregunté qué estaría escrito en mi cuerpo. «Cuarto de libra con queso», probablemente.

–Cierra los ojos –dijo Chrissy.

Extendió los brazos detrás de mi cabeza y me puso las manos encima de los ojos. Aguanté la risa durante un rato y luego me dejé llevar. Era agradable. No era tan bueno como nadar, pero también me relajaba. Dejé volar la imaginación. Pensé en la espalda de Lexi cuando atravesaba corriendo los jardines y en ella de pie en la valla, con el pelo mojado brillando bajo la luz de una luna con forma de uña.

Chrissy apartó las manos y sentí que el dolor y el sufrimiento volvían a aflorar en mí.

–¿Estabas absorbiendo mi energía o algo así? –pregunté.

–Mmmm... –contestó.

Me di la vuelta. Chrissy tenía el ceño fruncido y estaba mirando fijamente la hierba.

–¿Estás bien? –pregunté.

–¿Qué? Sí. Yo... Sí. Ya se me pasará –dijo.

Me levanté porque mi padre y Tash venían hacia nosotros. Chrissy también se puso en pie. Empecé a andar, pero cuando me di cuenta de que no me seguía, me giré. Tenía la mano en la cabeza y se estaba tambaleando.

–¿Qué ocurre? –pregunté.

–Dios mío, Daniel –dijo. Y se desplomó en el suelo.

Tash y mi padre vinieron corriendo a ayudarla, y yo me quedé de pie a una distancia prudencial. Chrissy estuvo inconsciente durante un buen rato. Yo sentía cómo me ardían los nudillos y cuando miré hacia abajo vi que tenía unas marcas amoratadas de rasguños en la piel. Mi padre volvió corriendo a La Casa de las Tortitas para pedir un poco de agua mientras Tash se quedaba arrodillada junto a su hermana.

–No he hecho nada –dije.

–No te preocupes, Daniel –dijo Tash con calma–. Se pondrá bien.

–¿Le ha pasado antes esto? –pregunté–. ¿Cuando hace sus tratamientos?

–No –dijo Tash–. La verdad es que no. No le ha pasado nunca.

Chrissy ya había vuelto en sí cuando mi padre regresó con el agua. Se incorporó y bebió de la botella. Al verme se estremeció.

–¿Qué ha pasado? –pregunté–. ¿Qué he hecho?

–No has hecho nada –dijo. Tenía una expresión sombría que denotaba preocupación, pero cuando vio que la estaba mirando la transformó en una ligera sonrisa. Yo ya conocía esas sonrisas falsas. Sabía lo que significaban. La sangre me latía dentro de la pierna y me estaba empezando a sentir débil. Débil por la ira. Débil por el miedo.

Cuando la encontré, Lexi estaba tumbada boca arriba en los juncos con los ojos abiertos y la cara no sé por qué dentro del agua. Estaba pálida y tenía el pelo alrededor de la cara como un charco de sangre negra. Cuando me vio parpadeó y se levantó.

–¡Daniel! –exclamó.

–No puedes hacer eso y quedarte tan pancha, ¿vale? –dije.

–¿Hacer qué?

–Escaparte. Te escapaste. No me diste ninguna razón y no me dijiste ni adiós.

–Ay, Danny, Danny –dijo con un hilo de voz–. Llegaba tarde. Tenía que irme.

–¿Tarde a qué? No sé nada de tu vida. ¿Tu carroza se iba a convertir en calabaza o qué?

–Daniel –dijo mientras salía del agua–. No lo entiendes. Te dije que había cosas sobre mí que no podía contarte. Créeme, tenía que irme. No tiene nada que ver contigo.

–Eso es lo que dicen todos. Pero sí que tiene que ver conmigo. Si alguien me abandona, claro que tiene que ver conmigo.

–Ahora estoy aquí, ¿no? Dios, yo solo... ¿Por qué dices eso?
Vino hacia mí pero yo retrocedí.
–No te acerques –dije.
–¿Por qué? –preguntó.
–¡Mírame! –exclamé–. Estoy hecho polvo.
Le enseñé las manos, el tobillo y el corte profundo de la pierna.
–Me has pegado tu enfermedad –añadí.
Miró fijamente cada herida con los ojos muy abiertos. Era evidente que sabía lo que estaba pasando.
–¿Qué es? ¿Qué me ocurre? –dije–. Hace un minuto una mujer se ha desmayado solo por tocarme.
–¿Dónde te has hecho esas marcas? –dijo Lexi–. ¿Te has caído?
–¡No! Sabes que no me he caído. Sabes lo que está pasando. Me he despertado con estas heridas y están cada vez peor, no mejor. Igual que las tuyas.
–¡Dios mío! –exclamó.
–Es contagioso, ¿verdad? Es uno de esos virus carnívoros.
–No, Daniel. No es un virus. Es... No puedo... –Empezó a llorar, pero yo me encontraba tan mal que ni siquiera me importó.
–¿Por qué nadie me dice lo que está pasando? –pregunté.
Se puso a llorar desconsoladamente.
–Tienes que irte, Daniel. Tienes que alejarte de mí. No te hago bien. Todo esto es por mi culpa.
–¡Cállate! –grité–. Ahora me toca a mí marcharme. De todas formas, no das más que problemas. Podría hablarle a la gente de ti. Les podría decir lo que estás haciendo aquí. Que mientes y robas.
Volvió a mirarme las manos y luego se tapó la cara y sollozó.
La señalé con el dedo.
–Así que por qué no te alejas *tú* de mí –dije.
Corrí a toda velocidad hacia la cúpula, intentando con todas mis fuerzas aguantar el dolor del tobillo y la furia que sentía dentro de mí. En gran parte quería volver, pero a veces, cuando piensas que alguien va a alejarse de ti, solo puedes hacer una cosa: alejarte tú antes.

En las duchas de la piscina un hombre se me quedó mirando la pierna. Sabía que estaba a punto de decir algo, pero le puse tan mala cara que se lo pensó mejor. Los cortes del tobillo me escocían por el desinfectante para pies.

Necesitaba urgentemente aclararme las ideas. Necesitaba alcanzar ese lugar de mi cabeza donde el mundo iba cada vez más despacio, se detenía y luego desaparecía. Necesitaba nadar.

Ryan estaba intentando que le mirara a los ojos, pero me daba miedo que tratara de echarme de la piscina cuando viera el corte profundo que tenía en la pierna. Además, no quería hablar con nadie. La máquina de olas estaba encendida, pero no me importó. Caminé por la parte baja de la piscina entre el chapoteo de los niños y luego me hundí, deslizándome más allá de las peleas infantiles y de las madres que se movían arriba y abajo con sus bebés, que no paraban de salpicar. Me escurrí debajo de los flotadores rojos y de las colchonetas hinchables moradas. Atravesé la marea humana y una masa de aire salió de mi cuerpo como el humo de un barco en llamas. Seguí buceando y dejé que el aire saliera y el agua entrara. Dejé que el mundo se quedara a oscuras antes de subir a respirar. Y empecé a contar. Uno. Y. Dos. Y.

El mundo, gracias a Dios, desapareció por un instante, y yo volví a aquel vacío donde no sentía nada más que el incesante tictac de mis extremidades. Estuve ahí abajo durante un buen rato y cuando el vacío de mi cabeza empezó a cerrarse otra vez, vi imágenes de Lexi en los juncos. Vi las cosas que no había visto cuando estuve allí. Las cosas que había estado demasiado furioso para ver y que no quería ver ahora: la hinchazón alrededor de sus párpados temblorosos, la mancha cobriza de sangre líquida atravesándole la mejilla. Yo también tenía heridas, pero ella estaba mucho peor que yo.

Olvídala, me dije a mí mismo mientras ascendía por las capas de silencio y regresaba a los gritos de la superficie.

Me senté en el borde de una de las tumbonas y sentí el aire caliente y seco contra mi piel. No me molesté en ponerme la camiseta porque no me importaba que me vieran. Desafiaba mentalmente a la gente a que hiciera algún comentario sobre mí. Tal y como me sentía en ese momento, les habría destrozado.

Cuando el grupo de chavales que me había insultado el viernes se dirigió hacia mi tumbona, pensé que iba a tener que poner en práctica mis pensamientos violentos.

–Muy bien, macho –dijo el más alto.

No respondí.

–He dicho *muy bien*, macho –repitió.

–¿Qué quieres? –pregunté.

–Tranquilo –dijo–. Solo queríamos hablar contigo.

–Sí, claro. Hace dos días queríais manosearme.

El chico alto se rio.

–Ese era Thorpey. Es maricón.

–Cállate, Jack, capullo –dijo un chico con el pelo rapado y un bañador largo de color rojo.

Jack se rio.

–Te hemos visto nadar, eso es todo. Lewis está en la selección –dijo, señalando al tercer chico, un chaval muy fuerte que tenía los brazos cruzados–. Cree que eres bastante rápido.

–Sí, bueno. Pero no estoy compitiendo con nadie, si es a lo que te refieres –dije.

–¿Competir conmigo? –se burló Lewis–. ¡Qué gracia! Ni te acercarías a mí.

–No quiero acercarme a ti. Te está goteando pis por el bañador.

Miró hacia abajo un segundo, lo suficiente para hacer que Thorpey y Jack se rieran. Lewis vino a por mí, pero los otros lo retuvieron.

–Gordo de...

–Tranqui, Lewis, tranqui –dijo Jack–. Es una broma. No pasa nada por bromear un poco. Me cae bien.

Jack se volvió hacia mí.

–¿Cómo te llamas, tío? –preguntó.

–Dan.

–Vaya arañazo más feo que tienes ahí, ¿eh? –dijo, señalando mi pierna.

–No es nada –contesté.

Se sentaron en las otras tumbonas, Thorpey y Lewis en un lado y Jack en el otro.

–¿Era tu padre el que montó un follón ayer cuando te pilló donde la piscina?

–Sí.

–Es muy gracioso, tío. Cómo se le fue la pinza el otro día, ¿eh? Qué locura.

–Sí –respondí.

–Nuestros viejos se van a pasar la tarde jugando al bingo –dijo Thorpey.

–¿El bingo es un deporte? –me burlé.

Se rieron.

–Las madres de estos dos no jugarían a un deporte de verdad ni de coña –dijo Thorpey, señalando a Jack y Lewis–. Ochenta y ocho. Dos señoras así de gordas.

Volviéron a reírse.

El subidón de adrenalina causado por el cabreo que tenía estaba empezando a

desaparecer. Se me había puesto la piel de gallina y pronto me empezó a llegar el olor a cloro y a sudor. Aquel no era el tipo de ambiente que me convenía. Todos los psicólogos del colegio habrían estado de acuerdo en eso. «No trabaja bien en grupo. Le intimidan con facilidad». Pero hasta ahora no había tenido ningún problema. Quizá no fuera tan friki, después de todo. Quizá no necesitara juntarme con gente como Lexi.

–Bueno, Dan. ¿Te gusta este sitio? –preguntó Jack–. Mundo Ocio, digo.

–Un poco rollo –dije.

–Ya –contestó él–. El otro día fue mejor. Había algunas zorras por aquí. Cuerpos de flipar.

–La que me tiré yo era increíble –dijo Thorpey.

Me quedé mirando el agua azul brillante mientras Thorpey seguía hablando.

–Era una guarra –continuó–. Hacía cualquier cosa. Podías hacerle lo que quisieras.

–Sí, era asquerosa –dijo Lewis–. Todas ellas. Putas de verdad. Pero ya han vuelto a casa.

Había visto a esas chicas y me habían parecido bastante normales. ¿Pero qué sabía yo de chicas?

–Ahora que se han ido, este sitio es un coñazo –dijo Jack–. Pensé que iba a haber montones de tías de vacaciones, pero lo único que hay son tíos.

Se sacó un teléfono móvil del bolsillo del bañador, presionó unas cuantas teclas y miró furtivamente a su alrededor. Ryan estaba al otro lado de la piscina, de rodillas delante de una niña pequeña que se había dado un golpe en la cabeza con el borde del tobogán de agua.

–Mira esto, Dan –dijo Jack.

Me enseñó un vídeo. Era pornografía. No lo voy a describir. Y no voy a mentir: me gusta ver una mujer desnuda tanto como a cualquier hombre, pero aquello era distinto. Esas mujeres no querían estar ahí; era como un ataque o algo así. Estaba confundido. Me pregunté si aquellos chavales tendrían hermanas. O madres. Bueno, sus madres estaban en el bingo.

Si viera ese vídeo ahora probablemente vomitaría. Pero en ese momento estaba atontado. Lo único que sentía era el zumbido distante de lo enfadado que había estado con Lexi. Quería vengarme de ella.

–¿Qué te parece? –preguntó Jack–. Menuda guarrada, ¿eh?

–Sí –dije. Como si no fuera nada del otro mundo. Como si viera ese tipo de vídeo todos los días.

–Es la clase de cosas que le darían vidilla a Mundo Ocio –dijo Jack.

De pronto sentí que la oscuridad se apoderaba de mí.

–Sé donde hay una chica que os puede gustar –dije.

–¿Ah, sí? –dijo Jack.

–Sí. Bueno, a ver, igual no os mola –aclaré. Me arrepentí enseguida de lo que había dicho.

–No, tío. A mí me interesa –dijo Jack–. Nos interesa, ¿verdad, chicos?

–¡Qué va! –dije–. Probablemente no esté dispuesta a hacer cualquier cosa. En realidad no es...

–Pero no pasa nada por preguntar, ¿no? –dijo Jack–. Venga, Dan, ¡suéltalo ya! No intentes proteger ahora a tu ligue. Tienes que compartir. Los amigos comparten.

Me separé de Jack, pero los otros dos me rodearon. Eran unos listillos e insolentes.

–Deberías presentárnosla –dijo Lewis.

Yo estaba asustado y traté de justificármelo a mí mismo. Me había hecho daño. Además, solo sería una ojeada. Eran unos flipados. No pasaría nada. Echaríamos un vistazo cuando saliera del agua y luego nos iríamos.

–Vale –dije.

Cuando nos íbamos, vi que Ryan había vuelto a la silla del socorrista. Me miró con las cejas arqueadas y los labios caídos.

Se estuvieron quejando durante diez minutos de lo largo que era el camino.

–¿Adónde nos llevas, Dan? –preguntó Jack.

–A un campamento para gordos, fijo –dijo Lewis.

En Mundo Ocio te acostumbras a montar en bici, pero ahora íbamos andando y parecía que tardábamos una eternidad. Pronto pasamos delante del árbol donde Lexi había grabado sus iniciales y las dos series de números. El sol estaba cayendo y las sombras de las ramas nos sumieron poco a poco en la oscuridad.

–Ya estamos cerca –dije.

–Más vale que merezca la pena, Dan –amenazó Thorpey–. Quiero ver un poco de carne después de un viaje así.

El ambiente había cambiado. Yo estaba bajo sospecha. Bajo presión.

–Sé dónde se cambia –dije.

–Eso está mejor –dijo Jack.

–Pero creo que es mejor si nos escondemos. Si vamos y nos enfrentamos con ella, saldrá corriendo.

Les mandé callar y escogí un grupo de árboles a una distancia prudencial del claro. Las ropas de Lexi no estaban en la orilla.

–Bueno, ¿dónde está la chica? –preguntó Jack.

–Ahora vendrá –dije–. Siempre está aquí.

Esperamos. Al cabo de un rato, empezaron a inquietarse y a murmurar entre ellos. Jack escupió en la tierra seca. Necesitaba que Lexi saliera ya.

–Obviamente, no está aquí –dijo Jack.

–Igual si esperamos un poco más... –sugerí.

–No creo, Dan –dijo Jack.

–Te la has inventado, gordo –soltó Thorpey–. Nos has arrastrado hasta este apestoso bosque para que viéramos a una novia imaginaria.

–No. Escuchad. Puedo demostraros que ha estado aquí. Puedo probarlo.

Salí de detrás de los árboles y busqué sus huellas o cualquier rastro de ella en el claro. No había nada. Solo el hueco oscuro del horno tapado con tierra seca y arena.

–Mirad –dije–. Aquí es donde hace su comida.

–¿Que hace qué? –dijo Thorpey.

–¿Lo dices en serio? –preguntó Jack–. ¿Nos traes hasta aquí y las únicas tetas que vamos a ver son las tuyas?

Lewis se rio. Jack me dio un golpe en el pecho. Paré los golpes, pero luego sentí

un fuerte manotazo en la pantorrilla. Era Thorpey. Caí de rodillas y Lewis me dio una patada en el estómago.

–Ya no hablas de mi bañador, ¿eh, gordo? ¿Dónde están tus bromitas ahora?

La patada me dejó sin aire y no podía hablar.

–Hagamos rodar este bote de manteca hasta el lago –dijo Jack.

–Seguro que flota –dijo Lewis–. Podríamos montarnos encima de él y cruzar al otro lado, como si fuera una lancha.

Jack me abofeteó por toda la cabeza y entre los tres me empujaron cuesta abajo hacia la orilla del agua. Pude oler el lago y la tierra arcillosa de dentro. El sol era blanco.

–Venga, cogedle de los brazos –dijo Jack, y se puso a dar vueltas a mi alrededor. Le miré los pies, pero por el rabillo del ojo vi que algo se movía, una ola pequeña en el lago. Entonces, de pronto, una mano salió del agua, le agarró del tobillo y tiró de él hacia abajo. Él soltó un gran alarido.

Los otros saltaron hacia atrás.

–¿Adónde ha ido? –exclamó Lewis.

Jack volvió a chillar cuando subió de nuevo a la superficie. El agua salpicó por todas partes y me dio en toda la cara, lo que me vino bien.

–¿Qué pasa? –gritó Thorpey, y fueron hacia la orilla.

–¡Algo me ha agarrado! –gritó Jack–. Es un... –Volvió a hundirse.

–¡Ha desaparecido! –dijo Lewis–. ¿Has visto eso? Incluso antes de que se...

Me giré y vi que Thorpey caminaba con mucha cautela hacia la orilla del lago. Podía oír la paliza dentro del agua. Luego Jack volvió a salir y empezó a coger enormes bocanadas de aire.

–Hay algo aquí abajo –dijo Jack, y empezó a salpicar hacia la orilla. Vi a Lexi detrás de él, con la cabeza y el pecho sobre la superficie. Me pregunté por qué los otros dos chicos no iban a por ella.

Entonces lo vi claro. No podían verla. Ninguno de ellos.

–Lexi –dije.

Lewis se dio la vuelta y me dio otra patada en el estómago.

–Cállate –replicó.

Me encogí de dolor. Jack se puso en pie en el agua poco profunda pero volvió a tropezarse.

–Esto es muy jodido –dijo Thorpey. Empezó a correr hacia el camino y Lewis le siguió. No esperaron a Jack.

–¿Adónde vais? –gritó Jack–. ¡Ayudadme, por favor!

Miré a Lexi, que al verme sacudió la cabeza con gesto de disgusto. Pensé que iba a agarrar a Jack otra vez, pero no lo hizo. Él subió gateando a la orilla y pasó corriendo delante de mí, temblando y gimiendo.

–¡Esperad! –gritó a sus amigos–. ¡No me dejéis aquí!

Al cabo de un rato desapareció dentro del bosque y dejé de oír el ruido de su respiración frenética y de sus lamentos pidiendo ayuda.

–Lexi –dije–. Lo siento.

Pero ella negó con la cabeza de nuevo y volvió a zambullirse en el agua. Vi cómo subía una vez, en medio del lago, y luego se desvanecía. Me toqué el corte del ojo con los dedos e hice una mueca de dolor. Me miré la mano. Ya no había ningún rasguño en los nudillos. Luego me miré la pierna. La herida profunda, larga y llena de sangre, había desaparecido por completo y mi tobillo ya no estaba hinchado. Me agarré las costillas donde Lewis me había golpeado. Eso seguía doliendo, pero nada me hacía más daño que el remordimiento que sentía.

Volví al bosque dando traspiés y comencé a atravesarlo. Me daba la impresión de que se hacía cada vez más grande y espeso. La oscuridad inminente era como un gas que se arremolinaba entre los árboles y llenaba mis pulmones. Pensé en la mano de Lexi saliendo del agua, rodeando la pantorrilla de Jack y tirando de él hacia abajo. Me había salvado. Pensé en ella negando con la cabeza. En la decepción. El moratón que tenía alrededor del ojo estaba aún más oscuro que por la mañana.

Pero ¿por qué los chicos no podían verla? En ciertos momentos parecía que ni siquiera podían ver a Jack.

Me di cuenta de que estaba cojeando, aunque no tenía motivo. Mi tobillo se había curado. Ahora echaba de menos las heridas. De algún modo era como si me hubieran conectado con Lexi. No había tardado mucho en enamorarme, pero había tardado aún menos en estropearlo todo. Estaba abrumado por el cansancio y me senté junto a una gran haya.

A unos metros del árbol había cinco pequeñas lápidas de piedra. «Dotty», «Jacko», «Rex», «Tigger», «Ranger». Era un cementerio de mascotas. A lo lejos pude ver la casa que una vez había sido el hogar de alguna familia rica y ahora era un restaurante Ask. Los perros debían de pertenecer a la gente que solía vivir allí. Me quedé mirando una de las lápidas.

RANGER
PERRO AMADO Y FIEL
DE EMMA Y HENRY
12.03.24 08.09.36

Los sucesos de los últimos días se agolparon en mi mente cansada y empecé a atar cabos. Recordé el día que comí pescado con Lexi, su cena favorita. Pensé en su madre, desafiando la tradición festiva por su hija, sirviendo pescado y mazorcas de maíz en la cena de Navidad de la familia. En su cumpleaños. El 25 de diciembre. 25.12.

Recordé los números grabados en el pino. El primer número. 251293.
25.12.93.

Su fecha de nacimiento. Tenía que ser eso. Ahc. Alexandria H. Cocker.

Pero si esa era su fecha de nacimiento, tenía que aceptar lo que debía ser el segundo número. 31.10.10. El último domingo de octubre de hacía dos años.

Volví a pie, pasé por el campo de golf y las canchas de fútbol de césped artificial donde el balón hacía un ruidito al rebotar en la superficie arenosa de color rojizo. Había anochecido, y a medida que me acercaba a las cabañas veía familias que salían en bici de sus casas hacia los restaurantes, con sus luces visibles al principio, como constelaciones en los negros túneles entre los árboles.

Odiaba Mundo Ocio y quería irme a casa. Estaba asustado, intranquilo y hecho un lío. Pero sabía que tenía algo que hacer al día siguiente. Le debía una a Lexi y me faltaba poco para entender sus misterios, por muy extraños que fueran. Tal vez si la entendiera podría ayudarla.

La cabaña estaba llena de gente cuando llegué. Mi padre se estaba riendo mientras escuchaba a un hombre con las patillas puntiagudas contar una historia. Había más gente sentada alrededor de la mesa del comedor.

–¡Hola, Daniel! –dijo mi padre–. Estábamos a punto de coger las linternas y salir a buscarte. –Estaba radiante–. Estos son Gavin, Mike y Martha. –Señaló a los invitados, que me saludaron con la mano–. Y ya conoces a Tash, claro.

–Hola –dije–. Ninguno de vosotros juega al bingo, ¿verdad?

Me miraron perplejos.

–No –contestaron.

–Bien –respondí.

–Hola, Daniel –me saludó Tash, que estaba yendo hacia la puerta–. ¿Qué te ha pasado en la cara?

–Ah, me he metido en una especie de pelea. Estábamos haciendo el tonto, nada más.

–Tú y esos colegas, ¿no? –gritó mi padre.

–Sí –respondí.

–Seguro que el otro tío está fino, ¿eh? –dijo él.

Pensé en Jack saliendo con dificultad del agua, con los ojos muy abiertos por el miedo.

–Sí, casi no se puede mover –dije.

–Buen chico –contestó. Se volvió hacia los invitados–. Menudo es este Daniel. Tiene una mala leche...

Seguí a Tash hacia la puerta.

–¿Cómo está Chrissy? –pregunté.

–Bien. Un poco cansada, nada más. ¿Tú qué tal estás?

–Muy cansado también.

Nos dimos las buenas noches, ella entró en la casa de al lado y yo me fui a mi habitación. Oí que Gavin abría el frigorífico.

–¿Otra cerveza, Ricky?

–No, gracias, Gav. Ya he tomado suficientes –dijo mi padre.

Todo lo que estaba pasando era muy extraño.

Abrí la ventana de mi cuarto. La oscuridad tenía un toque verdoso y submarino. Volví a sentir aquella oleada de energía estimulante y al mismo tiempo tranquilizadora. Los árboles parecían los gruesos cables de alguna máquina gigante. Oía hablar a Chrissy y Tash en su jardín.

–No seas tonta, Chrissy –dijo Tash–. Está perfectamente. No son más que tus gilipolleces *hippies*. Has fumado demasiado tofu.

Me senté en la cama y me acaricié la zona de la pierna donde antes había estado la herida. Quería recuperarla; quería notar esa conexión, quería tener ese problema.

–Te lo aseguro, Tash –dijo Chrissy, forzando la voz–. Nunca había sentido una energía como esa. Si no tiene cuidado, va a pasar algo horrible.

Jueves 25 de octubre

A la mañana siguiente fui en bici al cibercafé que había detrás de la cúpula. Pedí mi contraseña y bajé a un sótano lleno de ordenadores. Este, al parecer, era el sitio donde se reunían los marginados de Mundo Ocio: un gótico con unos cascos enormes, una mujer con cara de preocupación leyendo sus *emails* de trabajo y un chico con rinitis jugando a *World of Warcraft*. Esta gente, supuse, era mi gente. Eran las 8 de la mañana. Todo el mundo estaba haciendo *jogging* bajo el aire limpio y vivificante o jugando al tenis con un montón de energía mientras nosotros nos marchitábamos bajo los fluorescentes y la neblina de un calefactor de pie que habían puesto al máximo.

Aparté mi monitor de los demás. El buscador me llevó a la web de *Derby City News*. Lunes 3 de noviembre de 2010. Unos días después de la segunda fecha que Lexi había grabado en el árbol.

El titular más importante de aquel día era: LA CIUDAD SIGUE PARALIZADA POR UNA EXTRAÑA TORMENTA DE HIELO. Había una foto del centro de la ciudad helada, una estatua de un niño a horcajadas encima de un carnero. Al animal le colgaban carámbanos de la boca y los cuernos.

La historia de Lexi debía de aparecer en la página dos de la copia impresa. UNA CHICA DESAPARECE EN UNA FIESTA. Pinché en el enlace y escanéé el texto: *Alexandria Helen Cocker (17), conocida por el nombre de «Lexi»...*

El artículo decía que llevaba un vestido azul con leggings debajo y una parka negra. La habían visto por última vez en una discoteca del pueblo hablando con un hombre alto de treinta y tantos años que llevaba un traje y un abrigo largo de color gris. La policía solicitó todo tipo de información y exhortó al hombre a que se entregara. Decían que el informe de los movimientos de Lexi era confuso dado que los relojes se atrasaban por el final del horario de verano.

Un profesor del instituto decía: «Lexi es una chica sensata y sensible y siempre está dispuesta a ayudar a los demás. Lógicamente estamos preocupados porque esto es muy raro. Es una persona tan válida... Y nunca se mete en problemas».

Sentí que la mano que sujetaba el ratón me temblaba. Estaba hecho un lío. El artículo describía las horas previas a su muerte –podía sentirlo– y tuve miedo de que le pasara algo. Pero por otro lado, sabía dónde estaba. Había hablado conmigo. Yo ni siquiera la conocía antes del 31 de octubre de 2010.

Escribí su nombre en la barra de búsqueda de la página web y leí el resto de historias de las semanas y meses siguientes. Cada vez eran más cortas: más peticiones de ayuda de la policía, una vigilia organizada por los amigos de Lexi...

En diciembre, sus padres hicieron un llamamiento público para que volviera a casa. Había una foto de su padre –un hombre alto y esbelto con el pelo rizado y bastante largo con una camisa de cuadros– con su madre, que tenía la cabeza enterrada en el pecho de su marido. El artículo citaba al señor Cocker: «Queremos que vuelva por Navidad. Por su cumpleaños. La echamos terriblemente de menos. Su hermana la extraña mucho. Tenemos esperanzas, pero eso es todo».

Pensé en ellos comiendo pescado y maíz en la comida de Navidad, sin ella. Tenían esperanzas. Encima del artículo había una foto de Lexi en bañador con la cabeza hacia atrás, riéndose. Sin cicatrices ni moratones. El pie de foto decía: Alexandria sigue desaparecida.

Leí una y otra vez el primer artículo, repasando los escasos detalles de su última noche fuera, como si por alguna razón fuera a encontrar las respuestas entre líneas. Pensé en el hombre del abrigo largo gris y en Lexi con su vestido azul. Seguía habiendo tanto que desconocía... ¿Por qué sus heridas estaban cada vez peor? ¿Por qué había huido de mí aquella noche? ¿De dónde provenían mis propias heridas y cómo podían haber desaparecido sin más?

Pinché en todos los artículos que habían salido en el periódico aquel día. Tenía ganas de llorar. Imprimí algunas hojas y subí a cogerlas al piso de arriba. Las doblé y me las metí disimuladamente dentro del calcetín para que no se me cayeran mientras montaba en bici. Salí afuera y traté de aclararme las ideas, pero sin el agua y sin el ritmo de las brazadas no conseguía encontrar ninguna paz. Pude oler el lago en la brisa.

Cuando llegué al claro, ella se había vuelto a esconder. «Me lo merezco», pensé, muy triste. «No me extrañaría que no hablara conmigo nunca más». Sentí que algo me corría por la nuca y oí una especie de silbido. Era arena. Me giré rápidamente y miré hacia arriba. Lexi estaba en las ramas altas de un árbol y la arena se filtraba por su puño cerrado.

–No sé cómo te atreves a volver aquí –dijo.

–He venido a pedirte perdón –contesté.

–No te oigo –dijo.

–Bueno, pues baja.

Negó con la cabeza.

–No me puedo creer que trajeras aquí a esos paletos pervertidos para espiarme. Como si fueras un chulo putas de mierda. Debería haberlo sabido. Forma parte de tu naturaleza como tío.

–Lo siento –dije.

–¿Perdón?

–¡Que lo siento! –grité, esta vez más alto.

–Definitivamente parece más real cuando lo dices gritando –dijo. Bajó deslizándose por el árbol con una serie de movimientos ágiles, pero se quedó en la otra parte del tronco para que no pudiera verla.

–Sin embargo, dejaste que me dieran una paliza –dije mientras intentaba mirar detrás del árbol.

–Te la merecías.

–Me hiciste parecer un pardillo delante de ellos.

–Es que eres un pardillo cuando estás delante de ellos.

–Pero al final evitaste que me hicieran daño de verdad, ¿no?

Se quedó callada.

–Bueno –dijo.

Pensé en los artículos del periódico. Lexi sin marcas ni cicatrices. El hombre con el abrigo largo.

–¿Puedo verte? –pregunté.

–Por lo visto, sí –dijo desde detrás del árbol–. Aunque puede que no sea muy agradable en este momento.

Salió de su escondite. Tenía las heridas amoratadas. Sus ojos se habían ennegrecido encima de los párpados y los hematomas le marcaban los pómulos como oscuras nubecitas. Tenía las manos enrojecidas e hinchadas y el pulgar

izquierdo doblado hacia atrás formando un ángulo extraño. Una de sus uñas estaba arrancada. Llevaba la sudadera roja y la falda vaquera y estaba temblando.

–¡Ta-chán! –dijo, sarcástica.

Sabía que tenía que disimular el susto, así queforcé una sonrisa.

–Hola –dije.

Se sorbió un pequeño hilillo de sangre que le salía por la nariz.

–Te he traído un regalo para decirte que lo siento –dije.

Había hecho un tocado con una cinta de felpa blanca que compré en la tienda de tenis y una pluma de urraca.

–Te lo he hecho porque me diste un golpe maestro. Me tocaste y saliste corriendo. No pude encontrar una pluma de águila.

Echó hacia atrás la cabeza y se rio como en la foto del periódico.

–Este es sin duda el último grito de la moda Cuervo, Daniel. Aunque a mí me han herido, así que vamos a tener que pintar la pluma de rojo. –Se la puso y se metió el pelo detrás de las orejas.

–Ya está –dije–. Puedes ser mi mujer india.

–Creo que puedo ser tu jefa, Daniel.

–Sí. La verdad es que tienes razón.

–Pues eso –dijo.

Bajó corriendo hacia el agua y observó su reflejo.

–Jo, es perfecto –dijo–. Totalmente perfecto para darle un poco de vida a este aspecto tan apagado que tengo.

–Fui al cibercafé –dije.

–¿Ah sí? –preguntó.

–Para mirar los archivos de prensa –añadí.

Se dio la vuelta despacio, pero no dijo nada, así que continué.

–Dijiste que si íbamos a ser amigos no me hablarías de ti. No estoy seguro de que esa sea la forma de comportarse de los amigos.

Caminó hacia el árbol y se sentó. Le dio unos golpecitos a la tierra que había a su lado en el suelo.

–Vale, Daniel. Pregúntame.

–¿Estás...? Bueno, eso. ¿Estás...?

–Es mejor que no empieces por la pregunta más borde –dijo.

Lo cierto era que yo no podía decir esa palabra. No quería, como si al decirla pudiera hacerla realidad. *Muerta*.

–¿Qué te pasó? –pregunté.

Suspiró y miró hacia arriba hacia el árbol que estaba más cerca del lago. Tenía una rama larga y gruesa que se inclinaba sobre el agua.

–Salí a celebrar el diecisiete cumpleaños de mi amiga Jade. Era el último día de octubre, pero hacía un frío de muerte muy raro en aquella época del año. Se estaba haciendo tarde.

Recordé la estatua del carnero en la portada del periódico. Los carámbanos. La gran helada.

–Un hombre entró en el bar. Era un bar subterráneo. The Vaults, se llamaba. Era guapo, treintañero, pero estaba hecho una pena. Me dijo que se había resbalado y había caído al suelo. Tenía toda la parte izquierda del cuerpo mojada y un rasguño en el brazo. Dijo que había entrado para calentarse. Me pidió un whisky. Era majo. Me dijo que no se podía creer que yo aún estuviera en el colegio. El viejo truco.

–¿Y tú qué dijiste?

–Le dije que estaba en la universidad. Nunca había probado el whisky, aunque no se lo dije.

–¿Dónde estaban tus amigos?

Se frotó suavemente la hinchazón de la mano izquierda.

–La mayoría se habían ido a casa. Jade, la chica del cumpleaños, estaba borracha. Pero se había ligado a mi mejor amigo, Tom. Tom y yo estábamos medio enrollados. –Sonrió y cerró los ojos.

–Estabas celosa –dije–. Los dejaste.

–No –replicó–. Bueno, sí, estaba celosa, pero me quedé. Obviamente, no me senté a su lado mientras se morreaban. Me fui a la barra. Este tío se acercó con su traje, medio empapado, y molaba tener alguien con quien hablar. Era bastante halagador, de hecho.

–¿De qué hablasteis? –pregunté. Estaba intentando ser valiente, pero también retrasar el momento en que llegara al final de la historia.

–Hablamos de cambio.

–Suenas muy profundo.

–No. Cambio, dinero. Me contó que una vez se le cayó la alianza en una

discoteca y mientras la buscaba encontró veinticuatro pavos en monedas en el suelo junto a la barra. Así que echamos un vistazo al suelo. Fue divertido. Encontramos unas cinco libras. Un montón de monedillas mugrientas cubiertas de esa cosa negra que te estropea los zapatos cuando vas a una discoteca.

Yo nunca había ido a una discoteca.

—¿O sea que estaba casado?

—No. Dijo que le había dejado por otro hombre. Probablemente era mentira, pero yo estaba dispuesta a creerlo.

—¿Por lo de Jade y Tom? —pregunté.

Ella asintió.

—Total, me dijo que me llevaría en coche a casa. Dijo que le pillaba de camino. Ni siquiera me despedí de Jade en su cumpleaños. Que hagan lo que quieran, pensé.

Me temblaban las manos e intenté esconderlas. Tenía ganas de vomitar. Si hubiera parado de hablar en ese momento, la habría dejado y no le habría preguntado nada más. Pero no paró.

—Cuando me metí en su coche, sentí un golpe frío en la nuca. Debió de pegarme.

—¡Dios! ¿Por qué lo hizo? ¿Qué quería?

—¿Qué quieren todos los hombres?

Recordé el vídeo del móvil de Jack. Quería decirle otra vez que no todos los hombres eran iguales, pero al fin y al cabo había llevado a esos chicos a verla. Yo era parte del problema.

—¿Qué hora era cuando te fuiste? —pregunté.

—Es un poco ambiguo —dijo.

—¿Por?

—Era la noche en que se atrasa la hora. Era la una y media de la mañana cuando salimos del bar. Pero cuando me desperté, miré el reloj y era la una y cinco.

Me enseñó su reloj.

—Tiene control remoto. Cuando se atrasa la hora, este lo hace automáticamente.

—¿Dónde te despertaste?

—No sé. En algún lugar del bosque. —Tenía la mirada ausente. Parecía estar muy lejos de mí.

—¿Este mismo bosque? ¿Mundo Ocio?

—Sí. Creo que sí. Me llevó a rastras a una zona con muchos árboles y... —Miró a su alrededor. Respiraba cada vez más deprisa y vi que estaba sudando, aunque podía ser el agua que le goteaba del pelo mojado—. Bueno —dijo—. El resto es historia. Salvo que no lo es, claro.

—¿A qué te refieres?

Negó con la cabeza.

—La historia es un círculo. Él me apuñala. Aquí en el pecho. —Se bajó un poco la cremallera de la sudadera y señaló una parte del bañador. Vi una mancha morada

oscura en la lycra negra—. Y, justo cuando mi reloj da las dos, todo se vuelve negro. Al día siguiente me despierto. Es como un sueño, como uno de esos sueños en que te estás ahogando pero intentas volver a la superficie. Y entonces de pronto abro los ojos y estoy en ese lago, saliendo del agua.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entendí la primera vez que ocurrió. A ver cómo te lo explico. Vivo cada día que pasa hacia delante pero mi cuerpo va hacia atrás. Mañana tendré el pelo más corto. Y las uñas también, créeme. Yo que siempre había querido tener unas uñas largas y elegantes... Mis heridas estarán menos cicatrizadas, más abiertas. Y este reloj, que llevaba la primera vez que vine aquí, seguirá yendo al revés.

—¿Cuándo acabará?

—Cuando siempre acaba. La noche en que los relojes se retrasan, me despertaré en el bosque sin heridas en el cuerpo y él me arrastrará otra vez dentro. Durante esa hora extra mi reloj irá hacia delante. Y luego me volverá a matar.

Lo había dicho. No podía pensar en ello. Quería salir de allí.

—¿Cómo sabes que pasará eso? —pregunté. Quería que estuviera equivocada.

—Porque es lo que pasó el año pasado. Es un ciclo. Un bucle. Estas heridas llevan empeorando doce meses. Igual que la última vez. Estoy atrapada.

—¿Pero no lo puedes cambiar? ¿No puedes hacer algo distinto cuando te ataca?

—No. Esa hora no me pertenece. Estoy consciente, pero solo le miro y veo mis reacciones. No puedo controlar lo que hago.

—¿Y puedes... *sentir* lo que está pasando? —pregunté.

—Ya lo creo. —Apartó la mirada—. Es como el purgatorio. La sala de espera del infierno.

—Pero no hiciste nada malo... —dije.

No contestó.

—¿Por qué no te marchas antes de que se retrasen los relojes? ¿Por qué no nos vamos ahora? Hay agujeros en la valla y podríamos...

—Lo he intentado todo. No puedo irme.

—¿Cuántos días te quedan hasta que vuelva a pasar? —pregunté.

Miró su reloj.

—Se atrasa la hora el sábado por la noche. Dos días —dijo.

Cerré con fuerza los ojos para evitar que salieran las lágrimas.

—¿No estás asustada? —pregunté.

—Sí —contestó.

Me gustaría decir que la abracé, que la consolé. Pero en realidad estaba igual de asustado que ella y nos agarramos mutuamente.

–No quería que te involucraras –dijo–. Cuando vi el corte profundo en tu pierna, supe que era una mala señal, que te estaba arrastrando hacia el bucle.

–¿Qué quieres decir?

–Estabas cambiando el futuro. Estabas eligiendo otro camino, el de seguirme al bosque la noche del ataque. Esas heridas que tenías... te las hizo él.

Cuando lo entendí sentí un terrible escalofrío.

–Por eso querías que me fuera –dije.

–Sí –contestó.

–Pero ¿por qué desaparecieron mis heridas? –pregunté.

–Porque nos peleamos. Discutimos. Y eso significaba que no irías detrás de mí.

Pensé en lo que había dicho antes. En los diferentes caminos; cada decisión que tomaba me conducía a un futuro alternativo.

–Pero sabes que ahora no puedo dejarte, ¿verdad?

Cerró los ojos y asintió ligeramente con la cabeza. Sentí que su cuerpo temblaba, aunque no hacía ningún frío.

–Estás helada –dije.

–Ya, la última vez también me pasó.

–Tenemos que comprarte algo más de ropa. –Respiré hondo y traté de levantar el ánimo–. Venga, vamos a aprovechar la noche.

Se sentó detrás de mí en la bici y me agarró con fuerza. Estaba tiritando y noté cómo le vibraba el cuerpo. Mientras nos dirigíamos hacia el centro comercial intenté no pensar en las cosas que me había dicho. En parte me había resignado a lo que iba a pasar. Nos quedaban dos días juntos antes de que volviera a suceder, así que debíamos disfrutarlos. Pero una voz dentro de mí decía: «Tienes que hacer algo. No puedes permitir que vuelva a ocurrir».

–¿Qué te pasa? –dijo.

El aire volvía a tener ese tono verdoso. Las ramas de los árboles se agitaban y hacían parpadear las luces del centro comercial.

–Nada –contesté–. Vámonos de compras.

Una familia venía hacia mí con la bici y esperé a que se apartaran, pero no lo hicieron. El padre –un tío enorme y muy cachas con una bici de montaña– venía directo a nosotros. Di un giro brusco en el último momento.

–¡Idiota! –grité.

Frenó un poco y levantó la vista hacia un árbol, pero no respondió.

Aparqué la bici y entramos en el centro comercial. El suelo brillaba y rechinaba bajo nuestros pies y las escaleras mecánicas parecían enormes orugas de metal. El centro comercial tenía tres plantas construidas en círculo alrededor de un núcleo central. La última luz del día entraba por un techo de cristal similar al de la cúpula, aunque este estaba cubierto de mierda de pájaro. Un globo de helio con forma de tigre se había quedado pegado al cristal. Me sentía pequeño entre aquellas enormes curvas. Había un montón de compradores, pero no nos prestaban ninguna atención.

–La gente no te ve –dije.

–No, la mayoría no.

–¿Cómo es que yo puedo?

–No lo sé. Requiere un tipo de sensibilidad especial. Los bebés de uno o dos años a veces pueden verme, también la gente que se siente particularmente triste.

–Pues eso hará que sea mucho más fácil mangar cosas –dije–. No pueden ver tu ropa, ¿verdad? No estoy andando con una sudadera y una falda vaquera, ¿no?

–No. Cuando toco un objeto desaparece. Cuando dejo de tocarlo lo ven otra vez. Por eso esa gente no se apartó cuando ibas con la bici. No podían vernos, y a la bici tampoco.

–¿O sea que era invisible?

–Sí. El padre pensó que le había llamado idiota una ardilla.

–Joder –dije.

Entramos en una tienda de deportes.

–¿Cuál es el plan? –preguntó.

–Deja que yo me encargue –dije. La dependienta me miró como si fuera un bicho raro. Era obvio que pensaba que estaba hablando solo.

–¿Te puedo ayudar en algo? –preguntó.

Puse la voz de pijo de mi padre.

–Ya lo creo que puede. Me gustaría probarme un par de sus mejores zapatillas de tenis, por favor. Talla 38.

–De acuerdo, siéntese –dijo.

Me senté en el banco.

–¿Qué estamos haciendo? –preguntó Lexi.

–Ya lo verás. ¿Qué tipo de ropa te gusta?

Miró a su alrededor.

–No sé. No es el estilo de ropa que suelo llevar. Pero ese plumas rojo tiene pinta de ser muy calentito.

–Cariño, puedes pedir lo que quieras –dije en tono pomposo.

Un par de chicas pasaron a nuestro lado y se quedaron mirándome.

–Vaya friki –dijo una de ellas.

Lexi le puso la zancadilla y ella se tropezó con un estante de pantalones de chándal. Me reí y me puse a hurgarme la nariz con mucho cuidado.

–Ese no es un hábito muy agradable que digamos, Daniel –dijo Lexi.

–Ya, bueno –contesté–. Es por una buena causa. Ve y elige un abrigo.

Lexi se acercó a donde estaban colgadas las chaquetas sin quitarme los ojos de encima.

En la tienda había tres dependientas y un guardia de seguridad. La primera dependienta volvió con dos pares de zapatillas y empezó a desatarles los cordones. Giré rápidamente el pulgar como hacía siempre, rasqué el coágulo seco del agujero derecho de la nariz y la sangre comenzó a gotearme en los pies y en el suelo.

–¡Eh! ¿Te encuentras bien? –preguntó ella.

–Sí, creo que sí. Bueno, en realidad me siento un poco raro –dije. Eché una ojeada a Lexi, que me miró con desaprobación. La dependienta le preguntó a una de sus compañeras si tenía pañuelos y ella le dijo que no, así que llamaron al guardia de seguridad, que casualmente tenía un paquete de kleenex. Mientras hablaban, le guiñé un ojo a Lexi y me quité la costra del otro agujero, liberando otro chorro brillante de sangre.

–¡Hala! –exclamó el guardia de seguridad–. ¡Qué cantidad de sangre! ¿Estás bien?

–Me siento extraño –dije. En muchos sentidos era cierto.

Por detrás de las caras preocupadas de los empleados de la tienda vi cómo Lexi se ponía el plumas rojo y sacudía la cabeza. Fingí que me desmayaba y la tercera dependienta vino corriendo a atenderme. Era la distracción perfecta y nadie vio desaparecer el plumas. Me tendí en el banco. Lexi pasó por delante de mí y del grupo de dependientas.

–Creo que sangrar por la nariz es un poco exagerado, Daniel –dijo.

–Te veo fuera, donde la tienda de Disney –respondí.

–Este chico delira –dijo el guardia de seguridad–. Está hablando de Disney.

Lexi sonrió de oreja a oreja. La vi salir hacia el torrente de luz del centro comercial, tan brillante y llamativa como los relojes de oro y plata del escaparate que tenía ante ella.

Llegué a la tienda de Disney con un trozo de pañuelo en cada agujero de la nariz. Lexi estaba apoyada en la fachada y detrás de ella, en el escaparate, estaban la Sirenita y Pocahontas.

–Bonito abrigo –dije por lo bajini.

–Eso ha sido un poco rebuscado, Daniel –dijo.

–Bueno. Ha funcionado, ¿no? No me digas que no te ha impresionado.

–Me sé de uno que ha recuperado la confianza en sí mismo –dijo.

Fuimos hacia la fuente de agua potable. Lexi se agachó y se mojó el pelo, pasándose el agua entre los mechones. Cuando se levantó, me pareció diminuta frente al enorme fondo de columnas blancas, acero y cristal. A pesar de todos los cortes y moratones, aquella fue la primera vez que vi lo vulnerable que era.

Compré dos tazas de té en la gruta del Baskin Robbins y nos metimos disimuladamente en una esquina apartada donde nadie viera desaparecer la taza de cartón como por arte de magia cuando ella la cogiera ni me oyera a mí hablar con las paredes. Lexi se puso junto a las rejillas de la calefacción para entrar en calor. Me preguntó por las hemorragias nasales y yo le hablé de la carta a Lauren Harket. Sentí que por fin podía reírme de ello. Le estaba contando el episodio del bebecito cuando le cambió totalmente la cara. Se estremeció y comenzó a respirar entrecortadamente.

–¿Qué pasa? –pregunté, pero no me miró. Tenía la vista fija en algo que había a mi espalda–. ¿Lexi?

Empezó a temblar otra vez. Me giré para ver lo que estaba mirando. Entre la masa de compradores que desfilaban ante mis ojos vi a un hombre en el extremo opuesto del centro comercial. Tenía el pelo moreno y bien cortado y llevaba un traje elegante y una corbata plateada. Un lado del traje era oscuro y brillante: estaba húmedo. Tenía un abrigo largo doblado encima del brazo y en su cuello brillaba una brecha ensangrentada. Tenía una expresión de complicidad. A mí no me miró, solo a Lexi. Un instante después desapareció de nuevo entre la multitud.

–Vámonos –le dije, y la cogí del brazo. Estaba rígida–. ¡Rápido!

Derramé el té, que se extendió por el suelo gomoso. Luego se giró hacia la pared y vomitó.

–¡Joder! –exclamé. Miré hacia atrás y eché un vistazo a la gente, pero no vi al hombre–. ¿Qué hacemos, Lexi? Dime algo.

Se enderezó, pero seguía mareada.

–Tenemos que irnos –dijo.

Fuimos dando traspiés hacia la salida. Me giré y vi al hombre caminando lentamente y con aire despreocupado en nuestra dirección. No parecía tener ninguna prisa, pero eso no hizo que me sintiera mejor. Lexi se detuvo.

—Vamos, Lexi —dije. Alargué el brazo para sostenerla y apoyé todo su peso sobre mí. Empezó a andar de nuevo—. Muy bien.

Conseguimos llegar a la salida y cuando miré hacia atrás, el tipo había desaparecido entre los compradores.

Me aseguré de que nadie nos veía y puse a Lexi en la parrilla de la bici. Se agarró a mí y nos marchamos. Cogí bastante velocidad. Tenía que hacerlo. La linterna brillaba y la gravilla rechinaba y producía un sonido metálico bajo las ruedas.

En cuanto salimos al carril principal sentí que Lexi se relajaba.

—No pasa nada —dijo—. No puede seguirnos. No puede venir a por mí. Todavía no.

—¿Qué ocurre?

—Siempre pasa lo mismo cuando se acerca el final.

Me quedé callado. Las imágenes de lo que le había hecho y lo que le iba a volver a hacer me pasaban por la mente como un relámpago una y otra vez. Parte de mi cerebro estaba calculando las cosas que le había hecho según las heridas que ella tenía en el cuerpo. Quería que parara.

Me detuve en La Casa de las Tortitas.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Recordé lo que había dicho de comer por placer y consuelo. Y además yo tenía hambre.

—Tenemos que comer.

Entré y compré dos crepes de queso y champiñones para llevar. Observé a Lexi a través de los ventanales. Estaba de pie temblando y miraba hacia el lago. La mitad de su cuerpo estaba iluminado por el resplandor naranja de los calefactores exteriores que había junto a las mesas. Incluso estando así de cerca, tenía miedo de que pudiera pasarle algo.

Volvimos al claro del bosque y nos comimos las crepes sentados alrededor del fuego que había hecho Lexi. Pronto nos animamos y ella se volvió a poner el tocado de los indios americanos. Me lavé la grasa de las manos en el lago, pero me resbalé y metí un pie en el agua. Lexi se rio.

—Trae, secaremos el calcetín junto al fuego —dijo. Me quité la zapatilla y el calcetín mojado. Cuando le di la vuelta, los artículos del periódico que tenía doblados dentro se cayeron al suelo. Lexi los recogió y yo me quedé inmóvil—. Esto es lo que estabas haciendo en el cibercafé, ¿no? —dijo con una sonrisa.

Leyó los primeros dos artículos de cabo a rabo e hizo varios comentarios sarcásticos.

–¡Ay! –exclamó–. Me encantaba ese vestido azul.

–¿Cómo es que no lo llevas puesto ahora? –pregunté.

–Eso sería un poco macabro, ¿no?

–¿Y de dónde sacas la ropa?

–De los vestuarios de chicas, del cajón de objetos perdidos –dijo–. Robé el bañador de la tienda por cuestiones de higiene.

–Vamos, que no soy el primero que piensa en mangar ropa para ti.

–No. Pero es mucho más divertido contigo.

Se detuvo al llegar a las historias más recientes, como el llamamiento público que hicieron sus padres. Puso el artículo en el suelo y alisó el papel, que estaba ligeramente húmedo. Se quedó mirando la foto de sus padres durante un buen rato.

–A mi padre le están saliendo canas –dijo–. ¿Cómo es posible?

Volvió a mirar.

–Será el estrés, supongo –dijo–. Aquí dice que siguen buscándome.

–Eso es del año pasado.

–Ah –contestó.

–¿Cómo son tus padres?

–Jo, son geniales. De verdad. Mi padre talla esculturas de madera. De animales sobre todo. También hace cunas para bebés. Tiene un taller en la parte de atrás de casa. Me encantaba el olor de ese lugar, un olor seco maravilloso. Mi madre es profesora. En realidad es la que mantiene a la familia.

–Los echas de menos –dije.

–Lo suficiente como para volverme loca. Y a mi hermana también. Va a cumplir 16 años ahora, me va a alcanzar. No hay ninguna foto suya. Va a ser un bombón.

–Lo siento –dije.

–No lo sientas. Tuve suerte de tenerlos –dijo, y atizó el fuego con un palo–. A veces vislumbro cosas, ¿sabes? Detalles de cómo era todo antes. Cuando buceo en el agua puedo ver cosas en el fondo. Te lo prometo. En la entrada de la casa teníamos siempre un trozo de cristal con un dibujo de colores. Un barco. Como esos que tenían en la Armada. Las velas rojas y el agua azul. Ya sabes a lo que me refiero. Cuando jugábamos en el vestíbulo la luz pasaba a través de él. Parecía como si el barco estuviera saliendo de la alfombra.

Estaba sonriendo y tenía los ojos llorosos y enrojecidos.

–A veces te aseguro que puedo ver ese cristal en el fondo del lago, con la luz brillando a través de él. Pero está demasiado profundo, al fondo del todo, mucho más abajo que los juncos. Demasiado lejos. Supongo que nunca llegaré hasta allí.

Aparté la vista para no ver sus lágrimas. Sentí que mi propia tristeza se transformaba en ira.

–Le odio –dije.

–¿A quién? –preguntó.

–Al cabrón que te hizo esto.

Se encogió de hombros.

–El domingo, cuando todo haya terminado –dijo–, ya no me sentiré así. No durante un tiempo, al menos. Es como esperar antes de una operación.

–No, no es igual –dije.

–No. Es verdad, no es igual.

Me apreté los ojos con las manos. Lexi alisó una y otra vez la fotografía de su padre. Volví a oír aquella voz. «Tienes que hacer algo», me decía. Podía oír la respiración de Lexi, que se esforzaba por no llorar. Se estaba debilitando.

–Quiero que hagas algo por mí –dijo.

–¿Qué? –pregunté.

–Llama a tu madre.

–¿Por qué?

–Porque puedes.

Asentí con la cabeza.

–¿No puedes venir conmigo a casa? ¿A la cabaña? Podrías dormir allí.

–No va a funcionar –dijo–. Siempre acabo aquí.

–¿No puedo quedarme contigo?

–Tu padre se preocupará si no sabe dónde estás.

–Me da igual –respondí.

–Pues no te debería dar igual, joder –dijo. La foto de su desconsolado padre aún se veía con la luz de la hoguera.

–Pero ¿qué pasa con el hombre? ¿Y si viene aquí?

–No va a venir. Esperará. Llámala. Llama a tu madre.

Cogí el calcetín y me remangué el pantalón de chándal para ponérmelo. Un poco de sangre me chorreó hasta el pie. Volvía a tener el corte profundo. Le di la espalda, en parte satisfecho y en parte muerto de miedo, y le oculté la herida.

Viernes 26 de octubre

Estaba de pie delante del espejo del baño inhalando espray nasal cuando me vi el pequeño agujero en el costado. Estaba justo debajo de las costillas. Aunque no era una herida muy grande, tenía pinta de ser profunda. La miré y me pregunté si sería la que acabaría matándome. Me la cubrí con una gasa, consciente de que a la hora de comer el corte sería mayor que el vendaje.

–Daniel, ¿puedo hablar un momento contigo? –Era mi padre, que me gritaba desde la otra punta de la cabaña.

Me puse la camiseta, fui a la sala de estar y de repente pensé en su antónimo más lógico: sala de morir*. Mi padre estaba sentado al lado de un hombre delgado con barba que tenía las manos entrelazadas encima de las rodillas, como si estuviera intentando rezar sin que nadie le viera.

–Daniel, este es el señor Evans, el asistente, eh...

El hombre intervino.

–Soy el asistente social de la comunidad de Mundo Ocio. Puedes llamarme Greg –se presentó. Me tendió la mano y yo se la estreché. Reconocí su tono de voz y su apretón de manos diciendo yo-no-trato-con-condescendencia-a-los-jóvenes. Era el mismo que el de todos los psicólogos del colegio.

–Vale –dije–. Asistencia social de la comunidad. Dios. ¿Qué mierda de sitio es este?

Sonrió.

–El deporte y el ocio son una parte importante del bienestar infantil, pero no queremos descuidar las otras cuestiones –dijo.

–Bueno, ¿qué problema tenemos entonces, Greg? –dijo mi padre, haciendo lo posible por ser amable.

–Dejadme que os explique. Siéntate, Daniel.

–Estoy bien de pie –dije. Nadie me dice que me siente en mi propia sala de estar. Además, pensé que vería el corte profundo de mi pierna cuando se me subiera el pantalón de chándal al sentarme.

–De acuerdo. Daniel. Señor Lever. Hace dos días uno de los socorristas de la cúpula tropical informó de haber visto nadar a un chico con heridas bastante graves sin tapar. Un cliente de Mundo Ocio se ha quejado de que había sangre en el agua, lo que obviamente es antihigiénico.

Pensé en Ryan y esperé que no fuera el socorrista en cuestión.

–Más tarde identificaron al chico y vieron que eras tú –dijo el señor Evans.

–Mira –intervino mi padre–. No es más que un chaval. Se ha juntado con unos

tíos aquí y se han enzarzado en una pelea. Es un comportamiento absolutamente natural entre chavales.

–¿Es esa tu versión, Daniel? –preguntó el señor Evans.

Asentí con la cabeza.

–Una pelea, como ha dicho él.

–Estoy seguro de que sabes lo importante que es la higiene en la piscina. Pero lo más importante para nosotros es que tú, como cliente nuestro que eres, estés bien. Física y mentalmente.

–No tiene ningún problema mental –respondió mi padre.

–Aquí tenemos un servicio de primeros auxilios de categoría y médicos altamente cualificados –dijo el señor Evans–. También hay gente como yo con la que puedes hablar en confianza sobre cualquier herida que te hayan hecho. Y cómo te la han hecho. ¿Entiendes?

–¿Es todo? –preguntó mi padre.

–Señor Lever, me gustaría que contestara Daniel, por favor –dijo el señor Evans.

–¿Es todo? –pregunté.

–Pues la verdad es que no. Hay algo más. –Sacó un DVD de su cartera de cuero–. ¿Me permiten? –preguntó, arrodillándose delante de la televisión.

Pensé que sería algún vídeo instructivo sobre «Cómo lidiar con el estrés», o «Diez hechos sobre la depresión», que ya había visto. Pero en cuanto vi la imagen en blanco y negro y la fecha y hora en la esquina, supe que estaba perdido. Era el vídeo de seguridad del centro comercial.

–Tras un extraño encuentro ayer en el campo de fútbol, un vigilante de seguridad me mostró estas imágenes.

Vimos en silencio cómo atravesaba trotando el centro comercial y charlaba alegremente sin parar con el espacio vacío que había a mi lado. Grupos de gente (que yo en ese momento ni siquiera había visto) se daban la vuelta a mirarme y me señalaban con el dedo. Una mujer tuvo que desviar su cochecito porque yo iba andando como un loco y estuve a punto de chocarme con él.

El ángulo de la cámara cambiaba y el tiempo saltaba hacia delante hasta el momento en que yo doblaba la esquina con mis dos tazas de té y me metía en el hueco. Estaba de espaldas a la cámara, extendiendo los brazos y riéndome. Vi cómo me daba la vuelta para mirar al otro lado del centro comercial y observé el terror que se reflejaba en mi rostro. Miré la televisión, intentando reconocer al hombre, pero no logré verlo. De repente, en el vídeo había té por todo el suelo y yo echaba a correr. Extendí el brazo hacia un lado y luego desaparecí de la pantalla.

Sentí cómo Evans me miraba en la sala de estar. Las imágenes volvían a empezar desde el principio y al cabo de unos segundos salía yo otra vez hablando solo sin parar. El señor Evans paró el DVD conmigo riendo en el centro de la pantalla,

completamente solo. Era un caso indiscutible de locura. Hasta yo estaba bastante convencido.

Me tuve que armar de valor para girarme y mirar a mi padre. Él seguía con los ojos fijos en la pantalla. «Esto no va a molar nada», pensé. «Me he metido en un buen lío». Aquel era el tipo de comportamiento que habíamos querido evitar en vacaciones. Me preparé para lo que me venía encima.

–Sal –dijo mi padre.

–¿Qué? –grité.

–No tú. Él. El señor Evans.

–¿Perdón? –dijo el señor Evans.

–Es una orden muy simple –dijo mi padre–. Saca tu esmirriado culo de mi cabaña.

–Señor Lever. He venido aquí profundamente preocupado por su hijo. Está claro que su comportamiento es bastante alarmante y estoy intentando...

Mi padre se levantó muy rápido de su asiento y el señor Evans se acobardó.

–Todas esas malditas cámaras –dijo–. Pues claro que has pillado al chaval haciendo algo raro. Igual que todo el mundo. Si yo te vigilara a ti todo el día, Greg, creo que también descubriría que haces cosas muy extrañas. Como mirar vídeos de niños pequeños y ver lo que son capaces de hacer en la piscina.

–Por favor, señor Lever...

Mi padre hizo un leve gesto hacia la silla del señor Evans y el hombre se puso en pie rápidamente y se encaminó hacia la puerta.

–Debo decir, señor Lever, que creo que volverá a tener noticias de nosotros. Esta no es forma de tratar...

–Lárgate de mi casa. De mi cabaña, quiero decir. O lo que coño sea.

El señor Evans salió pitando por la puerta medio segundo antes de que mi padre diera un portazo. Puso los brazos en jarras y se dio la vuelta.

–Daniel –dijo.

–¿Qué? –contesté.

–Ese rollo de hablar solo. No es normal, en serio.

–¡Venga ya! –exclamé.

–Pero yo también lo hago de vez en cuando. Solo intenta ser consciente de ello –dijo.

Negué con la cabeza. En realidad le estaba agradecido. Era una sensación rara y estaba tardando un poco en acostumbrarme.

–Y si quieres hablar con alguien, puedes hablar conmigo –dijo.

Resoplé.

–Prometo no escucharte –añadió.

Hice un esfuerzo por no reírme.

–Bueno –dijo mientras se bajaba la cremallera de la sudadera del chándal–. Me

voy a cambiar y luego me voy a jugar un poco al golf con Gavin. ¿Te apetece venir?

–No. Voy a llamar a mamá.

–Casi me había olvidado de ella –dijo. Suspiró y miró fijamente hacia el área de la cocina donde estaba su planta–. No sé qué les pasa a esos tomates. Es como si fueran cada vez más pequeños.

Me encogí de hombros.

–Ah, por cierto, Daniel, casi se me olvida. Chrissy quiere invitarte a comer luego. Se pasará sobre la una. Le dije que seguramente no estarías en el campo de golf.

–Parece que puedes ver el futuro –dije.

Mi madre estaba en el descanso para comer. Desde que se mudó al sur había vuelto a trabajar temporalmente como asistente jurídico.

–Tu padre siempre quería ir a Mundo Ocio. Una vez le pillé mirando el folleto, pero creo que tenía miedo de que le ganara jugando al tenis –dijo mi madre por teléfono–. ¿Cómo es?

–Es como un campo de prisioneros. Somos prisioneros de la diversión.

–Prisioneros de la diversión –repitió ella, y se rio. Siempre le estaba diciendo a la gente lo divertido que era. Y ellos normalmente se sentían decepcionados–. Debe de haber un montón de chavales pasando las vacaciones allí.

–Alguno que otro. Pero la mayoría son muy raros.

–Jo, cariño –dijo–. La verdad es que nunca pensé que fuera algo que te pudiera gustar, pero no consigo que tu padre me coja el teléfono. ¿Se está portando bien?

–Sí, bastante. No ha bebido nada desde que llegamos –dijo.

Le oí meter latas de sidra en su bolsa de golf.

–Me alegro –dijo–. ¿Y tú qué? ¿Sigues siendo abstemio?

–Sí. Creo que he adelgazado un kilo.

–No te tienes que preocupar por eso –dijo–. Eres un niño guapísimo.

Sonreí. Mi madre solía hacer que me avergonzara con ese tipo de cumplidos. Aunque ya no tanto.

–Hablando de belleza –dijo–, ¿no estás teniendo una aventura?

–¿Quién te ha dicho eso? –pregunté.

–Ah, ¡así que es verdad! Solo estaba probando a ver si colaba, pero te he pillado.

Se hizo un silencio incómodo cuando ambos nos dimos cuenta de que yo también la había pillado una vez sin querer.

–Bueno –dijo–. ¿Cómo se llama?

–Te lo digo si no pones esa voz –dijo.

–Lo siento. Ahora en serio. Nada de bromas, te lo prometo.

–Lexi. Alexandria.

–Ah, como la ciudad –dijo.

–¿Qué?

–Alejandría es una ciudad de Egipto. En la Antigüedad era famosa por su faro.

–¿Faro?

–El faro de Alejandría era una de las siete maravillas del mundo, Danny. Una torre enorme cerca de la costa. Antiguamente era la estructura hecha por el hombre más grande del mundo y utilizaba unos espejos gigantes para guiar a los barcos

dentro del puerto. Y si eras un enemigo, su haz de luz podía prender fuego a tu embarcación.

–Es como Lexi –dije.

–¿Qué parte?

–Todo.

Mi madre se rio.

–Ay, Danny. Qué gracioso eres.

–A ella también le gusta la historia.

–¿Ah sí?

–Cree que es un círculo que está destinado a repetirse una y otra vez por culpa de hombres idiotas que hacen estupideces. –En ese momento me pareció que aquello tenía mucho más sentido. Pensé en el hombre del centro comercial y en el reloj de Lexi yendo hacia atrás.

–Danny, tiene una pinta absolutamente maravillosa. Estoy deseando conocerla.

–Bueno, la verdad es que no sé cuándo podrá ser –dije. Estaba a punto de llorar porque nunca conocería a Lexi. Muy poca gente la conocería. Mi madre creyó que me refería a otra cosa, obviamente.

–Ay, Danny, ya lo sé, cariño. Tu tía Jen me está ayudando a buscar casa pero me está resultando muy difícil. Sobre todo cuando tu padre no quiere hablar conmigo. En cuanto encuentre algún sitio donde vivir allí arriba, puedes venir y quedarte conmigo. Si quieres, claro.

Me sorbí las lágrimas. La herida del costado me escocía mucho. Estaba mareado. Oí a mi padre levantar del suelo su bolsa de golf y coger sus llaves.

–Mamá, me tengo que ir. ¿Quieres que le diga algo a papá?

Suspiró.

–No –dijo–. Te quiero, Danny.

–Yo también, mamá.

Colgué el teléfono y me despegué la camiseta de la sangre pegajosa que se había filtrado a través de la gasa.

–Bueno, me marchó, Daniel –exclamó mi padre–. No te olvides de tu cita para comer con la vecina.

–Era mamá –dije.

–Ya. Me lo has dicho antes.

–¿Querías hablar con ella? Puedo volver a llamar –dije.

–No. De ninguna manera.

Cogió sus zapatillas de jugar al golf y abrió la puerta.

–Papá –dije.

–¿Qué?

–Dice que te echa de menos.

Paró en seco. Luego meneó ligeramente la cabeza y salió, cerrando la puerta tras

él.

Chrissy me llevó a comer una pizza a una de esas cadenas de restaurantes. Vi cómo se manejaba con las pinzas bajo las luces del bufet de ensaladas mientras yo me quedaba atascado en el bufet libre de pizzas. Los bufets libres son un reto peligroso para mí. Sonrió cuando nos volvimos a encontrar en la mesa.

–Tu padre me ha contado lo que pasó –dijo.

Saqué un boli y empecé a hacer garabatos en mi servilleta.

–¿Qué te ha contado? –pregunté–. Seguramente era mentira o una exageración.

–No lo creo. Estaba bastante tranquilo al respecto. Me ha dicho que pillaste a tu madre con otro hombre y que él te obligó a confesarlo.

Abrí la boca espontáneamente para discutir, pero me detuve.

–Pues la verdad es que es más o menos lo que pasó –dije. Seguí garabateando para mantener la calma.

–Ha debido de ser muy difícil –dijo Chrissy.

–¿El qué? ¿Destruir a mi familia? Fue fácil. Ni siquiera tuve que intentarlo. – Pensé en Lexi, en lo que me había hecho decir–. No fue por mi culpa –murmuré.

–No. No lo fue. Pero sigue siendo bastante traumático.

La remolacha de su plato había teñido la mayonesa de rosa. No parecía tener mucha hambre. Yo sí que estaba hambriento. Me zampé una porción de la pizza de carne y empecé a darle a la de pepperoni. Lexi me había dicho que una mayor masa corporal te ayuda a flotar y hace que nades mejor.

–¿Mi padre te ha pedido que hagas esto? ¿Te ha mandado que hables conmigo? – pregunté.

–Sí –dijo Chrissy. Se echó hacia atrás el pelo canoso y las pulseras repiquetearon en su muñeca huesuda–. Cree que es posible que necesites un poco de ayuda.

–¿Por qué?

–Porque eres un adolescente de vacaciones en un complejo deportivo y pareces terriblemente desdichado.

–No me gustan los deportes –dije.

–Te he visto jugar al voleibol, Daniel. Sé que no eres un aficionado a los deportes.

–¡Oye! –dije. Pero me reí, lo que hizo que me sintiera incómodo. El corte profundo en el costado estaba latiendo. Me puse la mano encima y Chrissy se dio cuenta.

–Como ya te dicho –dijo Chrissy–, nuestras vidas están escritas en nuestro cuerpo. Y esto no es solo por tu aversión al deporte. Pasa algo más, ¿verdad?

Me quité la mano de la herida.

–¿Qué pasó aquel día? ¿Cuando me hiciste el tratamiento y luego te desmayaste? –pregunté.

Respiró hondo. Vi que el mero hecho de pensar en ello le suponía un esfuerzo.

–Pasaron muchas cosas. A veces cuando trato a alguien veo imágenes de sucesos que pueden haberles ocurrido en el pasado. Otras veces veo cosas que podrían ocurrir en el futuro.

No me gustaba adónde quería ir a parar. Estaba empezando a sentir frío.

–¿Y conmigo viste esas imágenes?

–Sí. –Chasqueó la lengua–. Tash me matará si digo esto. Cree que es una tontería y no quiere que te preocupe.

–Dime lo que viste –dije.

–Era tan confuso...

Aparté el plato y dejé de garabatear. Noté que estaba intentando recordar lo que había visto, pero le estaba haciendo daño y debilitándola cada vez más. Se le ensombreció el rostro por el sufrimiento. Los rizos que tenía cerca de la oreja estaban húmedos del sudor.

–¿Qué pasa, Chrissy? –pregunté.

–Normalmente está claro lo que viene del pasado y lo que ocurrirá en el futuro. Pero contigo estaba todo mezclado. No podía distinguir lo que iba a pasar de lo que ya había pasado.

«Dios mío», pensé. «Estoy dentro del bucle».

–Mira –dijo–. Cuando una persona está profundamente traumatizada, el pasado, el presente y el futuro pueden confundirse. Los exsoldados de pronto creen que están otra vez en la zona de combate cuando en realidad están sentados en un bar. Como no pueden entender lo que les ha ocurrido, los recuerdos se alojan en la parte equivocada del cerebro y parece que están pasando en ese momento. Oyen los mismos ruidos, huelen los mismos olores. Si no puedes superar una mala experiencia, te sigue pasando una y otra vez.

Agucé el oído. Tal vez eso fuera lo que le estaba pasando a Lexi.

Chrissy siguió hablando.

–Quizá estés tan sumamente traumatizado que...

–Vale, vale. Escucha –dijo–. Imagina que conoces a alguien que está, eso, profundamente traumatizado. Que le ha pasado algo realmente terrible...

–¿Nos referimos a ti, Daniel?

–Sí, claro. Como quieras. Si no pueden superarlo y les sigue pasando una y otra vez, ¿cómo puedes ayudarles?

–Tienen que hablar de lo que les ha traumatizado. Si pueden expresar con palabras las cosas malas, contar una historia, entonces eso pasa a la parte correcta

del cerebro y es almacenado como el resto de los recuerdos. Deja de repetirse en su imaginación.

–Vale –dije. Pensé en todas las partes de la historia de Lexi que me había ocultado. Todos los momentos del ataque que había pasado por alto cuando me lo contó. Las partes que dijo que no podía recordar. Cogí el bolígrafo y empecé a garabatear otra vez.

–Daniel. Puedo hacer esto contigo. Si hablamos de lo que ocurrió con tus padres, podemos encontrarle sentido juntos.

–¿Yo? –pregunté.

–Sí –contestó.

–No –dije.

Comí un poco más de pizza y sentí cómo la grasa goteaba del queso elástico. El problema de la solución de Chrissy era que Lexi no se estaba imaginando que le volvía a pasar aquella cosa tan terrible, sino que la experimentaba de verdad. Sus cortes y cuchilladas eran reales. Igual que los míos.

–¿Hace frío aquí? –pregunté.

–No, Daniel. Hace un calor espantoso. ¿Sabes que llevas media hora dibujando círculos?

Miré hacia abajo. Tenía razón. La servilleta de papel doblada estaba llena de círculos de todos los tamaños.

–Supongo que tiene algún significado más profundo –dije.

Sonrió.

–Tash cree que quiere decir «pelotas».

Me reí.

–¿Y tú qué crees?

Cogió la servilleta.

–Bueno. Los círculos normalmente significan familia. La necesidad de conexión y de unión familiar.

–Tiene sentido, supongo –dije.

–Pero, por extraño que parezca, también pueden significar que estás atrapado en una relación peligrosa.

Levanté la vista y la miré. Ella me sostuvo la mirada.

–Daniel –dijo.

–¿Qué?

–Cuando te estaba haciendo el tratamiento, sentí la presencia de otra persona.

–¿Quién? –pregunté, fingiendo no saber nada.

–Una chica. Era como si estuviera fusionada contigo. Estaba dolorida y te llevaba con ella.

–No –dije–. No sé de qué me estás hablando.

–Lo sentí claramente –dijo, y puso sus dedos delgados sobre mi mano–. Era muy

poderoso, y muy peligroso también.

–Te equivocas –espeté, apartando la mano.

Se recostó en su asiento.

–Vale. Puede que tengas razón. Sabe Dios que me he equivocado otras veces. Tash te lo puede decir. Cree que todo esto es una bobada.

Me quedé mirando la mesa. Entonces se me ocurrió una idea. Si pudiera hacer que Lexi experimentara lo que ocurrió la noche en que murió, si consiguiera que buscara en su memoria y recordara exactamente hacia dónde la había arrastrado él entre los árboles, podría ir allí. Podría estar ahí para detenerlo cuando los relojes se atrasaran. Era la única esperanza.

Cogí la servilleta.

–Yo sé lo que significan los círculos, Chrissy.

–¿Qué?

–Tiempo.

–¿Cómo? –Estaba desconcertada–. El tiempo es un círculo. Sí, es poderoso, y también peligroso. Pero cuando vuelve a empezar, ten por seguro que lo puedes cambiar.

Salí del restaurante planeando cuál sería mi próximo paso.

Antes de ir a ver a Lexi me pasé por la cabaña para coger algo de dinero y mi bañador. Entré a hurtadillas sin hacer ruido por si mi padre había vuelto y trataba de arrastrarme a algún deporte agresivo de raqueta con sus nuevos amigos. Mi bañador estaba en el radiador cerca de la cocina y mientras pasaba de puntillas por el recibidor vi cómo el cable del teléfono salía enroscado por la puerta de su cuarto. Oí la voz temblorosa y apagada a la que estaba acostumbrado. Me quedé de pie en la puerta y escuché.

–Eh... Sí. Está bien, Anna. No. Seguramente no fue la mejor idea del mundo, pero ya conoces a Daniel. Sabe sacarle partido a todo. Sí.

Anna. Estaba hablando con mi madre. Decidí dejar el bañador. Me di la vuelta y abrí la puerta lo más silenciosamente que pude, temiendo que pudiera romper el hechizo.

Fui a las tiendas que había cerca de la cúpula y me di cuenta de cómo me había cambiado la vida. Mi conocimiento y visión de las cosas eran mejores que nunca. Veía el reflejo de las lentes de las cámaras bajo el sol otoñal y cómo miraban fijamente hacia abajo desde las esquinas de los edificios. Veía a los fornidos hombres de seguridad, que estaban vigilantes y frecuentaban cada puerta con sus chaquetas negras brillantes. Veía hasta el aliento que exhalaban y el humo de su cigarro subiendo por el aire helado. Había pósteres por todas partes de una fiesta llamada «Retroceder en el tiempo» para celebrar la hora extra cuando los relojes se atrasaran. Habría una hoguera y un concierto en el bosque, con bandas que tocarían los grandes éxitos de los setenta, ochenta y noventa. «Diviértete durante más tiempo en la noche que nunca acaba». El disfraz era opcional pero se animaba a la gente a llevarlo. Me estremecí.

En la recepción de la cúpula tropical, varios niños que olían a cloro y tenían los ojos rojos estaban sentados en unas hamacas mientras sus padres les ataban los cordones. Sonreí al recepcionista, un hombre regordete con la cabeza rapada. Un monitor de fitness o algo así. Con los brazos como un cable eléctrico retorcido.

–¿Sí? –preguntó.

–Hola –dije yo con la voz más animada que pude–. ¿Sabes por casualidad si Ryan está trabajando en la piscina?

–No. No llega hasta las cinco. ¿Por qué lo quieres saber?

Pensé en el señor Evans y su informe de un socorrista que había visto a un chico con heridas abiertas en el agua.

–Por nada –dije–. Tenía que hablar con él de una cosa.

El recepcionista me miró detenidamente. De pronto pareció ocurrírsele algo.

–Espera un momento –dijo, todo sonriente y amable de repente–. Déjame comprobar si está en la sala de personal. Un segundo.

Fue hacia un corcho que había en la pared del fondo. Vi una foto mía de carné clavada con una chincheta azul. El recepcionista se quedó mirando la foto y leyó la notita que había al lado. Me marché antes de que le diera tiempo a darse la vuelta y asegurarse.

Fui caminando en dirección al lago y vi que había cámaras de seguridad hasta en los árboles. Miré hacia arriba al llegar a la última, que estaba colocada en lo alto de un árbol a la entrada del bosquecillo que bordeaba el agua. Cogí una piedra. Sabía que no debía, pero hice una peineta con la mano izquierda y lancé la piedra con la derecha. Para ser un chico que no practicaba deportes, fue un disparo bastante bueno, porque dio justo en el centro del objetivo y le dio la vuelta a la cámara, que se quedó apuntando al cielo.

Lexi estaba dormida bajo el abrigo rojo cuando la encontré, acurrucada y temblando de frío. Me arrodillé junto a ella y le aparté el pelo mojado de la cara, que estaba hinchada y brillante por la sangre y los hematomas. Nunca habría imaginado que su muerte fuera tan colorida. Antes me daban miedo sus heridas, pero en ese momento me agaché cerca de ella y olí el lago en su piel. Iba a besarla, pero ella estiró el brazo y me agarró del hombro. Me apretó muy débilmente, pero bastó para quitarme unos cuantos años de vida del susto.

–Daniel –me llamó.

Respondí con un ruido como el de una vaca muriéndose.

–Un caballero te pide permiso.

–Lo siento.

–Y normalmente espera a que la dama esté despierta.

Me recosté y vi cómo se levantaba penosamente apoyándose en los codos.

–Me has dado un susto de muerte –dije.

–Aún no has visto nada.

Sabía lo que quería decir. Sabía que estaba todo por venir. Alargó el brazo y me tocó la cara. La piel le brillaba ligeramente, como la cera de una vela cuando la mecha está encendida.

–Danny, estás un poco paliducho. ¿Te pasa algo?

–Estoy bien –dije.

–¿No has encontrado más cortes ni moratones en tu cuerpo?

–No, qué va –mentí.

Me miró entornando los ojos, igual que hacía siempre mi madre. Como si pudiera ver dentro de mi alma que estaba mintiendo.

–Te he comprado un regalo –dije, cambiando de tema.

–¡Otro! –exclamó. Y se puso a toser con una tos áspera y seca–. Madre mía, Daniel. Menudo pretendiente estás hecho. ¡Un regalo al día!

Me acordé de que me había dicho cuánto deseaba tener las uñas largas y había encontrado unas postizas en la farmacia. Se las di y se puso la mano en el pecho.

–¡Ay, no me lo puedo creer, Daniel! ¡Qué detalle! –Se miró la mano, con las uñas cortas y ensangrentadas o ennegrecidas, y abrió el paquete–. ¿De qué color me las pinto?

Saqué un frasco de esmalte.

–Rojo –dije.

–¿Me las puedes pintar tú? –preguntó.

–Será un placer.

Pegamos las uñas en los dedos con sumo cuidado y, siguiendo sus consejos, pinté el plástico en largas pinceladas color carmesí. Solo eran necesarias dos pinceladas en cada uñita.

–Me tengo que quedar fuera del agua un rato –dijo–. Mientras se secan.

–¿Por qué tienes que estar siempre metida en el lago?

–Me mantiene fresca. Si se me seca el pelo, todo va mal. La piel se me empieza a poner azul y mis órganos se colapsan. No sé por qué, pero es lo que pasa.

–Vale. Por eso huiste la noche que saltamos las vallas.

–Exacto.

–Y por eso no hueles raro ni tienes rígor mortis.

–¡Jo, Daniel! ¡Qué amable eres!

Sonreí.

–Lo siento.

Extendió los dedos y se miró las uñas.

–Dispones de fondos, Daniel. Sin duda con saldo a favor. –Miró hacia el lago–. Ahora hace tanto frío... Es difícil nadar ahí dentro.

–Tengo que hablar contigo sobre mañana por la noche –dije.

Dejó escapar un largo y débil suspiro.

–Preferiría no hacerlo –dijo–. ¿No podemos simplemente disfrutar el tiempo que nos queda?

–Sabiendo lo que va a pasarte, no creo que pueda disfrutar mucho.

–Estoy congelada, joder –dijo.

Le di mi sudadera y se incorporó. Se la puso y luego se echó el abrigo rojo sobre los hombros. La sudadera era demasiado grande y su cuerpo parecía minúsculo dentro de ella. Lo único que sobresalía de los puños eran sus uñas rojas como faros.

–¿Has hablado con tu madre? –preguntó.

–Sí. Y cuando volví a casa, mi padre la había llamado.

–¡Ha dado resultado! –exclamó Lexi.

–Le hablé de ti –dije en voz baja.

–¿Has entrado en muchos detalles? –me preguntó.

–Solo le he contado lo más importante.

–¿Como qué? ¿Alta, delgada, con la cara destrozada, muerta...?

–Le dije que te gustaba la historia.

Lexi se rio.

–Sí. Antes me gustaba la historia. Pero ahora me está empezando a parecer un poco repetitiva.

–Bueno, entonces hagamos algo al respecto.

Lexi levantó los brazos en señal de protesta.

–¿Qué coño podemos hacer al respecto?

–He hablado con una mujer llamada Chrissy. Es una especie de psicóloga o mística o algo así. Cree que si hablas de un suceso traumático puedes impedir que se repita.

–A ver, tío, ¿crees que necesito terapia? ¿Crees que *hablar de ello* va a hacer que desaparezcan estas heridas? –Lexi se señaló la cara.

–Bueno, a ti no se te ha ocurrido ninguna idea mejor y yo no lo voy a aceptar así sin más. No puedo. ¿Puedes intentarlo al menos?

Se tapó la cara con las manos y tosió.

–¿Qué quieres saber? –preguntó.

–Cualquier cosa que recuerdes –dije. Pero tenía otros motivos.

Dejó escapar un largo y tembloroso suspiro.

–Recuerdo su coche, el momento en que me monté.

–¿Conoces marcas de coches? ¿Qué tipo de coche era?

–Era un Lotus Elise 111R. Sí, conozco *marcas de coches*.

–Vale. Era rico –dije.

–Puede. –Cerró los ojos–. Aunque tuvo que rascarse mogollón el bolsillo para juntar las monedas que hacían falta para pagar las bebidas.

–¿Qué más recuerdas del coche?

–Antes de que me golpeará, no mucho.

–Piensa.

–En el reposapiés había...

–¿Qué es un reposapiés?

–Es la parte donde pones los pies –dijo.

–¿Qué había ahí?

–Un montón de movidas. Basura, algunas herramientas, un destornillador... Uno de esos puntiagudos.

–Un destornillador de estrella –dije.

–Eso es. Fue lo último que vi antes de perder el conocimiento.

–¿Y los asientos?

–Eran de cuero. ¿Qué más da eso?

–Estoy intentando ayudarte. ¿Recuerdas el tacto del cuero? ¿Su olor?

–El olor no. Tenía uno de esos ambientadores con aroma a pino. Como el...

Sentí una punzada de dolor en el costado. El tajo de mi pierna también estaba palpitando.

–¿Como el qué? –dije.

–Nada.

–Lexi, si no me lo cuentas no podemos...

–Recuerdo que escuchamos música. Puso música en el coche. Yo estaba bastante inconsciente, pero aun así podía oírla. Era swing. Frank Sinatra, «Under My Skin». Ese rollo.

Noté que Lexi estaba haciendo un gran esfuerzo. Tenía los hombros caídos y la respiración entrecortada, jadeante. Yo también estaba dolorido. Cada palabra que decía, cada detalle que recordaba, parecía abrirme una nueva herida en el cuerpo. Pero continué.

–¿Qué pasó después? –pregunté.

–Yo... No recuerdo mucho del final. Debe de haber mascado chicle, porque le huele el aliento a menta en lugar de a whisky. En cuanto me golpea la nariz, me empiezan a llorar los ojos y no puedo ver mucho. Yo...

–¿Qué puedes ver?

Se había saltado el momento y el lugar en que volvía en sí, lo único que necesitaba que recordara.

–Sus ojos. La sangre que tiene en el labio. Trato de arañarle, pero...

–¿Qué hay a tu alrededor?

–Hay árboles –dijo. Noté que estaba cada vez más absorta en sus recuerdos.

–¿Árboles? ¿Qué tipo de árboles? –El dolor en el costado aumentó. La boca me sabía a sangre.

–No sé.

–¿Cómo es el suelo?

–Frío. Está cubierto de escarcha.

–¿Puedes oír el crujido de las hojas? ¿Las sientes?

–No. No hay ninguna hoja.

–Era octubre. Habría hojas caídas.

–No hay hojas.

–Es un pinar.

–Sí. Hubo un momento en que escapé. Le pegué una patada y se cayó. Salí corriendo hacia el bosque, pero era demasiado rápido para mí.

–¿Qué veías mientras corrías? –pregunté.

–Para –dijo. Estaba sudando y su cabeza se movía nerviosamente.

–No –dije. La herida del estómago estaba a punto de estallarme de dolor, y entonces supe que me estaba acercando a la verdad, que iba por buen camino–. La primera vez que hablamos dijiste que te había arrastrado al bosque.

–Sí.

–Así que cuando te despertaste aquella primera noche, y la segunda vez que pasó, no estabas en el bosque.

–No.

–¿Entonces dónde estabas? ¿Dónde estás? –Me dolía tanto que apenas podía hablar.

–No lo sé –dijo.

–Sí que lo sabes –repliqué–. ¿Qué oyes?

–No lo...

–Tonterías. ¿Dónde estás?

Se estremeció y abrió los ojos. Me miró el estómago.

–Daniel, estás sangrando –dijo. Me miré la camiseta, que estaba empapada y pegada a mi piel.

–No es nada.

–Estás intentando averiguar dónde me desperté porque vas a intentar ir allí – dijo–. Y mira. Te está matando.

Aparté la vista.

–Tienes que mantenerte al margen, Daniel. No puedo responsabilizarme de lo que te pase –dijo. Había salido definitivamente del trance.

–No seas ridícula. Dime dónde te despertaste.

–¡No! No quiero que te involucres.

–Eso es tan egoísta, Lexi...

–¿Egoísta?

–Sí. Tienes una oportunidad que la gente nunca tiene. Tienes la oportunidad, *tenemos* la oportunidad, de retroceder en el tiempo y *cambiar* las cosas. ¿Sabes lo que daría yo por una oportunidad así? ¿Sabes cuánto cambiaría? –Estaba furioso–. Yo, yo... Impediría que mi madre se cayera. Me aseguraría de que nunca fuera a ese médico. Haría que mi padre fuese mejor... Podría...

–Si cambiaras todo eso, jamás nos habríamos conocido.

Me quedé un rato con la cabeza entre las manos. Lexi continuó.

–Daniel, tienes toda la vida por delante para cambiar cosas. Tienes el futuro. Yo solo tengo una horita del pasado.

–Puedo romper este bucle si me dices dónde te despertaste. Puedo sacarte de esto.

–No quiero que te involucres.

–Ya estoy involucrado. ¿No lo ves? Mira mi cuerpo. –Me subí la camiseta. Una breve sonrisa le cruzó la cara. Miré hacia abajo. Mi camiseta seguía ensangrentada, pero el corte profundo del estómago había desaparecido. Ya no sentía tanta presión en la cabeza y no me hizo falta mirarme la pierna. Notaba que se había vuelto a curar–. ¿Qué ocurre? –pregunté.

–Menos mal –dijo en voz baja.

Había ganado.

–Lexi, por favor, déjame entrar.

–Lo siento, Daniel. No, no lo siento. Te agradezco lo que estás intentando hacer, pero nunca te lo contaré. Tienes que seguir viviendo, y yo tengo que hacer esto sola.

Nos quedamos un rato en silencio. Había estado muy cerca de resolver el misterio, pero Lexi me había apartado. Estaba enfadado con ella, pero no había ningún otro sitio en el mundo donde quisiera estar. Lexi se había dormido y gemía bajo el abrigo rojo.

–¿Lexi? –dije–. ¿Qué te pasa?

No respondió. Me acerqué arrastrando los pies al árbol contra el que se había recostado y cogí un mechón de su pelo entre mis dedos. Se estaba secando.

–Tenemos que meterte en el agua –dije.

–Está demasiado fría –protestó–. Demasiado fría para mí ahora mismo.

Le eché un vistazo a su pequeño campamento. Había un cuenco que utilizaba para comer. Lo llevé a la orilla del lago y lo llené del agua limosa. Bajo la tierra, las piedras de su horno todavía mantenían un poco el calor y puse el cuenco entre un par de piedras grandes que encontré. Se calentó pronto.

–Quédate quieta –dije.

Me arrodillé detrás de ella y estiré el brazo para acariciarle el pelo. Se estremeció. Esperé a que se relajara.

–Despacio –dijo.

Me acerqué a ella y volvió a estremecerse. No me sorprendía que le aterrorizara el contacto físico. Le pasé la mano por el pelo muy despacio y al cabo de un momento noté que la tensión desaparecía. Le eché el agua por la cabeza y le alisé el pelo hacia atrás como hacían en la peluquería de casa. Repetí la operación hasta que se acabó el agua y me aseguré de que las puntas estaban mojadas. Vi marcas de golpes en su cuero cabelludo y tuve que imaginarme lo que aquel hombre le habría hecho. Pensé en el destornillador de su coche. Era espeluznante.

–Lexi –dije.

–Sí.

–¿Me das permiso?

Se rio.

–Claro –dijo.

Le di un beso en la cabeza.

–Gracias. Me temo que no puedo entrar en calor estos días. Necesito estar en el agua, pero está demasiado fría. Es un círculo vicioso.

–Tengo una idea para eso –dije–. Pero voy a necesitar tu ayuda.

–¿En qué puedo servirte?

–¿Te acuerdas de cuando te agarraste a mí en la bici? ¿Desaparecí, verdad?

–Sí.

–Bueno. Pues eso me ha dado una idea.

Miré el reloj de Lexi y su imparable cuenta atrás. En mi reloj eran las cinco menos cuarto.

–Vamos a dar un paseo –dije–. Hay alguien con quien llevo tiempo queriendo hablar.

Estaba muy oscuro cuando llegamos al carril bici, pero no tanto como estaría el domingo a la misma hora. Mi tía Jen, la tía con la que se estaba quedando mi madre, se deprimía cada año cuando se atrasaba la hora. No podía soportar que los días fueran más cortos y tenía que tener una luz especial en su habitación. En invierno se pasaba horas en la cama de rayos uva. No hay nada como una mala cara bronceada.

Lexi se miraba las uñas con una sonrisa triste y balanceaba los pies. Apenas podía mantenerse erguida.

–¿Entonces cuál es el plan? –preguntó.

–Este colega surfero va a bajar por aquí con la bici en cualquier momento –dije.

–Ah. Tu gran amigo Ryan.

–Tienes buena memoria.

–No conozco a mucha gente.

–De todos modos, no es mi mejor amigo. Me delató a las autoridades.

Lexi fingió estar alucinando.

–¿Las *autoridades*, Danny? ¿Te refieres al fbi? ¿Por qué?

–Por sangrar en la piscina.

–Ah. Esa herida enorme que tenías el otro día. ¿Y qué vamos a hacer cuando el chivato de Ryan venga aquí con la bici?

–Me tienes que abrazar –dije.

–Solo porque te haya dado permiso una vez no significa que tengas vía libre para meterme mano.

–¡No es eso! –exclamé–. Es parte del plan.

Nos quedamos un momento en silencio. El pelo de Lexi le caía sobre la cara y no podía ver la expresión que tenía.

–¿Lexi?

Miró hacia arriba. Estaba sonriendo.

–Aquí viene –dijo.

La luz de la dinamo de Ryan parpadeó en el atardecer azul cuando llegó a la cima de la colina. Llevaba un jersey gordo encima de la camiseta interior y su pelo teñido parecía verde y tenía un aspecto muy triste a causa del frío que hacía fuera.

–Primero vamos a asegurarnos de que me ve –dije–. Y luego nos abrazamos.

–¿Nos abrazamos? ¡Madre mía! Sé caballeroso, Daniel, que estoy muy débil.

Mantén las manos sobre la cintura –dijo Lexi.

Sonreí y nos pusimos en medio del carril bici. Esperé a que Ryan estuviera a diez metros de nosotros.

–Hola, Ryan –dije.

Entrecerró los ojos.

–Ah, hola, Dan –dijo. Percibí la culpa en su voz–. ¿Cómo te va, tío?

–Bueno, así así, ya sabes –contesté. Ryan frenó un poco la bici, pero siguió pedaleando. Estaba claro que tenía un buen motivo para no pararse a charlar–. Me siento un poco raro últimamente.

–¿Sí? –dijo, y cambió la marcha–. Seguro que se te pasa.

Lexi me estrechó entre sus brazos, me atrajo con fuerza hacia ella y me besó.

–¡Hala!, ¿qué coñ...? –exclamó Ryan cuando me vio desaparecer.

El beso me dejó tan alucinado que casi no me di cuenta de que Ryan había perdido el control de su bici. Vi cómo golpeaba la pequeña valla y caía al suelo asfaltado.

–¡Joder, tío! –Le oí gritar–. ¿Daniel? ¿Dónde te has metido, tronco? Deja de hacer el gilipollas. En serio.

Lexi se apartó y me sonrió, sin quitarme la mano del brazo. Yo me había quedado boquiabierto.

–Quería estar segura de que no podía verte –dijo.

Me costó volver otra vez al tema de antes.

–¿Me puede oír estando así? –susurré.

Ryan se estremeció.

–¿Tío?

–Eso parece –dijo Lexi.

–A mí es a la que no puede oír.

–Ryan –dije.

Soltó un gemido.

–Tengo que salir de aquí –se dijo a sí mismo.

Seguí agarrado a Lexi.

–Ryan –repetí.

–Ss... ¿sí?

–Me parece que te has cortado ahí.

Se limpió un poco de sangre del codo.

–Sí. Yo... No es nada. ¿Dónde estás?

–Espero que no nades en la piscina con esas heridas.

De repente Ryan miró hacia arriba, tratando de ver de dónde venía la voz. Estaba mirando fijamente a unos sesenta centímetros por encima de mi cabeza y hacia la izquierda.

–Siento lo que pasó, tío. Escucha...

–No sería muy higiénico, ¿no? Lo de nadar con heridas, digo. Y voy a tener que denunciarte a algún imbécil que se pasará por tu casa y te tratará como si fueras un retrasado mental.

–No fue mi culpa. Oye, tío, ¿dónde estás? Me estás asustando un huevo.

–Te estás pasando un poco, Daniel –dijo Lexi.

–Yo creo que no –le contesté en un susurro.

–Eso es porque te has crecido. ¿No fue este tipo el que te ayudó cuando a tu padre se le fue la pinza? –preguntó Lexi.

–Sí, pero...

Lexi me soltó y dio un paso atrás. Sentí que mi poder se iba extinguiendo a medida que reaparecía ante Ryan.

–Ah. Estás ahí, tío. Menos mal –dijo Ryan–. Me estaba rallando. ¿Cómo has hecho eso?

–No importa –dije.

Ryan se agachó y se apretó el tobillo.

–Siento lo de tu pierna –dije.

–¡Y su brazo! –gritó Lexi.

–Y lo de tu brazo –añadí.

–No es nada. Vaya movida de truco te has marcado. Oye, siento haberte delatado a la dirección, tío.

–¿Por qué lo hiciste? –pregunté.

–Dijeron que tenían un vídeo que probaba que eras un tarado, un peligro para ti mismo, vamos. Bueno, y para los demás también. Yo sabía que era una chorrada, pero dijeron que me despedirían si mentía. Este trabajo es lo único que tengo, tío. Tengo que vivir aquí. Si me echan, me tendría que ir a casa. Y, créeme, ese no es un sitio donde deba estar.

Suspiré. Solo había estado unos días en Mundo Ocio para darme cuenta de que todo el mundo tenía su propia historia que contar, y todas eran igual de importantes.

–¿Puedes hacerme un favor?

–Sí, lo que quieras, tío.

Me volví a mirar a Lexi y luego me acerqué mucho a él.

–Necesito un ratillo tranquilo en la piscina cuando cerréis.

Ryan asintió con la cabeza.

–Ya lo pillo. ¿Es una chica?

Me encogí de hombros.

–Hay un cocotero falso donde la entrada –dijo Ryan.

–Lo conozco.

–Dejaré un juego de llaves detrás de él y desconectaré la alarma.

–Gracias –dije, y le ayudé a ponerse de pie–. Otra cosa, Ryan.

–¿Sí?

–Antes de que te vayas de la cúpula, ¿podrías subir la calefacción? –pregunté.

–Lo que tú digas, colega.

–¿Qué estás murmurando, Daniel? –oí gritar a Lexi.

No contesté. Ryan se montó otra vez en su bici y comprobó el estado de sus extremidades.

–Nos vemos, Ryan –dije.

–Sí, hasta luego, Daniel –contestó–. Eh, tío –dijo mientras se alejaba con la bici.

–Dime.

–¿A quién te llevas a la piscina? –preguntó con una amplia sonrisa.

–A mi amiga imaginaria –dije.

Él dudó un momento y luego pareció decidir que ya había tenido demasiadas rarezas por esa noche.

–Guay –contestó.

Lexi se rio a carcajadas, pero quién sabe si la oyó alguien.

Lexi estaba cansada y muerta de frío. A pesar de sus protestas, la llevé a La Casa de las Tortitas con su manta, mi sudadera y el abrigo rojo y monté una cama improvisada debajo de uno de los calefactores exteriores. Quedamos en vernos en el bosque a las diez.

–¿Adónde vamos? –preguntó.

–Es una sorpresa –dije.

–Estupendo, chaval. No me dan muchas sorpresas en este momento de mi vida, como puedes imaginar. –Bostezó y vi que una capa de sangre le cubría los dientes.

Mientras pedaleaba hacia casa, sentí la libertad agri dulce en mi cuerpo sin heridas. Podía respirar con facilidad y mi tobillo estaba recuperado y fuerte. Pensé en el de Ryan, y en lo guay que fue verle caer de la bici. No era la clase de comportamiento que Lexi aprobaba. Tendría que vigilar de cerca esos impulsos.

También pensé en mi padre, en la llamada a mi madre. En su voz baja. Recordé que cuando era pequeño solían hablar toda la noche y yo les oía desde mi habitación en el piso de arriba. El estruendo de la risa de mi padre y la risa floja de mi madre. A veces, si habían alquilado una peli decente en el Blockbuster, entraban y me despertaban, y yo me sentaba entre ellos y la veía. O más bien me quedaba dormido. Eran cosas de niños, pero me preguntaba qué me estaría perdiendo ahora que vivían separados. Quizá aún hubiera alguna esperanza.

Pero sobre todo pensé en Lexi y en el momento en que despertaría, al día siguiente por la noche, con su reloj yendo otra vez hacia delante durante esa hora tan horrible. Habíamos averiguado que el tipo conducía un coche deportivo y que la atacaba en una parte del bosque que era sobre todo de hoja perenne. Pero no era suficiente para que yo la encontrara. Me dolía que no quisiera revelar dónde se había despertado y que no creyera que fuera capaz de ayudarla. Pero quizá yo habría hecho lo mismo en su lugar. Además, por una parte estaba acobardado y me sentía bastante aliviado.

Cuando llegué a la cabaña, hacia las siete de la tarde, oí una música que salía de la ventana. Era Phil Collins. Me estremecí, como siempre, y entré. El volumen de la cadena en la sala de estar estaba muy alto, pero no había nadie. Lo único que vi fueron dos botellas de vino vacías y solo una copa en la mesa. Por un momento sentí pánico. Se me secó la boca. Tal vez la llamada de teléfono que me había

alegrado tanto de oír se había estropeado cuando me marché. Tal vez mis padres habían discutido y a él le había dado por empujar el codo a lo bestia. Parecía que lo había empujado por partida doble. Los cojines del sofá estaban tirados en el suelo.

Fui al baño. Ya me había imaginado antes el momento en que le encontraba sin fuerzas en su coche o flotando en una bañera llena de sangre. Abrí la puerta pero no vi ni rastro de él. «Take a Look at Me Now», gritaba la voz del equipo de música.

«Quizá haya salido», pensé. «Quizá ha ido dando traspiés al bosque, borracho y hecho un peligro viviente». Cuando pasé por delante de su cuarto oí un gemido.

—¡Papá! —grité, y abrí la puerta empujándola con el hombro.

La habitación estaba levemente iluminada por una lámpara de noche. Era como una cueva, pero había suficiente luz para ver que mi padre estaba encima de Tash. Entre las sábanas logré vislumbrar las piernas de ella detrás de la espalda de él. No podía moverme. En su favor debo decir que Tash intentó apartarlo a un lado cuando me vio.

—Ricky —siseó—. Es Daniel.

Pero mi padre no se movió. Tampoco se giró. Se quedó ahí esperando, con los músculos de los hombros temblando ligeramente con su propio peso. La otra copa de vino estaba medio vacía en la mesilla de noche.

—Da... Daniel, yo... —Tash tartamudeó mientras se ponía una almohada en el pecho.

—No quiero oírlo —le dije.

—Daniel, no le hables así a Tash —dijo mi padre con tono solemne, sin dignarse a darse la vuelta.

—Vete a la mierda —espeté—. Pensé que estabas solucionando tu vida, pero eres débil. Eres... eres el típico hombre.

Me fui hecho una furia por el pasillo. Oí movimiento en la habitación y al rato mi padre salió con uno de esos ridículos albornoces.

—Vuelve aquí ahora mismo, muchacho —dijo.

Me volví a mirarle.

—¿Qué?

—¿El típico hombre? —preguntó—. ¿Qué se supone que significa eso?

—¿Tú qué crees que significa? —pregunté, señalando la habitación.

—Tash y yo somos adultos libres.

—Sois adultos borrachos —dije.

—Hemos tomado un par de... Espera. No tengo que darte explicaciones, Daniel. Puedo hacer lo que quiera.

—Y lo haces. Hace cinco minutos me estabas diciendo que las mujeres son enviadas del diablo.

—Yo nunca he dicho eso así tal cual. No lo son.

–¡Ya lo sé! ¡Sé que no lo son! Vine aquí esta tarde y estabas hablando con mamá. Le cambió la cara. Parpadeó un par de veces y dejó caer los hombros, pero no dijo nada.

–¿Sabes cómo me ha hecho sentir eso? –dije–. Estaba contento. Creí que igual... Se rio.

–¿Creíste que igual *qué?* ¿Que volveríamos a estar juntos? ¿Estás loco?

Eso me dolió. Me dolió porque en el fondo sabía que no iban a volver y *siempre* lo había sabido. Es doloroso ver tus falsas esperanzas como lo que realmente son. Doloroso y desesperante.

–Apesta a alcohol –siseé–. Todo este sitio apesta.

–¡Maldita sea! A veces me hablas como si fueras mi padre.

–A veces es lo que parece, joder –dije.

Se quedó callado un momento, como si mi comentario le hubiera despejado un poco. Pero luego volvió a la carga. A la misma mierda de siempre.

–Pues no reaccionaste así cuando pillaste a tu madre tonteando fuera de casa. Y ella estaba casada. Yo soy completamente libre de hacer lo que...

–¡Deja de culparme! –grité–. Deja de echarme la culpa de eso. No hice nada malo. –Me puse a un palmo de su cara y noté que daba un paso atrás–. ¿De verdad crees que quería verlos juntos? ¿De verdad crees que me alegré de que pasara aquello? No quería separarte de mamá. Me *obligaste* a contártelo. Piensa en cómo me sentí. Piensa en alguien que no seas tú para variar, joder.

Cogí el bañador del radiador y un par de jerséis. Me di la vuelta, salí corriendo por la puerta y me alejé pedaleando por el carril bici. A unos cien metros miré hacia atrás, todavía furioso, y creí ver el destello rojo de un abrigo que se movía hacia nuestra cabaña. Pero parpadeé y desapareció. Me volví a preguntar si me estaría volviendo loco.

El bosque me tranquilizó. Puede que fuera el alivio que sentía por haber chillado a mi padre, o la época del año: ahora que el otoño ventoso casi había terminado, quedaba coger aire por última vez antes del largo descenso hacia el invierno. Me quedaban dos noches más allí, y, aunque no sabía exactamente lo que me depararían las próximas cuarenta y ocho horas, sabía que no sería tranquilidad.

La linterna de mi bici proyectaba una luz verde submarina en los árboles, que parecían distanciarse de mí. Sentía cómo la oscura estela del camino se iba quedando atrás.

Lexi llegaba tarde. Me senté a esperar mientras miraba fijamente la superficie del lago negro. Al cabo de un rato vi algo rojo flotando en el agua a mi derecha. Era su abrigo. Me temí lo peor y eché a correr hacia la orilla. Estaba a punto de meterme en el agua cuando oí su voz.

–Hola, Daniel –me saludó.

Era como si hubiera aparecido de la nada. Estaba a unos metros de distancia, arrodillada delante del lago, cogiendo agua con las manos para mojarle el pelo y tiritando.

–¿Dónde has estado? ¿De dónde vienes? –pregunté, y señalé el abrigo–. Pensé que te había pasado algo terrible. Pensé que estabas...

–Estoy bien –dijo–. Tengo un poco de frío, nada más.

–No me extraña, la verdad. ¿Cómo ha acabado ahí tu abrigo?

Se encogió de hombros.

–Debes de estar helada –dije, echándole por los hombros uno de los jerséis que había traído.

–¡Vaya! Gracias, Daniel –dijo–. ¿Me puedes traer la manta?

–Ya no la necesitas. Tengo más ropa de abrigo.

–Voy a deshacerme de ella –dijo. Recuperé la manta de debajo del calefactor exterior, donde estaba extendida. Lexi me la quitó, la dobló y la lanzó al lago.

–¿Por qué has hecho eso?

–Creo que es buena idea hacer limpieza cada vez que me voy. Esa manta estaba cubierta de sangre y de mil cosas. No es muy higiénica.

–Pero ¿entonces esta noche y mañana qué? –pregunté.

Miró al suelo.

–Cuando me vaya esta noche se acabó. La próxima vez que me despierte estaré... Bueno, será la una, y él estará allí.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿O sea que es el fin? ¿Te puedo ver el domingo antes de irme? ¿Cuándo te vuelves a despertar?

—El domingo por la noche.

—¿El domingo por la noche? ¡Ya me habré ido!

—Lo siento.

Di una patada a la arena y me alejé unos pasos.

—¡Qué desastre! —exclamé—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Lexi se puso en pie despacio.

—Perdona que no pueda compadecerte mucho, Daniel. Yo también preferiría que las cosas no fueran así.

Me detuve.

—Tienes razón. Lo siento.

—Bueno. Deberíamos aprovechar al máximo lo que nos queda —dijo—. O si no siempre podemos pasar nuestra última noche juntos contigo dando vueltas como un alma en pena como si fueras un niño de dos años al que le han mangado el chupete.

Miré hacia el lago.

—Tienes razón. Es que llevo una nohecita fina, perdona.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lexi.

—He pillado a mi padre en la cama con la vecina de al lado.

—¿Tu mística?

—No. La hermana de la mística. Justo cuando pensaba que había esperanza, va y se emborracha y hace una estupidez.

—¿Estupidez?

—Sí.

—No es ninguna estupidez. Tenía entendido que hace un par de semanas no podía ni hablar con una mujer sin que le dieran un bofetón.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, has hecho que recupere la confianza en sí mismo. Conseguiste que jugara al voleibol con las vecinas y que conociera a gente...

—¿Me estás echando a mí la culpa? —pregunté.

—No te estoy echando la culpa. Te estoy diciendo que el mérito es tuyo. Estás haciendo que sea mejor persona.

—No lo pillo.

—Se está volviendo a comportar como una persona normal.

—Sigue bebiendo —dije.

—Paso a paso —dijo. Estiró el brazo y me rascó suavemente el dorso de la mano con sus largas uñas postizas. Estaba helada—. Ya es hora de que alegres esa cara, Daniel.

Logré forzar una tímida sonrisa.

–Vámonos –dije.

Pedaleé despacio para reducir la sensación térmica. Lexi apoyó la cabeza en mi hombro. Pesaba lo mismo que un pájaro. Pasamos los campos de césped artificial y las canchas de tenis, el muro de escalada y la pista americana. Unos obreros estaban montando el escenario para la fiesta de «Retroceder en el tiempo». Por fin, la cúpula se alzó en el horizonte, como el frío corazón azul del bosque.

Dejé fuera la bici y cogí la llave de detrás del cocotero falso.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Lexi, igual que la última vez. Pero en esta ocasión lo dijo con un hilo de voz–. Esta vez te has superado.

Atravesamos la oscura recepción y entramos en los vestuarios. Encendí la luz y me quité la camiseta sin pensarlo.

–Últimamente eres el ejemplo de persona que está a gusto con su cuerpo, ¿no? –dijo Lexi.

Sonreí.

–Tu turno –dije.

–Ni hablar –contestó, y entró al baño a cambiarse.

Pasamos por las duchas y aparecimos en la cúpula desierta. La luz era tenue y procedía principalmente de debajo del agua. Habían apagado el hilo musical, los puestos de comida y bebida estaban cerrados y el único sonido que se oía era el de las cascadas y los rápidos. Las palmeras de verdad y los árboles de plástico goteaban por el vaho.

–¿Qué te parece? Tienes que nadar, pero también debes mantenerte calentita. Así que pensé que esta era una buena solución intermedia.

–Es precioso –dijo.

–A ver. No es precioso. Es un poco falso.

–Lo falso puede ser bonito. Como estas uñas –dijo–. Me encanta, Daniel. ¿Cómo has conseguido las llaves?

–Me las dio mi mejor amigo Ryan –dije.

Se rio. Rodeamos la piscina y llegamos a lo hondo. Los azulejos brillaban en el fondo y las luces de las paredes resplandecían levemente bajo el agua. El vapor nos subía por la cara. Lexi me cogió de la mano y nos adentramos en el silencio y el resplandor del agua.

Fuimos nadando cada vez más hondo. Abrí los ojos. Más allá del blanco remolino de burbujas que formaba al nadar, logré ver a Lexi con un brazo extendido fuera del agua, largo e inmóvil. Pese a sus heridas y a lo débil que estaba, dentro del agua toda su elegancia y belleza permanecían intactas.

Me agarró de la mano y tiró de mí hacia abajo. Por un momento creí que quizá

no me dejaría subir nunca, pero luego pensé que no me importaba. Había peores formas de morir. Al final, cuando me estaba quedando sin aire, Lexi me rodeó con su cuerpo y subimos abrazados a la superficie, que atravesamos de golpe en medio de un aire bochornoso. Yo estaba mareado por la falta de oxígeno, pero me gustaba esa sensación.

–Casi no puedo respirar –dije.

–De lo que no hay duda es de que sabes nadar –contestó.

Volvió a bajar como una flecha y se dirigió a los rápidos. La seguí y traté de alcanzar su estela, que me arrastraba tras ella. Empecé a mover los brazos y las piernas al mismo ritmo que Lexi. Pronto sentí que mi corazón se sintonizaba con el compás de sus brazadas. Y entonces volví a aquel espacio silencioso donde mi cuerpo era ligero y libre. Cerré los ojos e imaginé el agua verde negruzca del lago, con los cuerpos ondulantes de los juncos bailando a mi alrededor. Imaginé el gris metálico apagado de los peces del fondo, el sedimento granulado como las interferencias en la tele, y a Lexi a lo lejos. En un momento dado señaló hacia abajo y pude ver algo rojo que centelleaba. Era el cristal de la puerta de su antigua casa: el galeón rojo surcando las brillantes olas azules. Los colores se reflejaban en su cara.

Abrí los ojos y desperté de la visión. Salí a la superficie y el agua agitada de los rápidos me llevó por un túnel oscuro de espesa vegetación que arrojaba una extraña luz verde. Lexi estaba detrás de mí, esperando.

–Hola –dijo.

–Hola –contesté.

–Me encuentro mucho mejor.

–Qué bien. Tienes mejor cara.

–Estás mintiendo, pero gracias –dijo. Y tenía razón. El agua había diluido la sangre, que le corría por la cara formando rayas del color del óxido–. ¿No te importan estas heridas? Estoy horrible, ¿verdad?

–No –dije. Pensé en la foto de su cara en el periódico antes de morir, con las mejillas sonrosadas y la cabeza echada hacia atrás. Le seguían brillando los ojos, pero nada más.

–No te gusto solo porque estoy maltratada y llena de heridas, ¿verdad? ¿No serás un rarito de esos?

–No. Lo que pasa es que veo más allá de las cicatrices.

Ella asintió con la cabeza y nos besamos mientras la corriente nos arrastraba por el oscuro túnel de luz verde.

–Te voy a echar de menos –dijo.

Entonces me di cuenta de que era yo el que se iba a marchar. El domingo por la mañana regresaría a casa. Viviría con mi padre y en algún momento vería a mi

madre. Volvería a mi colegio de siempre, a mi vida de siempre, mientras ella se quedaba ahí, atrapada en aquel bucle cruel.

Lexi pareció leerme el pensamiento.

—No pasa nada —dijo, y sonrió. No sabía si la sonrisa era falsa, pero no cabía duda de que era hermosa.

Cuando salimos de la piscina le empezó a bajar rápidamente la temperatura. Estábamos junto al almacén de la cúpula. Miré por encima de su hombro, pero fuera era tan de noche y había tanta bruma que solo pude ver nuestro reflejo en el vidrio plástico. Entonces mis ojos empezaron a enfocar y lo vi. Era el hombre. Llevaba su abrigo medio empapado y estaba sonriendo. De la herida que tenía en el cuello salía sangre morada. Lexi estaba de espaldas a él y yo traté de mantener una expresión neutral.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada —contesté—. Pero estás congelada. Tengo una idea. Venga, vamos.

Me la llevé a rastras del almacén y fuimos andando por el lateral de la piscina. Pasado el puesto de comida había una zona solo para adultos con una sauna. La puerta era de cristal esmerilado y dentro, más allá de las densas nubes de vapor de eucalipto, había un banco de azulejos para sentarse.

—Es perfecto —dijo Lexi, y se sentó en una esquina.

Cerré la puerta y me senté a su lado. El calor me abrió los poros. Notaba cómo el sudor me caía por el pecho. Lexi se echó hacia atrás el pelo. Estaba envuelta en vapor.

—Qué gusto —dijo, y su voz resonó en la habitación de azulejos azules y blancos.

—Antes, debajo del agua, he sentido que tenía una visión —dije—. ¿Te parece una estupidez?

—No. ¿Qué has visto?

—La puerta de tu casa. Con el barco de la Armada. Era como si estuviéramos en el lago.

—Tienes una fantástica capacidad intuitiva —dijo Lexi.

Me reí.

—¿Sabes qué? Los cuervos solían enviar a hombres jóvenes de tu edad a sitios remotos para que pudieran tener visiones —dijo.

—¿Solo a los chicos?

—Sí. Querían que los hombres entraran en contacto con el mundo espiritual.

—¿No creían que las mujeres fueran capaces? —pregunté.

Lexi se rio.

—Creían que las mujeres ya estaban en contacto con el mundo espiritual, porque podían traer niños al mundo.

A veces, cuando hablaba, podía sentir cómo sería la vida que nunca tendría.

–Total –dijo–, el chico se adentraba en la selva sin agua ni comida y esperaba a que llegara su guía espiritual y le diera buenos consejos o le hablara del futuro.

–¿Tú eres mi guía espiritual? –pregunté.

Volvió a reírse.

–No soy la persona más adecuada a la que preguntarle sobre el futuro –dijo.

–Sí que lo eres –dije–. Sabes lo que va a pasar mañana por la noche.

–Para, Daniel.

–No veo qué hay de malo en contarme dónde vas a estar. Podría ayudarte. Podría hacer algo.

–Es demasiado fuerte. Pensé en decírtelo, pero cuando vi esa puñalada en tu estómago, supe que era demasiado fuerte.

–Tú no sabes lo fuerte que soy yo –dije–. No tienes ni idea. Puedo enfrentarme a él.

–No quiero que te enfrentes a él. No quiero que te parezcas en nada a él. No tiene nada de valiente ser como él. Toda esa mierda de la fuerza física... Hay que tener coraje para ser dulce, Daniel. Eso es lo que tú tienes.

Me reboté.

–Vale, no me hace falta saber dónde te despiertas. Puedo ir por mi cuenta y encontrarlo. Puedo hacerlo ahora o mañana. Estaba ahí fuera hace un minuto. Lo he visto. No puede haber ido lejos –dije. Me levanté, pero ella me tiró suavemente del brazo.

–Siéntate –dijo.

–Puedo encontrarlo y destrozarlo.

–¿Destrozarlo?

–Me enfrentaré a él. Le pediré a Ryan que me ayude.

–No servirá de nada –dijo.

Paré de hablar. Estaba empezando a comprenderlo. La herida de su cuello. El hecho de que no pudiera verlo en el DVD de seguridad de Evans. Sabía perfectamente lo que iba a decir ahora.

–Está muerto.

–Pero en el periódico... Los testigos decían que os vieron juntos. Te invitó a una copa. El camarero debe de haberlo visto.

–En ese momento estaba vivo.

–No entiendo.

–Lo maté yo.

Estaba mareado por el calor del vapor, pero noté un aire frío y cortante en los pulmones.

–¿Qué pasó? –dije.

–Pensó que estaba muerta. Estaba tumbado encima de mí. Yo había cogido el

destornillador del coche y me lo había metido en el bolsillo, pero no había sido capaz de alcanzarlo mientras me atacaba.

—¿Por qué?

—Me había puesto un cuchillo en la garganta. Pero pensó que estaba muerta. Se relajó. Sentí que la sangre me subía a la boca y supe que no me quedaba mucho tiempo. Agarré el destornillador y se lo clavé en el cuello.

Me quedé mirándola entre las nubes de vapor que salían de la rejilla del suelo y me di cuenta de que la sangre oscura que le acababa de salir en las mejillas no era suya.

—¿Por qué no me lo contaste? —dije.

—¿Contarte qué? ¿Que soy una asesina?

—Lexi, no eres ninguna... —Incluso en medio de todo aquel vaho noté que había apartado la vista, que estaba avergonzada—. ¿No puedes evitar matarlo? —pregunté.

—No. Ya te lo he dicho. Solo veo cómo ocurre todo. Lo siento y lo veo, pero no puedo hacer nada. Estoy presenciando mi pecado. Me merezco esto.

—No. No es verdad. —Y luego dije las mismas palabras que ella me había dicho una vez—: Lexi, no fue culpa tuya.

No contestó. A través del vapor pude ver que las cicatrices de sus piernas eran como carámbanos rosas; rasguños profundos con puntitos rojos brillantes, y vi una nueva cuchillada atravesándole el brazo como un rayo. Le caían hojas de pino del pelo. Apoyó la cabeza en los azulejos y suspiró.

—¿No podemos quedarnos despiertos? Si nos mantenemos despiertos no podrá cogerte —dije.

—No funciona así.

—Pero podríamos intentarlo.

—Hazme un favor, anda —dijo.

—Claro —contesté.

—Recuerda esta semana.

—¿Cómo iba a olvidarla? —pregunté.

—Rememórala sin parar en tu cabeza. Recuerda las cosas que hemos dicho y hecho. Es la única forma de que pueda existir en el mundo real. Recuerda esta semana y rememórala una y otra vez.

—Lo haré —dije—. Te lo prometo.

Extendió el puño hacia mí y se lo toqué con el mío. Sentí cómo mis nudillos se volvían a deslizar entre los huecos de su mano.

En el calor de aquella sauna noté que la maldad salía de mi cuerpo con el sudor y se transformaba en vapor. Me sentía puro y limpio. Estiré el brazo para tocarla a través del vaho pero mi mano solo tocó los azulejos. Se había marchado.

Sábado 27 de octubre

A la mañana siguiente no quería saber nada de nadie. Me quedé horas en la cama, despierto. Oí a mi padre en la cocina con esa respiración profunda suya que significaba que tenía resaca. Luego llegó Gavin y le tomó el pelo por lo de Tash. Mi padre se rio e hizo café, y después salieron.

Era mediodía cuando tuve fuerzas para abrir las cortinas estampadas con motivos aztecas y mirar hacia afuera a un mundo sin Lexi. Hacía un día fresco y seco y las cabañas que había a la sombra estaban cubiertas por una capa de escarcha. ¿Dónde estaría? ¿Adónde habría ido?

Pensé en el colegio. Tenía que volver la semana siguiente. Después de las vacaciones siempre oía a mis compañeros hablar de las chicas con las que se habían liado. La mayoría eran unos mentirosos: chicos con chupetones en los hombros que se habían hecho ellos mismos, contando trolas sobre sexo salvaje con mujeres treintañeras que casualmente tenían muchos rasgos en común con nuestra profesora de Geografía. Los que se habían enamorado de verdad no hablaban mucho de ello. Simplemente al volver se comportaban de forma diferente. Después de su viaje familiar a Newquay, Ellie Marsh regresó con dos agujeros en la oreja, había empezado a llevar Vans y se había teñido el pelo con zumo de limón. En el caso de Jack Sansom fueron los zapatos blucher y los New York Dolls.

¿Qué sería lo mío? No sabía qué tipo de música le gustaba a Lexi y la mayoría de su ropa la había robado de los probadores de chicas. Y estaba muerta, ¡por el amor de Dios! Lo más probable era que volviese al colegio aún más raro de lo que era antes de irme. Pensé en el destello rojo de la puerta de su casa. Seguía teniendo tantas preguntas...

En la cocina vi que habían tirado las botellas de vino y fregado las copas. Las sábanas estaban en la lavadora. El maquillaje compacto de Tash estaba en la encimera y un poco de polvo del mismo color que su piel se había derramado encima de la formica.

Cogí por detrás los brotes verdes diminutos que apenas una semana antes habían sido tomates maduros.

Mi bañador seguía mojado, pero aun así lo metí en la mochila. Tal vez si nadaba, si encontraba el mismo ritmo de la última vez, volvería a tener visiones. Puede que entonces la viera y me dijera dónde se había despertado. Lo dudaba, pero no podía hacer otra cosa.

Salí a la calle y oí a Tash y Chrissy discutiendo en la sala de estar de su cabaña.

–¿Cómo has podido? –dijo Chrissy.

–Muy fácil, después de dos botellas de vino –contestó su hermana.

–Está muy vulnerable, Tash.

–Me gustaría que dejaras de hablar todo el rato de ese chico. No es más que un adolescente. No le va a pasar nada.

–No estaba hablando del chico. El chico es muy fuerte. Estaba hablando de su padre.

«Bueno», pensé, «es una pequeña victoria». Las hermanas empezaron a discutir por el desayuno. Tash quería un sándwich de beicon, pero solo había pan integral de centeno. Podían haber estado discutiendo sobre una guerra mundial y yo habría pensado que daba igual. Lo único que me importaba era Lexi.

Fui en bici hacia la cúpula, pero en cuanto llegué noté que me quedaba sin fuerzas. Me dio el bajón al recordar la noche anterior. No podía ni pensar.

Cuando llegué a la piscina, la máquina de olas estaba encendida y llena de gamberrillos. No me importó. Caminé por el agua entre los flotadores, los dinosaurios inflables, las tablas y las boyas. Cada vez que intentaba nadar me picaban los ojos por el cloro. Cuando los cerraba, la cara del hombre aparecía en mi mente. No era capaz de encontrar el ritmo; apenas podía mantenerme a flote. Tomé aire en la superficie, que estaba cubierta por una espuma de saliva y pis de niño.

–¡Hola, Dan!

Era Ryan, que me llamaba desde un lado de la piscina. Nadé despacio hacia él. Se agachó y miró a su alrededor.

–¿Cómo fue? –preguntó.

–Es una noche que no olvidaré fácilmente –dije.

–Guay. Oye, ¿vienes a la fiesta de «Retroceder en el tiempo» esta noche? Mis colegas y yo vamos a ir de Teen Wolf. Esta tarde iremos a la tienda de Fancy Stan a recoger los disfraces. Años ochenta total. ¡Toda una hora extra de fiesta!

–No sé si podré. No me encuentro muy bien, la verdad –dije. Había planeado rastrear el bosque en busca de Lexi, aunque sabía que era inútil.

–No vas a volver a desaparecer, ¿verdad? –dijo Ryan.

–No –contesté.

–Oye, escucha, tío. Quería informarte de algo. –Bajó la voz y volvió a echar un vistazo a su alrededor–. ¿Conoces a Evans, el tío de servicios sociales?

–Sí. La última vez que lo vi mi padre estaba arrastrando su culo hasta el bosque.

Ryan se rio.

–Habría pagado una pasta por verlo. El caso es que ha estado aquí haciendo preguntas sobre ti.

–¿Qué clase de preguntas?

–Si te he visto, con quién estabas, lo que estabas haciendo... Ha preguntado si te

habíamos pillado comportándote de manera extraña o agresiva.

–¿Y tú qué le has dicho?

–Le he dicho que no te había visto. Que es prácticamente cierto, teniendo en cuenta la forma en que desapareciste como por arte de magia la última vez.

Le eché una ojeada a la piscina. Parecía que había un mayor despliegue de seguridad que de costumbre.

–Más vale que me largue –dije.

Ryan se agachó.

–Dijeron que destrozaste una cámara de seguridad.

–Bueno...

–Bien hecho, tío. Hay que luchar por las libertades civiles. Con un poco de suerte te veo esta noche.

–Gracias, Ryan –dije.

Nadé hasta la parte poco profunda y salí de la piscina. Uno de los hombres de seguridad levantó la solapa de su chaqueta y murmuró algo al micrófono cuando fui hacia los vestuarios. Me vestí rápidamente, crucé la zona de la recepción y salí pasado el cocotero. Mientras le quitaba el candado a la bici, oí un ruido cada vez más alto que me resultaba familiar. Había tan pocos coches en Mundo Ocio que tardé un rato en reconocer el sonido de un Ford Focus acelerando al máximo en segunda. *Mi padre*. El coche pasó volando y su cara pálida se giró hacia la entrada de la cúpula. Le oí pisar el freno con fuerza. Un segundo después dio marcha atrás y bajó la ventanilla.

–¡Daniel! ¡Entra! Deja la bici ahí. Venga, date prisa –dijo.

La gente le estaba mirando y cuchicheaba con el ceño fruncido.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–No hay tiempo, tío. Cuando entres te lo cuento.

Miré detrás de mí y a través de las puertas de la cúpula. Vi que se acercaba un guardia de seguridad. Fui sin prisa hacia el coche y entré.

Mi padre pisó el acelerador.

–¿Ya estás lo bastante sobrio para conducir? –pregunté.

–No te preocupes por eso. Estoy haciendo todo lo que puedo por salvarnos el culo.

–¿Qué ha pasado?

–Ese capullo de los «gilipollas de servicios sociales de la comunidad» ha venido a la cabaña.

–¿Evans?

–Ese. Ha venido con otro de sus DVD y mira tú por dónde apareces tirando piedras a la cámara.

Resoplé.

–Lo pagaré con el dinero de mi paga –dije.

–Ese no es el problema –dijo mientras adelantaba a una familia de ciclistas–. Tiene una orden oficial para meterte en una unidad de seguridad del centro hasta que lleguen la policía y los servicios sociales.

–¿Qué? –dije.

–Cree que tiene suficientes pruebas para detenerte temporalmente.

–¿Qué has dicho?

–Tal y como están las cosas, seguramente sea mejor que no lo repita.

–¡Madre mía! –exclamé–. ¡Menudo sitio!

Vi cómo desaparecían las cabañas cuando atravesamos la zona residencial y nos adentramos en el bosque.

–Papá –dije.

–Dime.

–La cabaña está ahí atrás.

–Ya lo sé.

–¿Y adónde vamos?

–Nos vamos, Daniel. Las maletas están en el maletero. No podemos quedarnos por aquí. Tenemos que volver a casa para que hable con un abogado.

–¿Nos vamos de Mundo Ocio?

–¡Ya era hora! –exclamó.

Le miré. Lucía esa expresión de tenerlo todo muy claro que ponía a veces cuando había decidido hacer una estupidez. Sentí un nudo en el estómago. Quizá no pudiera hacer nada por Lexi, quizá la hubiera visto por última vez, pero no estaba preparado para irme. No podía marcharme ya.

–Mira –dijo mi padre–. Fue un error traerte aquí. Lo admito. Este lugar es un infierno y sé que lo has pasado fatal.

No sabía qué decir. Estábamos yendo hacia la salida y había guardias de seguridad por todas partes. Uno de ellos miró un cuaderno que tenía en la mano y luego volvió a mirar el coche.

–Agáchate –dijo mi padre.

Le obedecí. Me puso su abrigo encima de la cabeza y empezó a conducir a diez por hora, intentando no despertar sospechas. Pero yo sabía que los guardias de seguridad nos pisaban los talones. En el reposapiés había un mapa de Mundo Ocio que debía de llevar ahí desde que llegamos. Me animé cuando vi una zona llamada «Bosque de pinos». Había pocas probabilidades, pero era mejor que nada. Miré hacia arriba desde debajo del abrigo y vi pasar las copas de los árboles y la luz verde que proyectaban en la sombra. No estaba listo para irme. Me metí el mapa en el bolsillo y abrí la puerta de un empujón.

–¡Daniel! –gritó mi padre. Trató de agarrarme pero fui demasiado rápido para él. Rodé por el asfalto y vi que el coche se paraba unos metros más arriba en la carretera. Me puse en pie y eché a correr por el bosque. Oí gritar a mi padre al salir

con dificultad del coche y las botas de los guardias de seguridad uniéndose a la persecución.

Sabía que no podía correr más rápido que los guardias. Ni siquiera podía correr más que mi padre. Pero también sabía que había sitios a los que no serían capaces ni estarían dispuestos a seguirme. Así que tomé el camino más peligroso y me abrí paso a duras penas entre zarzas y espinos. Al cabo de diez minutos me encontré con una cuesta empinada y me puse de cuclillas detrás de la cumbre. No oí a nadie que me siguiera. Los había perdido. Esperé un instante y recuperé el aliento antes de volver a mirar el mapa. «Bosque de pinos», decía. Tal vez fuera una zona muy grande, pero al menos todos los pinos se encontraban en el mismo sitio, lo que reducía considerablemente las opciones. Desplegué el mapa para ver dónde estaba el bosque. Se me cayó el alma a los pies. Había otras seis zonas denominadas «Bosque de pinos».

Seguí andando pese al bajón que me había entrado. Tenía que mantenerme fuera del alcance de mi padre y de las autoridades y me daba la sensación de que me estaba alejando cada vez más de Lexi, aunque no tenía ni idea de dónde estaba.

Me quedé en el bosque hasta el anochecer. Cada vez que me acercaba un poco a uno de los caminos oficiales, veía al personal de seguridad de Mundo Ocio. Mi primer objetivo, si existía alguna probabilidad de encontrar el lugar donde se despertaba Lexi, era que no me pillaran. El problema era que no tenía un segundo objetivo.

Pronto cayó la noche en el bosque y dejé de ver más allá de una distancia de diez metros. Me senté a descansar. Estaba más en forma que nunca, pero aun así el esfuerzo de la carrera me había pasado factura. Los espacios entre los árboles empezaron a adoptar formas y yo comencé a ver cosas. En un momento dado vi las figuras ardiendo de mi madre y el doctor Greggs abrazados. Me puse a pensar sobre dónde había comenzado aquella ruta infernal. Pero estaba equivocado: incluso si volviera atrás en el tiempo, no podría cambiar nada.

Dos golpes secos y un chirrido metálico atravesaron el bosque. «Dos. Dos. Uno, dos, uno, dos», dijo una voz gigante. Y empezó a sonar música. Estaban haciendo los últimos preparativos para la fiesta de «Retroceder en el tiempo». Pensé en Ryan y en sus amigos con sus disfraces de lobo y sus camisetas de baloncesto. Ya tenía mi segundo objetivo.

La tienda de disfraces de Fancy Stan estaba abarrotada, como es lógico. Stan iba vestido de *hippy* y había ampliado el horario de apertura a causa de la enorme demanda. En la cola no pude evitar mirar a mi alrededor para ver si había guardias de seguridad. Parecía que estaba a salvo, pero aun así me aseguré de probarme todas las máscaras posibles mientras esperaba. Me puse en la piel de todo el mundo, desde Ronald McDonald a Margaret Thatcher.

Considerando el ajetreo de su tienda, Fancy Stan parecía muy despreocupado. Quizá se estuviera tomando en serio su papel de *hippy*. Me miró a través de sus gafas redondas de color morado.

–¿Cómo te llamas, chaval? –preguntó.

–Daniel.

–Buen nombre, buen nombre. Fancy Dan, yo soy Fancy Stan. Buenas tardes.

–Hola –dije.

Stan respiró hondo y agitó los brazos en el aire.

–Bueno, te voy a leer la mente. Vas a la fiesta y quieres un disfraz. Algo de los setenta, los ochenta o puede que hasta de los noventa.

–Sí, por favor –dije.

–En el fondo soy adivino –dijo Fancy Stan con una sonrisa–. Seré sincero contigo, chaval. Estamos en las últimas. Toda la ropa guay de los setenta se ha agotado y ya no nos quedan pelucas de Maradona.

–Necesito algo con una careta –dije.

–Bueno, no iba a decir nada –dijo Fancy Stan–. Pero no es mala idea.

–¿Qué? –pregunté.

–Nada, nada. –Miró detrás del mostrador y cogió una vieja caja de cartón destartada–. No sé lo que tenemos para alguien de tu... eh... talla. ¡Ah, sí! Esto puede servir.

Sacó un casco de Darth Vader con una capa.

–Es perfecto –dije.

–No tenemos el resto del disfraz. Lo prestamos para una despedida de soltero y el tío le echó la pota encima. Está en la tintorería.

–No importa –dije.

Me puse el casco y me miré en el espejo a través de los agujeros de los ojos. Llevaba una sudadera azul y unos vaqueros. Era bastante extraño pero estaba totalmente irreconocible. Fancy Stan estaba de pie detrás de mí.

–Me alucina que acaban venciendo al Imperio –dijo–. ¿Quieres una bolsa para

meterla?

—No —dije a través de la máscara—. Me la llevo puesta.

La fiesta era una locura. Para tratarse de una empresa aparentemente tan preocupada por el bienestar infantil, era sorprendente ver una hoguera tan grande en el mismo espacio que un escenario. El fuego desprendía un calor infernal sobre los juerguistas. Una banda tributo llamada Guns N' Posers estaba tocando en el escenario para un público muy chabacano que abarrotaba el lugar. Unos hombretones musculosos iban de punta en blanco con su disfraz de *Los vigilantes de la playa* y daba la impresión de que una de cada tres personas iba vestida de Michael Jackson. Encima del escenario habían puesto un reloj gigante. Me asusté al ver que ambas manecillas estaban apuntando hacia arriba. Estalló una gran ovación cuando dieron las doce, y un tipo con un disfraz de Chewbacca me golpeó con fuerza en la espalda y se rio.

Estaba buscando a Ryan. Él conocía Mundo Ocio como la palma de su mano y pensé que podría decirme a qué bosques de pinos se podía llegar con el coche y si había algún tipo de entrada trasera para vehículos. Supuse que sería fácil encontrar a cinco chicos vestidos de lobos-jugadores-de-baloncesto, pero era una fiesta de lo más extraña.

Mientras me abría paso entre la multitud, vi que entraba un grupo de guardias de seguridad. A un lado del gentío vi a Evans dirigiendo la operación con su *walkietalkie*. Mi padre no estaba por ningún lado y en parte me sentí decepcionado. Me pregunté si estaría buscándome en otro sitio.

Traté de alejarme de los guardias, pero me dio la sensación de que la gente estaba acorralándome. Hacía tanto calor dentro del casco que me costaba mucho respirar. Los guardias pararon a un chico un metro delante de mí. Iba vestido de *Scouser** con una peluca negra rizada, pero llevaba una sudadera con capucha azul para no pasar frío que era igual que la mía.

—Quítate la peluca —le ordenó el jefe de los guardias de seguridad.

—¿Por qué? —preguntó el *Scouser*—. No he hecho nada.

El guardia de seguridad le dio una bofetada en la cabeza y le arrancó la peluca. El chico se cayó al suelo.

—No es él —dijo el guardia, y la patrulla se acercó hacia donde yo estaba. Me di cuenta de que les habían dicho que buscaran a un chico con una sudadera azul, así que me bajé la cremallera de la mía y dejé que me resbalara por los brazos y cayera al suelo. Los guardias estaban tan cerca que podía olerles el sudor y el *aftershave*.

—Eh, tronco —dijo un tipo con un disfraz de Robocop hecho con papel de plata—. Se te ha caído esto. —Y me tendió la sudadera.

—No, no es mía —dije, y me aparté. El guardia de seguridad me miró durante un

instante, pero en ese momento la banda tributo empezó a tocar «Welcome to the Jungle», alguien gritó de la emoción y el guardia se distrajo.

Me había librado por los pelos, y como ya no tenía ninguna esperanza de encontrar a Ryan, me alejé sigilosamente de la masa de gente. La hoguera estaba en un descampado a unos doscientos metros del público y me quedé por ahí cerca un rato, mirando tristemente el mapa.

Luego alcé la vista y vi que el hombre estaba ahí.

Por un momento pensé que iba disfrazado. El abrigo largo, la sangre que le caía por el cuello, el corte de pelo geométrico... Podría haber salido de la película de los ochenta *Jóvenes ocultos*. Ya había visto a alguna gente con ese *look*. Miró distraídamente hacia donde yo estaba y luego apartó la vista. Ya casi había olvidado que llevaba la máscara. Él no sabía quién era. Me acordé de que Lexi me había dicho que no serviría de nada lo que le hiciera, que seguiría ahí (dondequiera que fuera ese ahí) cuando los relojes se atrasaran y dieran la una por segunda vez. Eso apenas me importaba. Lo primero que pensé fue en hacerle daño. Cogí un trozo afilado de madera que alguien había intentado lanzar a la hoguera. Pero luego me tranquilicé. Quizá si le seguía me llevaría a donde estaba Lexi y podría estar allí durante esa hora extra.

Pero me guardé el trozo de madera por si acaso.

Me alejé y fui andando hacia unos árboles donde pudiera esconderme para vigilarlo. Estaba cada vez más nervioso. Cuando me sentí a salvo tras los árboles, me quité el casco. El calor de la hoguera era agobiante y necesitaba respirar.

Sin aquel cacharro en la cabeza veía perfectamente al hombre. Tenía los brazos cruzados y la hoguera iluminaba la mitad de su abrigo. Nunca había odiado tanto a nadie en mi vida. Me pregunté por qué no había desaparecido sin más, como Lexi. La suerte, por una vez, estaba de mi parte, y si no perdía los estribos, había una posibilidad de que pudiera hacer algo.

Al cabo de unos minutos comenzó a andar. Me mantuve cerca de los árboles y lo seguí. Se escabulló por un lado del público, y me dio la sensación de que estaba a punto de abandonar la fiesta. No echó a correr y tampoco pareció percatarse de que le estaba siguiendo. Me acerqué sigilosamente a él, alejándome de los árboles. Incluso el modo en que se movía daba asco, como si fuera una mosca trepando a tu comida. Sabía que se daría la vuelta en cualquier momento, así que solté el trozo de madera para volver a ponerme la careta.

Entonces fue cuando me encontraron Jack, Thorpey y Lewis, los chicos de la piscina. Iban disfrazados de los Cazafantasmas.

—Mira a quién tenemos aquí. Darth niño-gordo —dijo Thorpey.

—Eso no está bien, Thorpey —dijo Jack. Se giró hacia mí. Pude ver cómo el temor asomaba a sus ojos al recordar la fuerza invisible que había tirado de él en el agua—. Te hemos estado buscando, Dan.

Eché una ojeada al lugar donde había visto por última vez al hombre, pero ya no estaba. No podía haber ido lejos, pero tenía que actuar rápido si quería volver a encontrarlo.

–Dadme solo un par de horas, ¿vale? Y luego podéis hacer lo que queráis conmigo.

Thorpey y Lewis se rieron. Jack sacudió la cabeza.

–No eres quien para dar órdenes. Nos perteneces. Y esta vez no habrá ningún truquito de esos tuyos como el que hiciste el otro día en el agua.

–No me hace falta agua para eso –dije.

Se quedó mirándome durante un instante.

–Te estás tirando un farol –dijo.

Solté el casco y me agaché a coger el trozo de madera, pero Lewis llegó primero. Me asestó un golpe, pero falló. Me di la vuelta y corrí hacia los árboles. Tenía las llaves en el bolsillo. Mi padre me había enseñado cómo llevarlas entre los dedos y usarlas como arma si me encontraba en peligro. Rebusqué en los bolsillos. Lewis me agarró y me dio una patada en las piernas. Me caí con las manos en los bolsillos, incapaz de amortiguar el golpe. Se me desencajó la barbilla y chocó contra el suelo. Me quedé inconsciente.

Domingo 28 de octubre

Lo primero que vi cuando desperté fue el enorme reloj sobre el escenario. Era la una y media. Por un momento me entró el pánico. ¿Se había atrasado ya la hora? ¿Era la una y media por *segunda* vez? ¿Había estado inconsciente todo ese tiempo? No. El maestro de ceremonias animaba al público en el escenario.

–Es la una y media, damas y caballeros. Eso quiere decir que los relojes se retrasarán en media hora. ¡Tenemos más tiempo para bailar! Nuestra próxima actuación es un poco especial. Directamente desde Dublín llega la mejor banda tributo de Michael Jackson de Irlanda... ¡*Thriller!* –Se oyó una gran ovación.

Eso significaba que solo llevaba desmayado quince minutos. Pero daba lo mismo: el hombre se había marchado y ya nunca lo encontraría. Esos gilipollas me habían robado el mapa. Tenía media hora hasta que Lexi se despertara, siete posibles bosques de pinos que recorrer y nadie a quien seguir. No me quedaba energía ni esperanzas. Todo había terminado.

El ruido de la muchedumbre era demasiado para mí. Quería estar solo, así que salí de allí, dejé atrás la hoguera, me adentré en el oscuro bosque y caminé hacia el lago. Me dirigí al claro donde Lexi había acampado y me senté un momento junto al agua. «Tal vez nunca me encuentren», pensé. «Quizá me quede aquí hasta el lunes para poder volver a verla.» Pero sabía que eso no iba a pasar.

Me agaché y metí la cabeza en el agua. Estaba turbia y fría, y me vino muy bien para aliviar el dolor. Solté aire despacio y sentí cómo abandonaba mis pulmones. Tenía ganas de quedarme debajo del agua hasta perder el conocimiento. Pero en ese momento, cuando solté todo el aire, tuve una visión. No era Lexi en la cúpula, ni Lexi sentada en el árbol, ni Lexi con su tocado indio improvisado. De hecho, no era Lexi. Era Chrissy. Estaba arrodillada detrás de mí con sus manos encima de mis ojos, igual que aquel día en la cancha de voleibol. «Nuestras vidas», dijo, como había dicho entonces, «están escritas en nuestro cuerpo».

Saqué la cabeza del agua, aspiré profundamente y pensé en aquellas palabras. Entonces empecé a tener *flashbacks*: el cuerpo de Lexi, tal y como era momentos antes de desaparecer en la sauna. Los cortes de sus piernas, que eran como carámbanos y brillaban con un polvo rojizo. Cuando se movía los granos relucían y centelleaban. Solo había un sitio en Mundo Ocio que tuviera polvo rojo: los campos de fútbol de césped artificial. Cuando caí en la cuenta de aquello todo mi cuerpo se retorció de dolor. La cuchillada en mi pierna volvió a aparecer, mi tobillo se inflamó y noté cómo el corte profundo del costado se abría y la sangre empezaba a brotar. Tenía las zapatillas y las piernas cubiertas de polvo rojizo.

Miré el reloj. El minuterero volvía a dar la una.

Salí del bosque junto a un aparcabicis. Por la ley de la probabilidad, sabía que una de las bicis estaría sin candado. Tiré de las de montaña y de las bicicross, pero la primera que salió de su raíl fue una Shopper. No tenía tiempo de preocuparme por mi aspecto. Pedaleé hacia delante, despacio, penosamente y muerto de dolor durante todo el trayecto a causa de las heridas.

Me quedé mirándolas asombrado. Eran mi futuro. Por lo menos sabía que conseguiría llegar al bosque. Pero no sabía si llegaría demasiado tarde para salvar a Lexi. Y tampoco sabía si sobreviviría a esas heridas.

A medida que me acercaba al campo de fútbol lo único que podía ver era el blanco de los palos de la portería. Los focos, como es lógico, estaban apagados. Estaba helado y el dolor era demasiado intenso. No podía pedalear en línea recta, y al final me caí de la bici y me quedé tirado en el suelo. Estaba exhausto. La rueda de la Shopper patinó, la dinamo chirrió y la linterna de la bici parpadeó y se apagó. Lo único que podía oír era el sonido de mi propia respiración y el grito amortiguado del público de la fiesta haciendo la cuenta atrás: «Cinco, cuatro, tres, dos, uno...».

De repente sentí una oleada de energía y me puse de pie con dificultad. Las heridas habían desaparecido y mi reloj empezó a ir hacia delante. Era la una en punto otra vez. Corrí a toda velocidad hacia los campos de fútbol. La hora extra había comenzado.

Vi al hombre antes de ver a Lexi. Estaba de pie en un extremo del campo de fútbol, y su aliento helado subía hacia arriba en espiral. La temperatura había bajado de golpe y alcancé a ver un brillo glacial en la corteza de los árboles; todo aquel lugar estaba tiritando de frío. «La gran helada», pensé. «Claro.»

El hombre lanzó un par de llaves al bosque, se secó las manos y caminó alrededor de la superficie de juego, manteniéndose en el césped para que no se vieran sus huellas en la arena rojiza. Llegué al complejo justo en el momento en que se sacaba una navaja del bolsillo y apuntaba con ella a Lexi. Ella estaba tumbada en el campo y llevaba el vestido azul y los leotardos negros de los que hablaban en el artículo del periódico. Levantó la mano para protegerse los ojos de la luz. Él se acercó, la cogió del pelo y de los brazos y la arrastró hacia el bosque de pinos. Pensé en las marcas de golpes en su cuero cabelludo. Yo estaba a cien metros de distancia. Puede que más. Si hubiera llegado unos minutos antes las cosas podrían haber sido diferentes.

Grité.

—¡Lexi!

Mi voz resonó en toda la superficie de aquella llanura extraña y fría. La llanura natural y la artificial.

Cuando el hombre llegó a los árboles, se volvió y me miró.

Aceleró el paso. La levantó del suelo, se la echó sobre los hombros y pronto llegaron a los árboles y desaparecieron de mi vista. Pero yo ya me sentía con fuerza y eché a correr hacia ellos por la gravilla roja. Lexi me había dicho que siempre ocurría lo mismo durante esa hora, que ella era incapaz de cambiar los hechos. Pero yo ya los había cambiado. Había hecho que el hombre se diera la vuelta.

Cuando llegué a los primeros pinos, no había ni rastro de ellos. Volví a gritar su nombre.

—¡Ya voy! —dije. Seguí corriendo, pero al rato me detuve a escuchar el sonido de las huellas que crujían sobre el suelo congelado. A mi izquierda me pareció oír el ruido de ramitas al partirse, así que me giré y corrí en esa dirección.

Tenía razón, aunque con la oscuridad y al estar tan lejos de mí era muy difícil distinguir sus movimientos. Vi que Lexi estaba forcejeando en el suelo y que él se había arrodillado encima de ella y le estaba arrancando la ropa. Creí ver el puñetazo que le dejaría más tarde el ojo morado.

Empecé a correr más deprisa y me tropecé con una raíz. Noté cómo se me torcía

el tobillo. Un esguince por lo menos. Era una sensación de lo más extraña, porque había sentido el daño antes. Me levanté y seguí caminando a duras penas.

–¡Parad! –intenté gritar, pero estaba tan cansado y tenía tanto frío que apenas salió ningún sonido. Sabía lo que iba a pasar. Él le empezó a quitar los leotardos, pero mientras lo hacía, ella le dio una patada y se puso en pie. Yo estaba lo suficientemente cerca para ver la desesperación en su cara. Ese era el momento del que había hablado, cuando huía de él durante unos segundos pero no era lo bastante rápida para escapar. «Vamos, Lexi», pensé. «Más rápido.»

Pero no lo hizo. Se detuvo. Me había visto y el futuro estaba cambiando. Me dio la sensación de que tardaba un rato en reconocermme.

–¿Daniel? ¡No! ¡Vete! ¡Márchate de aquí, por favor!

–¡Corre, Lexi! –grité.

Me miró y luego miró al hombre, que estaba poniéndose de rodillas medio grogui. Y echó a correr.

Llegué hasta donde él estaba unos segundos más tarde y le clavé la rodilla en la cara. Se cayó de espaldas, pero me tiró al suelo con él. No le vi cuando trató de alcanzar la navaja, pero sentí cómo se abalanzaba sobre mí. Me aparté rodando y el cuchillo se deslizó por mi espinilla, abriendo el tajo que yo ya conocía. Chillé y le asesté un golpe que le dio en plena boca. Luchamos, pero él tenía una fuerza increíble. Me inmovilizó los brazos con las rodillas y la mano con la que sostenía la navaja quedó libre. Lexi tenía razón. Era demasiado fuerte.

Sentí su aliento sobre mí igual que lo había sentido Lexi. El intenso olor a menta encima del whisky. Su cara estaba pálida a la luz de la luna y sus labios parecían muy gruesos. Vi lo largas que tenía las pestañas cuando me miró fijamente desde arriba.

–No me gustaría estar en tu lugar –dije.

Frunció el ceño y alzó la navaja. «Ella debe haber escapado», pensé. «La he salvado». Me clavó el cuchillo en el estómago y sentí un dolor intenso en el vientre. Por un momento no pareció importarme, pero luego vi que Lexi había vuelto. Estaba a unos metros de distancia. Vino porque estaba preocupada por mí. Los dos nos preocupábamos por el otro y aquello fue sin duda nuestra perdición.

–¡Daniel, no! –gritó. Él sacó la navaja y se giró, se puso en pie y me dejó atrás. La alcanzó antes incluso de que desaparecieran de mi vista. Yo sabía que tarde o temprano acabaría cogiéndola.

Me encontraba en un estado lamentable; tenía un sabor metálico en la boca y apenas sentía las piernas. El frío del suelo se me coló en la piel. Pero la adrenalina había hecho efecto y conseguí levantarme. Me adentré en el bosque cojeando. Podía oírles delante de mí, la respiración de ella y los gritos de pánico. «Voy a verlo», pensé. «Voy a ver cómo la mata.» No podría soportarlo. De repente oí un golpe y un chasquido, y el sonido de un cuerpo chocando contra el suelo. Sentí la

fuerza del golpe resonando por todo el bosque. En mi cuerpo ya no había pánico, solo una enorme tristeza, la de tener que aceptar que los hombres fueran así. Corrí hacia el lugar del que provenía el sonido. Pronto pude ver entre los árboles una figura oscura con un cuerpo a sus pies. Seguí corriendo hacia ella. Era mi padre.

Ya había experimentado alucinaciones antes, desde luego. Y cuando no, tenía un agujero en el estómago. Pero no había ninguna duda de que aquel era mi padre. Reconocía su silueta hasta en la oscuridad. Mientras me acercaba tambaleándome, sus rasgos se volvieron más nítidos. Tenía un hierro siete* en la mano y el hombre yacía retorciéndose a sus pies.

–¿Daniel? –dijo.

–¿Qué coño estás haciendo aquí? –pregunté.

Noté que estaba temblando. Miró al hombre.

–Te estaba buscando, Daniel. Pero entonces este tío ha salido corriendo de la nada persiguiendo a la...

–¿Dónde está? –grité.

–¿Quién? ¿La chica?

–¿Dónde está? –grité. Estaba delirando y no paraba de dar vueltas buscando a Lexi.

–Se escapó corriendo. Escucha, está bien. Y este no se va a ir a ningún lado, ¿eh? –dijo señalando al hombre, que tenía una mancha negruzca y pegajosa en el pelo y, salvo por unas ligeras sacudidas, había dejado de moverse. Estaba demasiado oscuro para que mi padre viera mis heridas–. ¿Por qué coño hace tanto frío? –dijo.

No respondí. Oí un crujido en el bosque y fui hacia el sonido.

–¡Daniel, vuelve aquí, por Dios! –gritó.

–Tengo que irme –dije, pero luego paré y me giré–. ¿Cómo es que puedes verlos?

–¿Qué?

–¿Cómo has podido verlos a él y a Lexi?

–Bueno –dijo–. La luna brilla bastante y pronto te acostumbras a la oscuridad.

–No, me refiero a que... –Pensé en lo que Lexi había dicho sobre la sensibilidad especial. Sobre la intuición. «No puede ser», pensé–. Olvídalo –dijo–. Quédate aquí con él. –Ya habría tiempo después para preguntas.

–Daniel, espera –dijo mi padre. Pero no esperé. Corrí.

Estaba llorando, pero no sabía de qué emoción se trataba exactamente. Nunca la había sentido antes. Miré el reloj. Era la una y cuarenta y siete. Estaba cada vez más débil, pero no me importaba. Enseguida la vi delante de mí, saltando por encima de los tocones y los helechos, esquivando los troncos de los árboles con su vestido azul brillante. Intenté gritar su nombre, pero no tenía fuerzas.

Se estaba riendo. La perseguí como hice aquella noche cuando saltamos las vallas. Y, al igual que esa noche, no logré alcanzarla.

Unos minutos después dejamos atrás el bosque de pinos y nos vimos rodeados de hayas y robles, los árboles centenarios del antiguo bosque. Rodeamos el lago y finalmente llegué al claro que conocía tan bien.

Lexi no estaba por ningún lado. Miré a mi alrededor, al horno de tierra quemado y a la arena roja que se me había caído antes de los zapatos.

–¡Lexi! –grité. Alcé la mirada y vi que estaba en el árbol, caminando despacio y con los brazos extendidos por la fuerte rama que colgaba encima del agua. Se volvió hacia mí.

–Gracias, Danny –dijo.

Saltó desde la rama y atravesó la superficie del agua casi sin hacer ruido. Me quedé un rato mirando, pero como no volvía a aparecer, me zambullí tras ella. Durante un momento todo estaba oscuro y turbio debido a la arena. Intenté con todas mis fuerzas que el agua fétida no me entrara por la nariz y la boca y luego empecé a calmarme. Volví a sentir el viejo ritmo y cómo mi cuerpo se hundía. Uno. Y. Dos. Y. Tres. Y.

Abrí los ojos y me di cuenta de lo hondo que había llegado. El agua era luminosa y verde. La sangre subía en espiral de la herida de mi estómago, como si fuera humo, y en el agua verde parecía oscura y resbaladiza.

De pronto vi a Lexi. Había alcanzado mayor profundidad que yo, mucha más de la que pensé que el lago pudiera tener. Se impulsó con brazadas largas y lentas hacia el fondo, donde la luz cambiaba de color. Finalmente, al acercarme pude ver de dónde procedía aquella luz de colores: era la puerta de la casa de Lexi, que estaba clavada en la tierra, y Lexi atravesaba los rayos del agua luminosa para llegar hasta ella. Vi las sombras de las figuras tras el cristal; el cristal rojo y el azul.

No pude seguir descendiendo. Me había quedado casi sin aire. Dejé de nadar y permití que el agua tirara de mí hacia arriba. Cuando salí a la superficie, oí el reloj gigante dar la hora con un estruendo. Por fin eran las dos de la mañana.

Ya no quedaba escarcha en el suelo del bosque. Mi padre estaba cerca de donde lo había dejado, pero parecía asustado.

–Daniel, tienes que quedarte conmigo, ¿vale? No salgas corriendo otra vez.

Me agarró de los hombros y me miró de cerca.

–¿Qué es eso? –preguntó al ver mi camiseta manchada de sangre–. ¿Te ha cortado? ¿Ha sido él?

–No –dije. Me levanté la camiseta y mostré la piel suave e impoluta que había debajo. Todas las heridas habían desaparecido y supe que era para siempre–. Debe de ser su sangre o algo.

–¿Dónde está la chica? –preguntó.

–No la he encontrado –dije.

–Aquí está pasando algo raro. ¿Qué es lo que no me has contado?

–Nada. Es...

–Ese tipo al que he golpeado –dijo mi padre, trastornado, como con miedo a decirlo–. Ha desaparecido del todo.

Asentí con la cabeza.

–No, Daniel. No lo entiendes. No se ha levantado y ha echado a correr. Se ha... Bueno, es una estupidez. Se ha...

–Esfumado.

–Sí –dijo. Echó una ojeada a su alrededor y observó la áspera homogeneidad de los troncos de los pinos–. Te voy a decir una cosa. No me gusta esto. No me gusta nada.

–¿Ha desaparecido sobre las dos? ¿Cuando sonaron las campanadas de la fiesta a lo lejos? –pregunté.

–Exacto –contestó él.

–Exacto –repetí yo en voz baja–. Escucha, papá. Es mejor que no menciones nada de esto a la gente de Mundo Ocio.

–Demasiado tarde. Ya les he llamado.

Estaba cansado de huir y no me importaba lo que un pardillo de un campamento de verano dijera sobre mi salud mental. Mi padre no tenía muy claro si debía hablar con los directivos después de lo que había hecho, pero creo que en parte lo único que quería era volver a la civilización. Vimos los blancos haces de luz de sus linternas barriendo el bosque mucho antes de que apareciéramos en los campos de césped artificial. A las furgonetas de Mundo Ocio pronto se unieron un par de

coches de policía y fuimos conducidos a una pequeña habitación de un enorme edificio administrativo. Aquel vacío fantasmal propio de una oficina de noche era un lugar muy extraño donde estar a las 2:30 de la mañana.

Mientras la policía desplegaba los dispositivos de búsqueda de una chica desaparecida y un hombre herido, fuimos interrogados por la agente Bracket, una mujer alta con la espalda recta de la policía local, y el ridículo Evans. Yo no hablé. No les di el nombre de Lexi. Fingí estar en *shock*. Incluso después de la violencia de las últimas horas, me sentía en paz imaginándome cómo Lexi buceaba hacia el cristal de la puerta. Mi padre, sin embargo, no podía parar de hablar.

–Les estoy contando exactamente lo que ha ocurrido –dijo.

La agente Bracket asintió con la cabeza y garabateó algo en su cuaderno.

–¿Y cómo sabía que su hijo estaría en el bosque de pinos?

–Está ahí abajo donde los campos de fútbol, ¿no? Dan es un gran aficionado al fútbol.

Me quedé observándolo fijamente, pero él no me miró.

–Esto es un disparate total –dijo Evans–. La protección y la seguridad son nuestra principal preocupación y bajo ningún concepto permitiríamos que este... hombre del que hablas accediese a nuestras instalaciones. –Se volvió hacia la agente Bracket–. No me fiaría de nada de lo que dijera el señor Lever. Ha estado borracho casi todo el tiempo desde que llegó a Mundo Ocio. Ha obstaculizado nuestros intentos de garantizar la seguridad de su hijo, al cual ha desatendido. Y ha insultado a nuestros empleados, incluido yo...

–Porque eres un gilipollas –dijo mi padre–. Y si no te callas, voy a...

–Caballeros, por favor –dijo la agente Bracket–. Necesitan calmarse un poco. Señor Evans, usted y yo vamos a salir a hablar un momento al pasillo. Mientras tanto, señor Lever, usted y Daniel se harán compañía aquí dentro.

Evans salió con la agente Bracket y mi padre suspiró.

–No sabes cómo me apetece potarle en los ojos a ese canalla –dijo–. Pero no lo haré.

Por un instante se hizo el silencio en la habitación.

–Papá –dije.

–Dime.

–¿Un gran aficionado al fútbol?

Sonrió.

–Sí. Espero que no te den un balón y te pidan que se lo demuestres.

–Mundo Ocio es enorme, papá. No puede haber sido una casualidad que nos encontráramos. En serio, ¿cómo sabías que estaría allí?

–Tu novia me lo dijo.

–¿Qué?

–Esa chica. Vino a la cabaña el otro día por la noche. Después de que tú y yo

discutiéramos sobre... bueno, ya sabes, sobre Tash. Es una chica muy extraña, Daniel. Llevaba un abrigo rojo muy grande y tenía puesta la capucha, así que apenas pude verle la cara.

Recordé el destello rojo que había visto moverse hacia nuestra cabaña aquella noche. La última vez que Lexi había usado el abrigo. Llegó tarde a nuestra cita. Debí de haberlo imaginado.

Mi padre continuó hablando con el ceño fruncido.

–Casi me muero del susto. Estaba fumándome un pitillo. No se lo digas a tu madre.

–¿Qué dijo?

–Dijo que podrías estar a punto de hacer una estupidez el sábado por la noche. Me dijo que te buscara en los campos de fútbol.

–¿Por qué no me lo contaste? –pregunté.

–Pensé que estaba diciendo tonterías. Una chica joven se te acerca de repente y empieza a hablar por los codos... El caso es que no le di ninguna importancia hasta que desapareciste. Me imaginé que debía de ser el lugar donde solíais quedar.

–¿Y por qué no le has dicho eso a la policía?

–No quería meteros en líos. No podía contarles que ibas a hacer una estupidez, ¿verdad?

Me daba vueltas la cabeza.

–Yo también tengo algunas preguntas que hacerte, Daniel –dijo.

–Igual deberíamos hablar de eso más tarde –repliqué.

Mi padre silbó y negó con la cabeza.

–En fin. No entiendo nada de lo que ha ocurrido ahí fuera esta noche –dijo–. Primero hacía un frío del carajo y luego de pronto ha empezado a hacer calor. ¡Y ese tío! Le he pegado bastante fuerte y sigo sin explicarme dónde ha ido. Ni siquiera sé si he matado al pobre desgraciado.

–No deberías sentir ninguna compasión por él, papá –dije. Me quedé callado un momento, pero tuve que decirlo porque era la verdad–. Has hecho lo que tenías que hacer.

Al cabo de un rato, la agente Bracket volvió a entrar con Evans y una visita inesperada: mi madre. Vino directa a mí y me estrechó entre sus brazos. Llevaba su abrigo de lana azul y al olerlo me eché a llorar.

–¿Estás bien? –preguntó.

Asentí con la cabeza. Se volvió hacia mi padre.

–¿Y tú? –dijo.

–Ah, sí –dijo–. Ni un rasguño.

–Gracias por llamarme –le dijo ella.

Evans entró resueltamente.

–Señora Lever –dijo con su clásico tono de voz condescendiente–. Creo que sería lo mejor para usted y su familia que pusiéramos punto y final lo antes posible a todo este despropósito.

–Para nosotros no es un despropósito, señor Evans. ¿Qué le parece si llamo a la prensa y vemos para quién lo es? –dijo mi madre. Se levantó y se dio la vuelta–. Vamos a hablar con los periódicos nacionales sobre el atentado contra la intimidad y sobre usted haciéndose pasar por alguna clase de asistente social.

–Su hijo ha causado daños a nuestra propiedad. Lanzó piedras a una cámara de seguridad.

–Una cámara *oculta* de seguridad –dijo mi madre–. ¿Qué más está tratando de ocultar, señor Evans?

–No estoy ocultando nada. Su marido, perdón, su exmarido, está inventándose historias ridículas sobre chicas jóvenes que son atacadas en bosques. No permitiré que ensucien otra vez el buen nombre de Mundo Ocio.

–¿Otra vez? –preguntó mi madre.

Evans apartó la mirada.

La radio de la agente Bracket emitió unos pitidos y una interferencia.

–Te copio –dijo, y se fue a una esquina de la habitación. Volvió al cabo de un rato–. Han encontrado dos cadáveres –dijo.

Evans pegó un puñetazo a la pared y mi padre se sujetó la cabeza entre las manos.

–Ay, Dios mío –dijo–. He matado a ese tipo.

–Usted no ha matado a nadie –dijo la agente Bracket–. Estos cadáveres estaban totalmente descompuestos. Hay indicios que demuestran que llevaban dos años en el bosque.

–¿Qué? –exclamó mi padre. Nuestras miradas se cruzaron. La percepción del cadáver de Lexi, ahí afuera en el bosque, me golpeó con fuerza. Me tapé los ojos con las manos e intenté imaginar lo que diría ella. Me diría que hacía mucho tiempo que había abandonado su cuerpo, que no eran más que células muertas. Materia inerte.

–Daniel, ¿estás bien? –preguntó mi madre.

–Ya se me pasará –dije.

Nos dijeron que la policía tendría que hablar un poco más con nosotros. Y con Evans también. En el pasillo oí cómo mi madre le decía con mucha calma a la agente Bracket que la declaración de mi padre había sido confusa debido a su estado mental: su hijo había desaparecido y él estaba sobrellevando un divorcio complicado. Dijo que probablemente hubiera encontrado el cadáver y entrado en *shock*.

Al rato mi padre salió del baño y ella paró de hablar. Los tres juntos fuimos

caminando hacia el aparcamiento. Estaba saliendo el sol y los pájaros cantaban. Cuando llegamos, mi madre me dio un beso y me dijo que me vería pronto.

–¿Quieres volver en el coche con nosotros? –preguntó mi padre.

Ella sonrió.

–Richard. He traído mi coche. No lo puedo dejar aquí.

–No. Supongo que no.

Ella le puso la mano en el brazo y después la dejó caer. Me metí en el coche con mi padre y vimos cómo ella se alejaba conduciendo. Y luego nos fuimos nosotros.

Los troncos retorcidos de los árboles pasaban cerca de mi ventana como si fueran las letras y palabras de un idioma que no conocía. Incomprensible pero tranquilizador. Entre los huecos, de vez en cuando veía el intermitente de un coche de policía. Pasamos el lago reluciente, La Casa de las Tortitas y la noble cúpula.

Me giré en el asiento para cerciorarme de que mi padre había traído todo mi equipaje. En la bandeja de atrás estaba la planta de tomates cherry, con los frutos enormes y rojos que rebosaban de vida.

Epílogo

Me costó mucho ver las noticias cuando empezó a salir la información. Su nombre estaba en los titulares que aparecían en la parte inferior de la pantalla de televisión. La historia se dio a conocer durante las siguientes semanas y meses.

El cuerpo de Alexandria Cocker fue encontrado en una zanja cubierta del bosque de pinos, cerca del de Marcus Fielding, de 34 años. Fielding había trabajado en el departamento de reservas de Mundo Ocio, pero se había marchado sin previo aviso. Los clientes habían presentado varias quejas sobre su comportamiento hacia las mujeres jóvenes, y todas ellas habían sido ignoradas por la dirección de Mundo Ocio. Se pensó que los restos quemados de un coche deportivo robado que habían encontrado en el lugar de los hechos a la hora aproximada del asesinato eran los del que él había usado. En aquel momento, el robo del coche había sido atribuido a unos gamberros de la localidad.

La chica de los artículos de prensa no era realmente la Lexi que yo conocía y amaba, y eso me enfadó, por extraño que parezca. «No la conocéis», pensé, cuando vi hablar de ella a sus amigas del colegio, la mayoría en la universidad ya. No porque dijeran que era mejor o peor de lo que era; simplemente diferente. La experiencia cambia a las personas, desde luego. Sé que a mí me ha cambiado.

Yo no me podía comer los tomates de la planta y mi padre se comió solo unos pocos. Me gustaba mucho más verlos crecer y comprobar cada día que no crecían al revés. Pero eso no ocurrió y mi padre empezó a descuidarla y a dejarla fuera en el jardín con el frío. Nunca había visto nada pudrirse con tanto alivio y regocijo. El desastre *in crescendo* de la planta al marchitarse y ennegrecerse me parecía hermoso.

Mi padre, evidentemente, estaba mucho más afectado por la cobertura mediática. Había hablado con una chica en el jardín de su cabaña de vacaciones unos días antes, la había visto correr por un bosque de pinos, y ahora la televisión le estaba diciendo que llevaba dos años muerta. En su favor he de decir que no se cabreó ni intentó encontrarle una explicación, como pensé que haría. Y no me echó la culpa. Si me hubiera preguntado, le habría contado todo, pero no lo hizo.

Fue a ver a una psicoterapeuta que Chrissy le había recomendado. No sé si habló de lo que había visto en Mundo Ocio, pero supongo que habló de mi madre y de mí. Está mejorando. Paso a paso. Compró una televisión nueva, pero sigue conectada a la cámara de seguridad. No somos capaces de desconectarla.

Regresé al colegio en cuanto pude. No sé si me comportaba de otra manera, pero

la gente no le suele preguntar al gordo de la clase (incluso si está un poco más delgado que antes) si ha tenido un ligue después de haber sido expulsado del colegio. Volví a adaptarme y empecé a nadar mucho.

Durante un tiempo estuve bastante triste, y parecía que cada vez que empezaba a sentirme mejor aparecía otro de esos artículos. Salió algo en el periódico sobre una posible acusación contra Evans por obstruir el curso de la justicia, o una prueba que relacionaba a Marcus Fielding con otro crimen. Pero en el mes de febrero después de que volviéramos de Mundo Ocio, el canal de noticias de la BBC entrevistó al padre de Lexi, Paul Cocker, en la entrada de su casa. Hablaba de fundar una organización benéfica en honor a Lexi. Yo en realidad no le estaba escuchando, porque me había quedado mirando a su otra hija. Lexi tenía razón, era un bombón, y detrás de ella se veía la puerta de cristal con las velas del barco cubiertas por la escarcha de aquella mañana fría. Por un momento pensé en ir allí, a la casa. Estaba bastante seguro de que podría encontrarla. Pero al final no fui. No pude. No sin su permiso.

En marzo los relojes se adelantaron y perdimos una hora. «Por fin», pensé.

Un día estaba viendo un documental sobre la masacre de Wounded Knee y vi una marca en la televisión. Entorné mucho los ojos, pero era difícil distinguirla. Apagué la tele y me agaché delante de ella. Empezaron a aparecer formas oscuras. Por un momento pensé que mi padre había utilizado la cámara de seguridad para comprobar quién estaba abajo. De hecho creí que la persona cuya forma naranja veía en el cristal era yo mismo. Pero me equivocaba. Era una chica con los brazos cruzados. Parecía que llevaba una pluma en el pelo.

Algunas veces, después de aquello, cuando estaba de pie en medio de una multitud o en la cola del autobús, notaba una palmadita en el hombro y al darme la vuelta sentía cómo alguien se escapaba. Lo llaman golpe maestro y es algo muy valiente y difícil de hacer, tocar a alguien y soltarlo después.

* El autor hace un juego de palabras entre *living area* y *dying area*, literalmente «zona de vivir» y «zona de morir», imposible de traducir en español. (N. de la T.)

* Un «scouser» es un seguidor del Liverpool Fútbol Club. Se les suele caracterizar con bigote y una peluca negra rizada. (*N. de la T.*)

* Tipo de palo de golf que cubre una distancia de hasta 130 metros. (*N. de la T.*)

Título original: *Daylight Saving*

Edición en formato digital: febrero de 2014

Colección dirigida por Michi Strausfeld

En cubierta: fotografía de © Dudarev Mikhail/Shutterstock

© Edward Hogan, 2012

© De la traducción, Mireya Hernández Pozuelo, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-18-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Domingo 21 de octubre	6
1	8
2	11
3	14
4	16
5	19
Lunes 22 de octubre	23
6	25
7	30
8	34
Martes 23 de octubre	38
9	40
10	46
11	49
12	52
Miércoles 24 de octubre	54
13	56
14	60
15	62
16	66
17	69
18	71
Jueves 25 de octubre	73
19	75
20	77
21	79
22	82
23	85
Viernes 26 de octubre	89
24	91
25	95

26	98
27	102
28	106
29	109
30	114
31	117
Sábado 27 de octubre	125
32	127
33	132
34	133
Domingo 28 de octubre	137
35	138
36	140
37	143
38	145
Epílogo	150
Notas	152
Créditos	156